

ALEJANDRO BULLÓN
ROBERTO HERRERA

Aprendan *de mi*

LA INVITACIÓN DE JESÚS
QUE TRANSFORMA
EL CARÁCTER



IADPA

APRENDAN DE MÍ



IADPA

Inter-American Division Publishing Association®
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.
tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Saúl Andrés Ortiz**
Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**
Vicepresidenta de Mercadeo y Ventas: **Ana L. Rodríguez**
Vicepresidente de Finanzas: **Moise Javier Domínguez**

Edición del texto

Jorge L. Rodríguez

Diseño, diagramación y portada

Kathy Hernández de Polanco

Copyright © 2021

Inter-American Division Publishing Association®

ISBN: 978-1-78665-458-8

Impresión y encuadernación: **Editorial Nomos S. A.**

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

1ª edición: diciembre 2021

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas (SBU). También se ha usado la Reina-Valera Antigua de 1909: **RVA**, la revisión de 1960: **RV60** © SBU, la versión Dios Habla Hoy: **DHH** © SBU, la Traducción en Lenguaje Actual: **TLA** © SBU, la Reina-Valera Contemporánea: **RVC** © SBU, la Reina-Valera Actualizada: **RVA15** © Mundo Hispano, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Bíblica, la Nueva Traducción Viviente: **NTV** © Tyndale House Foundation y la Palabra de Dios para Todos: **PDT** © Centro Mundial de Traducción de la Biblia. En todos los casos se ha unificado la ortografía y el uso de los nombres propios de acuerdo con la RV95 para una más fácil identificación.

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las citas de las obras de Elena G. de White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana.



CONTENIDO

Prólogo	4
Primera parte: Recibiendo la invitación	7
1. «Ven a mí».....	8
2. «Trabajados y cargados»	22
3. «Yo los haré descansar».....	34
4. «Lleven mi yugo»	46
5. «Aprendan de mí»	60
6. «Yo soy manso y humilde»	70
7. «Descanso para el alma»	82
8. «Mi yugo es fácil»	98
Segunda parte: Imitando al Modelo	111
9. Jesús: Nuestro modelo de espiritualidad.....	112
10. Jesús: Nuestro modelo de obediencia.....	126
11. Jesús: Nuestro modelo de generosidad	138
12. Jesús: Nuestro modelo de servicio	150
13. Jesús: Nuestro modelo de fidelidad.....	162

PRÓLOGO



EL AÑO 2022 marca un hito en la historia del adventismo en Interamérica. Este año se celebra el primer centenario desde que se organizó la División Interamericana. En el marco de esta gran celebración, la tesorería de la División se une al departamento de Ministerios de Mayordomía para poner a disposición de todas nuestras congregaciones y nuestra hermandad en Interamérica este libro especial de estudio que tienes entre manos, titulado: APRENDAN DE MÍ: LA INVITACIÓN DE JESÚS QUE TRANSFORMA EL CARÁCTER.

APRENDAN DE MÍ es, en primer lugar, nuestra manera de celebrar la dirección de Dios, diciendo: «Gracias, Señor, por lo que has hecho por nosotros. Cien años después tú sigues siendo nuestro Modelo y queremos seguir aprendiendo de ti». Pero además de celebrar la manera en la que el Señor nos ha conducido hasta aquí, este libro también forma parte del programa especial de estudio que estamos llevando a cabo con todas las congregaciones de nuestra División durante el quinquenio 2020-2025, con el propósito de fortalecer la vida espiritual de todos nuestros feligreses y fomentar la mayordomía bíblica e integral. Por la gracia de Dios, este ya es el tercer libro de estudio que enviamos a cada pastor, congregación y administrador sin costo alguno. Además de otros recursos como una guía de estudio, presentaciones en formato PowerPoint y videos. Cada una de estas iniciativas tiene el propósito de motivarnos a seguir colaborando con el crecimiento y desarrollo de nuestra iglesia mediante el estudio de la Palabra de Dios y nuestra relación personal con Cristo.

En esta oportunidad nos sumergiremos como iglesia en el estudio de la abarcante invitación que nos hizo nuestro Señor Jesucristo en Mateo 11: 28-30: «Vengan a mí todos ustedes, los agotados de tanto trabajar, que yo los haré descansar. Lleven mi yugo sobre ustedes, y **aprendan de mí**, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para su alma; porque mi yugo es fácil, y mi carga liviana» (RVC, la cursiva es nuestra).

Hoy, tanto como en el siglo I d. C., necesitamos reflexionar como iglesia en las implicaciones de esta invitación. ¿Por qué tiene que decirnos Jesús



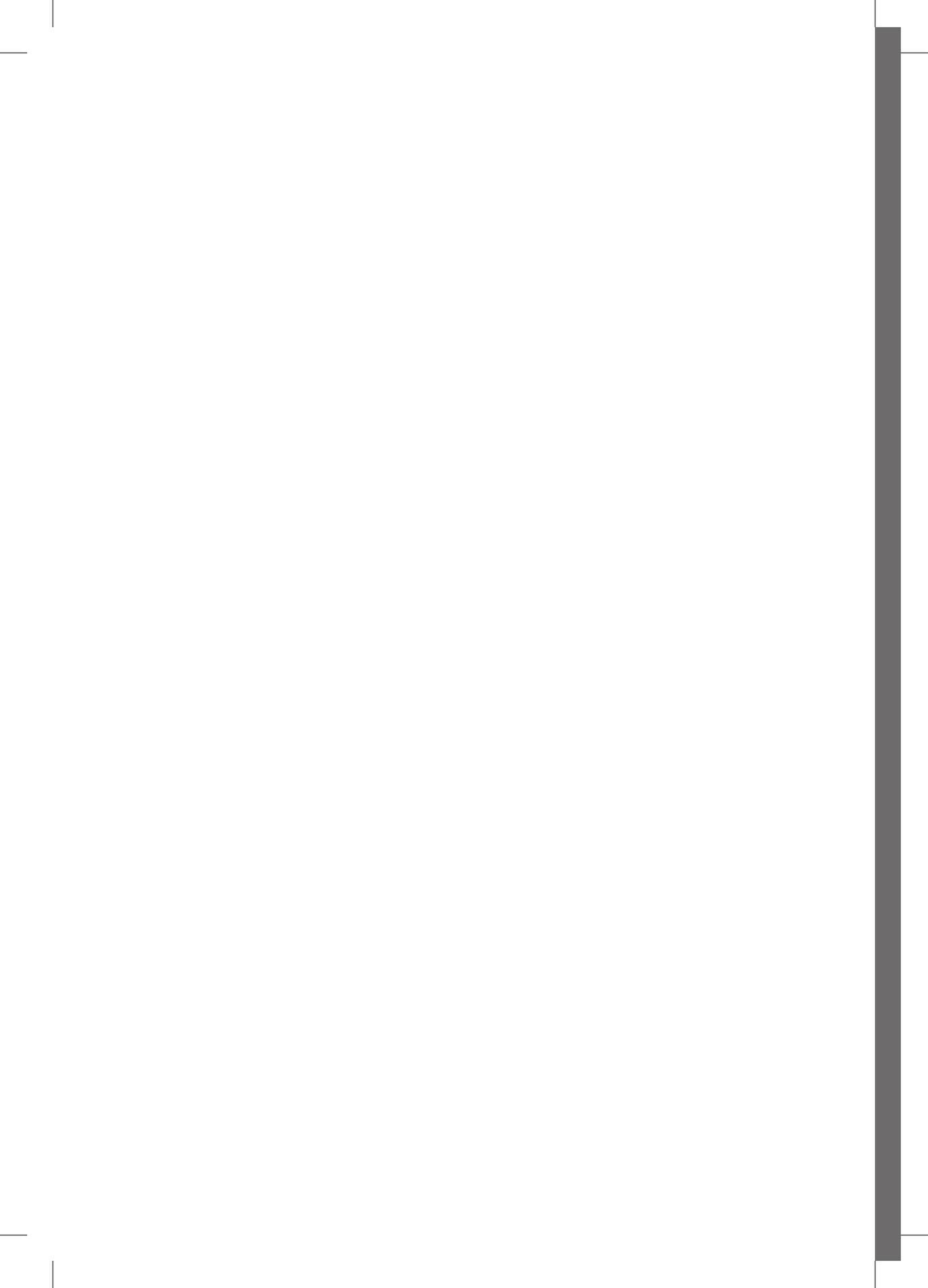
«vengan a mí»? ¿Acaso será que no estamos con él? ¿O será posible que, estando en la iglesia, estemos lejos de Jesús? ¿Será que estamos física y espiritualmente cansados? Y si la respuesta es afirmativa, ¿qué nos ha producido todo ese cansancio? Cuando Jesús habla de mansedumbre y humildad, ¿está diciendo que la causa de todo nuestro infortunio es nuestro carácter? ¿Cómo puede Cristo quitarnos el cansancio a la vez que nos invita a tomar su yugo sobre nosotros? ¿No será eso una carga adicional? ¿En qué sentido el yugo de Cristo es «fácil»? Y tal vez lo más importante: ¿Qué es lo que Cristo quiere que aprendamos de él? ¿Qué significa que Cristo sea nuestro modelo? ¿Hay alguna relación entre todo esto y la mayordomía cristiana?

Durante este año estudiaremos estos temas pidiendo la dirección de Dios en oración y con mucha lectura y estudio de la Palabra de Dios. Precisamente ese es el objetivo de APRENDAN DE MÍ, servirnos como guía en el estudio bíblico mientras procuramos hallar respuestas y contestar afirmativamente a la invitación del Señor de ir a él y seguirlo como nuestro modelo. Para lograr este objetivo, contamos en primer lugar y sobre todo, con la dirección del Espíritu Santo. También hemos invitado al pastor Alejandro Bullón, que es el autor de la primera parte de este libro, titulada «Recibiendo la invitación». La segunda parte, titulada «Imitando al Modelo», fue escrita por el pastor Roberto Herrera, nuestro director de Ministerios de Mayordomía de la División Interamericana. A ellos nuestra gratitud por redactar un material tan didáctico e instructivo sobre el texto bíblico y su aplicación a nuestra vida diaria.

No quisiera finalizar este prólogo sin agradecer por adelantado a todas nuestras uniones y sus campos locales por el esfuerzo que estamos seguros que harán para que este libro llegue a cada una de sus congregaciones y se estudie. También quisiera agradecer a todos nuestros pastores, que apacientan y alimentan cada día el rebaño del Señor. Por último, te agradezco a ti, apreciado lector, que has tomado la decisión de estudiar a Cristo y seguirlo como modelo de fidelidad. Es mi deseo que Dios te bendiga y te guarde al leer las páginas de este libro y que la próxima fecha especial que celebremos no sea un aniversario aquí en la tierra sino el regreso de nuestro Señor Jesucristo en gloria a redimir a su pueblo.

Con amor para el pueblo de Dios,

Pr. Filiberto Verduzco
Tesorero de la División Interamericana



PRIMERA PARTE:

RECIBIENDO LA INVITACIÓN



«Vengan a mí todos ustedes, los agotados de tanto trabajar, que yo los haré descansar. Lleven mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para su alma; porque mi yugo es fácil, y mi carga es liviana».— **Mateo 11: 28-30, RVC**

«Sépanlo o no, todos están cansados y cargados. Todos están agobiados con cargas que únicamente Cristo puede suprimir. La carga más pesada que llevamos es la del pecado.

Si se nos deja solos para llevarla, nos aplastará. Pero el Ser sin pecado tomó nuestro lugar [...]. Él llevó la carga de nuestra culpabilidad. Él sacará la carga de nuestros hombros cansados. Nos dará reposo».— ***El Deseado de todas las gentes, p. 300***



1

«Ven a mí»





Venid a mí todos
los que estáis trabajados
y cargados, y yo
os haré descansar.
(Mateo 11: 28).



MARGARITA SUFRE. Sus constantes derrotas desfilan por su mente en siniestra caravana, como burlándose de ella. El pasado vuelve a su memoria, invade su mundo y la asfixia. La llaga aparentemente curada, sangra otra vez. La joven mestiza cree que no tiene «suerte». Llegó a los Estados Unidos acariciando el sueño americano, pero los años han pasado y siente que no ha logrado nada. Ha cambiado de empleo en reiteradas oportunidades y continúa ganando poco. Ninguna iniciativa le proporciona los resultados esperados.

—Todos triunfan en este país, menos yo —le comenta con tristeza a sus amigos—. Simplemente no tengo suerte.

Margarita es una mujer esforzada. Se levanta de madrugada, trabaja catorce horas diarias en dos empleos diferentes y regresa a casa de noche, cansada, con apenas fuerzas para bañarse y desplomarse en la cama hasta el día siguiente... y repetir la agobiante rutina. ¿Qué futuro le espera? Se mira en el espejo y empieza a notar las líneas que señalan el indeseable paso del tiempo y se frustra.

—Estoy envejeciendo y no logro nada —se lamenta.

Lo que Margarita ignora es que el éxito o el fracaso en la vida no depende de la «suerte». La expresión popular «Algunos nacen con estrella y otros nacen estrellados», es una gran mentira. Pero independientemente de nuestros juicios, el clamor de Margarita: «No logro nada», parece ser el grito silencioso de muchas personas. Por mucho que se esfuercen para que las cosas les salgan bien, nada cambia. Tienen la impresión de que los demás avanzan, pero ellas se quedan estancadas en el mismo punto. Entonces, un día, conocen el evangelio y lo aceptan con la esperanza de que la historia de su vida tome otra dirección; sin embargo, los años pasan y todo continúa igual, con el agravante de que ahora han aumentado sus deberes. Antes, asumían sus responsabilidades consigo mismas y con sus familiares, mientras que ahora tienen responsabilidades con Dios y con la iglesia; y a veces, por más que se afanan, no logran vivir a la altura de lo que consideran sus «deberes cristianos».

¿Te identificas de algún modo con este cuadro? ¿Qué sucede? ¿El evangelio es solo una teoría bonita que en la práctica no funciona? ¿O sientes que a duras penas funciona con los demás pero contigo no? Este libro tiene como objetivo mostrarte la dimensión libertadora y transformadora del mensaje de salvación e impulsarte de la mediocridad de una vida rutinaria a la esfera de una existencia plena y con sentido.

ERRAR AL BLANCO PUEDE SER FATAL

He conocido muchas personas sinceras que decidieron «seguir a Jesús», pero en realidad seguían solamente un cuerpo doctrinal o una institución llamada «iglesia». Estaban lejos de seguir a Jesús. ¿Es eso posible? Sí, lo es. La doctrina y la religión tienen un lugar prominente en la experiencia del cristiano. La congregación de fieles es el cuerpo de Cristo (1 Cor. 12: 12-17) y las creencias fundamentales son sus enseñanzas (Mat. 7: 28; Juan 7: 16). Sería incoherente colocar a Dios en el extremo opuesto de su iglesia o en contra sus principios doctrinales. Sin embargo, resultaría fatal creer que, simplemente por reunirnos todos los sábados y aceptar lo que la Biblia enseña estamos «siguiendo a Jesús». Ir en pos del Salvador implica

una relación de amor, una relación personal que tiene el poder de cambiar tu vida. Jesús no es solamente Dios hecho hombre, sino también el personaje más extraordinario que alguna vez ha pisado este mundo. Un Guía por excelencia, un Amigo leal, un Padre compasivo y misericordioso.

¿Cómo te sentirías si la reina de Inglaterra te convidara a pasar un día entero con ella? ¿No guardarías esa experiencia como algo extraordinario, digno de ser contado a tus descendientes? Sin embargo, aquella vivencia sería nada, comparada con lo que significa convivir, no solo un día, sino la vida entera con el Señor. ¿Entonces cuál es la razón por la que, a muchas personas, el evangelio no les hace explotar el corazón de alegría? ¿Por qué hay tantos cristianos que no despiertan de mañana con ganas de gritar que aman a Jesús y que son felices desde que lo conocieron?

La verdad es que, independientemente de lo que creas o sientas, Jesús te ama infinitamente. Para él, tú eres lo más precioso que existe en este mundo. Se alegra con tus alegrías y se entristece con tus momentos de dificultad. Está siempre a tu lado, listo para participar de tus decisiones y actividades diarias si se lo permites. Él no se aleja de sus hijos. Somos tú y yo los que nos alejamos de él, y cuando las circunstancias difíciles de la vida llegan, nos sentimos solos y abandonados.

El otro día, alguien que atravesaba un momento de dolor, me preguntó:

—¿Dónde está Dios? ¿Por qué me abandonó?

¡Dios jamás te abandona! Él siempre ha estado en el mismo lugar: a tu lado. El problema es que cuando escoges tu propio sendero y te apartas de él, te sientes solo y a la primera dificultad te preguntas: «¿Dónde está?». El Señor está a tu lado, pero tú no lo ves porque tus ojos se han acostumbrado a mirar solo las cosas de esta vida. Pero el Señor jamás se olvida de ti. Él preguntó mediante el profeta Isaías: «¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti» (Isa. 49: 15).

S

ería ingenuo pedirle que se aproxime al que está a tu lado. Por lo tanto, si la invitación de Jesús es un llamado a ir a él, es porque de alguna manera estamos distantes.

LA INVITACIÓN DE JESÚS

Esta es la razón por la que Jesús te llama, una y otra vez. Él desea vivir contigo una experiencia diaria de comunión y compañerismo, y te hace la más grande invitación que puedas haber recibido alguna vez: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga» (Mat. 11: 28-30).

En este libro vamos a meditar en esta invitación maravillosa de Jesús. Si logramos entenderla y aceptarla, nuestra vida espiritual experimentará un giro de 180 grados. Seremos «como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; Y todo lo que hace, prosperará» (Sal. 1: 3).

«Ven» se le dice a quien se ha alejado y se encuentra distante. Sería ingenuo pedirle que se aproxime al que está a tu lado. Por lo tanto, si la invitación de Jesús es un llamado a ir a él, es porque de alguna manera estamos distantes. Podemos estar incluso dentro de la iglesia, pero alejados de él. Podemos ser defensores de la doctrina y, sin embargo, no permanecer cerca del Salvador. De otro modo, él no nos diría: «Ven».

La razón de la invitación «venid a mí» es que el ser humano se ha alejado de su Creador. Él no nos creó para que anduviésemos como asteroides sin rumbo, perdidos en el universo. Nos trajo a la existencia a fin de que vivamos la más bella experiencia de compa-

ñerismo y comunión con él. El anhelo de andar con sus hijos es la esencia de la relación Dios-hombre. La idea viene desde el Edén, donde el Señor se «paseaba» al caer la tarde. El verbo hebreo *halaj*, que se traduce como «pasear» en Gén. 3: 8 puede ser traducido también como *caminar*. La raíz hebrea *halaj* describe el deseo divino de no separarse de sus criaturas.

El pecado, por el contrario, es la conducta egoísta del ser humano que se aparta voluntariamente de su Creador para iniciar un triste peregrinaje de muerte. Una de las palabras hebreas que describe la rebeldía humana implica este concepto. La raíz *awon* señala el extravío del buen camino. El Espíritu de Profecía dice al respecto: «En su estado de inocencia, la mujer y el hombre gozaban de completa comunión con Aquel “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. Pero después de su caída no pudieron encontrar gozo en la santidad e intentaron ocultarse de la presencia de Dios. Esa es todavía la condición del corazón que no ha sido regenerado. No está en armonía con Dios ni encuentra gozo en la comunión con él» (*El camino a Cristo*, p. 26).

Desde aquel trágico día el ser humano vive escondiéndose de Dios. En el Edén se ocultó entre los árboles del jardín. Hoy se esconde bajo diferentes «árboles» que inventa: la falta de tiempo, las muchas responsabilidades, inclusive cosas buenas como la iglesia o la doctrina pueden transformarse en «árboles» entre los cuales el cristiano prefiere esconderse a fin de evitar la presencia del Creador. Sin embargo, el Señor no para de llamarlo. El primer llamado fue: «Adán, ¿dónde estás?». Siglos después, vino Jesús e invitó: «Vengan a mí».

Es inexcusable la razón por la que Adán y Eva escogieron abandonar a Dios y andar en su propio camino de muerte. El Creador los había colocado en el jardín de Edén para que vivieran la más linda experiencia de amor y compañerismo con él, pero ellos infelizmente decidieron escoger su propio sendero. Se olvidaron que «el hombre no es señor de su camino ni el hombre que camina es capaz de afirmar sus pasos» (Jer. 10: 23).

Como resultado de esa triste decisión, aprenderían dolorosamente que «es de necios confiar en el propio corazón» (Prov. 28: 26). El

pecado nos hace creer que podemos confiar en nuestras propias ideas, pero el tiempo se ha encargado de demostrarnos que «hay un camino que al hombre le parece derecho, pero que al final es camino de muerte» (Prov. 14: 12).

UN CAMINO MEJOR

El hombre abandona a Dios, pero el Padre de amor nunca abandona a sus hijos. Los sigue, los llama y los invita a renovar la experiencia de comunión con él. Por eso, en los tiempos de Malaquías, les advirtió: «Pero si se vuelven a mí, yo me volveré a ustedes. Yo, el Señor de los ejércitos, lo he dicho. Pero ustedes dicen: ¿Cómo está eso de que debemos de volvernos a ti?» (Mal. 3: 7, RVC).

¡Qué pena! Dios los llamaba y ellos se preguntaban: ¿por qué? Claro, estaban en la iglesia todos los sábados, cumplían con el ritual y la liturgia. Aparentemente todo andaba bien, pero se encontraban lejos de Dios. ¡Dentro de la iglesia, pero distantes de su Creador! No fue solo una vez que el Señor los llamó. En otra ocasión les dijo: «Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma». Mas dijeron: “No andaremos”» (Jer. 6: 16).

Observa la promesa: «Hallaréis descanso para vuestra alma». Compara esta declaración de Jeremías con la de Cristo: «Aprended de mí [...] y hallareis descanso para vuestra alma». Es el mismo llamado de siempre. Dios desea vivir con el ser humano, caminar con él, participar de sus decisiones, alegrías y tristezas, pero la criatura parece no entender. Es por eso que el Señor describe la actitud del hijo rebelde del siguiente modo: «Así dice el Señor: Ustedes, los cielos, ¡oigan! Y tú, tierra, ¡escucha! He criado hijos, los he visto crecer, pero ellos han pecado contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno conoce el pesebre de su amo, pero Israel no entiende; ¡mi pueblo no tiene entendimiento! ¡Ay, gente pecadora, pueblo bajo el peso de la maldad! ¡Ay, simiente de malvados, hijos corrompidos que han abandonado al Señor! Han provocado la ira del Santo de Israel; ¡le han dado la espalda!» (Isa. 1: 2-4).

Ellos han «pecado contra mí», dice el Señor. Se han alejado de mí. De acuerdo con estas palabras, los miembros de su pueblo son «hijos rebeldes que han abandonado al Señor» y «le han dado la espalda». Dios los compara con los bueyes y los asnos. Dice que sus hijos son peores que las bestias, porque hasta los animales conocen a su dueño, pero ellos no.

NO ES LA ÚNICA VEZ

El pasaje de Isaías no es la primera ni la única vez que Dios compara a sus hijos rebeldes con las bestias. En el libro de los Salmos Dios dice: «Yo te voy a hacer que entiendas. Voy a enseñarte el camino que debes seguir, y no voy a quitarte los ojos de encima. No seas como los caballos ni como las mulas, que no quieren obedecer, y que hay que sujetarlos con la brida y el freno, pues de lo contrario no se acercan a su amo» (Sal. 32: 8-9).

Son palabras duras las que el Señor le dirige a su pueblo con el deseo de despertarlo. En otra ocasión se dirige a Israel y se lamenta: «Jesurún se engordó y dio coces (te hiciste gordo, grueso y rollizo). Y abandonó al Dios que lo hizo; desdeñó a la Roca de su salvación» (Deut. 32: 15).

Israel era en aquel tiempo el pueblo que Dios había elegido. Hoy en día ese título le corresponde a la iglesia. Israel era un pueblo rebelde que, a pesar de su rebeldía, pensaba que servía al Creador simplemente porque cumplía con determinado tipo de liturgia y ceremoniales, pero su corazón estaba lejos del Señor. ¿Podríamos vivir la misma situación hoy?

EL CONTEXTO DE LA INVITACIÓN DE CRISTO

La invitación de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis trabajando y cargados» fue dirigida al pueblo de Dios de todos los tiempos, pero, para entenderla correctamente es necesario conocer el contexto en el que Jesús la presentó. En los versículos anteriores a la invitación, Jesús expresó su decepción con tres ciudades en las que había predicado y realizado muchos milagros. El Maestro se refirió especialmente a los habitantes de Corazín y Betsaida. «Entonces comenzó a

reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que en vestidos ásperos y ceniza se habrían arrepentido” (Mat. 11: 20-21).

Estas ciudades estaban habitadas mayormente por gente que se esforzaba por cumplir el ritual de la religión. ¿Por qué, entonces, Jesús las reconvino? Por la falta de arrepentimiento a pesar de los milagros que se habían efectuado allí. Asimismo añadió que si aquellos mismos milagros se hubieran realizado en Tiro y Sidón, esa gente pagana se habría arrepentido, tal vez, como ocurrió con Nínive después de la predicación de Jonás.

¿Qué sucede con el ser humano? ¿Por qué, al parecer, los «paganos» tienen más disposición al arrepentimiento que los que se consideran «pueblo de Dios»? ¿Será porque los aparentemente religiosos se sienten orgullosos de su religiosidad, o de que «su iglesia es la verdadera»? ¿Es posible que la persona religiosa se adormezca en la rutina de una piedad formal, desprovista de raíces profundas? Ese tipo de cristianismo no satisface las carencias del corazón, por la simple razón de que el hombre o la mujer no son objetos, sino individuos con emociones y sentimientos. Necesitan una experiencia de compañerismo con alguien que los conozca de verdad y sea capaz de llenar el vacío de su alma.

Aunque el ser humano lo niegue, a pesar de que no quiera reconocerlo, no obstante diga que todo está bien con él, lejos de Jesús su corazón es como un tambor hueco: hace ruido, pero por dentro está vacío. Por eso, David decía: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?» (Sal. 42: 1-2). David era un fiel observante de los ritos del ceremonial, pero su religiosidad no llenaba el vacío de su corazón. Necesitaba de un «Dios vivo». Esa también era la situación en los tiempos de Cristo. Por eso Jesús les dijo: «Venid a mí».



unque el ser humano lo niegue, lejos de Jesús su corazón es como un tambor hueco: hace ruido, pero por dentro está vacío.

EL PELIGRO DEL FORMALISMO RELIGIOSO

Las personas que viven preocupadas únicamente por el formalismo religioso pierden mucho. Afanadas por la forma exterior de la religión, olvidan el sentido de lo que Cristo desea operar en ellas. Jesús hacía los milagros para que las personas se arrepintieran, pero ellos no se arrepentían. Pensaban que el objetivo de aquellos actos prodigiosos era la sanidad del cuerpo y solo buscaban la salud. No renunciaban a sus malos caminos. No percibían que Jesús realizaba maravillas entre ellos a fin de que arreglaran su vida y entraran en su reino. No entendían que el evangelio no es un conjunto de teorías sino una experiencia práctica de comunión diaria con el Señor.

Capernaún era uno de esos casos. Jesús había iniciado y desarrollado parte de su ministerio en esta ciudad; sin embargo, sus habitantes rechazaron el evangelio. Eran fieles miembros de iglesia, pero no seguían al Maestro. Aunque participaban de los sacrificios prescritos en el Antiguo Testamento no lograban entender que aquel corderito que sacrificaban por sus pecados era apenas un símbolo del verdadero Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y que estaba entre ellos.

A los suyos vino, y los suyos no le recibieron. Jesús fue enérgico con ellos al decirles: «Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy» (Mat. 11: 23). Es cierto que Capernaún era una

ciudad de población mixta. Había muchos gentiles, pero también había judíos. Muchos más que los diez por los cuales Dios hubiera perdonado las ciudades de Sodoma y Gomorra, pero esos miembros del «pueblo de Dios» no eran capaces de contemplar a Jesús. Su atención se concentraba solo en cumplir el ceremonial. Olvidaron que el ceremonial apuntaba a Cristo y se habían quedado solo con las formas vacías, desprovistas de gracia, y de vida.

LA INVITACIÓN

El relato de Mateo, como preámbulo de la gran invitación del Maestro, sigue diciendo: «En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó”» (Mat. 11: 25 y 26).

Jesús elevó esta oración entre las lamentaciones que pronunció por la gente preocupada solo con la exterioridad de la religión. El Maestro alzó los ojos a los cielos y dijo: «Te alabo Padre, Señor de los cielos». Esta manera de dirigirse a Dios nos recuerda la ocasión en que Melquisedec, después de recibir los diezmos de Abraham y antes de bendecirlo, se refirió al Creador por este mismo nombre. (Gén. 14: 19)

Dios es Señor del cielo y de la tierra. ¡Qué pena que muchos no logren entender esta verdad tan simple! Es tan sencilla que Jesús dice que hasta los niños pueden entenderla. A veces, los pequeños entienden y los adultos no captan el sentido espiritual del mensaje. Incluso, es posible que un cristiano pase años y años en la iglesia sin percibir que, el Señor de los cielos se manifestó a los seres humanos en la persona simple de Jesús, y que es urgente y necesario regresar a él y reconocerlo como el ser soberano de la existencia.

LE LLEVÓ AÑOS COMPRENDERLO

Julián tenía extensos tatuajes en el cuerpo. Sus espaldas, pechos y brazos exhibían dibujos extraños. Su historia estaba relacionada con el mundo del *rock* y de las drogas. Un día, conoció la iglesia, aceptó a Jesús y su vida cambió. Al principio de su experiencia religiosa todos lo trataban bien y lo recibían con alegría y afecto, pero

después, por causa de su trabajo, tuvo que trasladarse a otra ciudad y entonces empezó su peregrinaje de dolor e incomprensión. Desde el primer día, los hermanos de la nueva iglesia lo miraron con suspicacia e indiferencia. Un sábado de mañana, se aproximó a él uno de los líderes y le preguntó:

—¿Usted es cristiano y tiene tantos tatuajes en el cuerpo?

Aquellas «palabras sinceras» de aquel buen «hermano» le causaron mucho dolor, pero continuó asistiendo fielmente a la iglesia. Los años fueron pasando y por más que se esforzaba por cumplir lo que todos esperaban de él, parecía no satisfacer a las personas. En los cultos, se sentaba en el último banco y al terminar se retiraba, vacío y triste.

A pesar de todo continuaba en la iglesia. Consideraba que un compromiso hecho con Dios a través del bautismo debía ser respetado hasta el final. Pero no era feliz. En las noches, acostado en su cama, sentía gruesas lágrimas rodando por sus mejillas. Recordaba que años atrás, cuando casi había muerto por una sobredosis de droga, un amigo lo condujo a un grupo que se reunía en una casa. Aquella noche, los hermanos formaron un círculo de oración en torno a él y sucedió el milagro. Dios respondió la oración sincera de aquellas personas y lo curó definitivamente. Pocos meses después fue bautizado y poco después sufrió el golpe más duro de la vida cuando su mentor espiritual falleció en un accidente de tránsito, pero antes de fallecer le dijo:

—Pierde todo en la vida, pero no permitas nunca que la llama de la esperanza se apague en tu corazón.

Por eso continuaba fiel a la iglesia. A pesar de todo y de todos. Su más grande anhelo era reencontrarse con su amigo en ocasión de la Segunda Venida de Cristo. Un día, durante un campestre, se aproximó a mí, avergonzado. Sus ojos brillaban con intensidad. Quería decir algo, pero no sabía cómo empezar. En pocos minutos me di cuenta de que la causa de su perturbación eran los tatuajes.

—Cada vez que veo estos dibujos horribles me acuerdo de mi pasado. Cómo me gustaría que Dios me diese una piel nueva —se lamentó.

—Olvida tu piel —le respondí—, Dios ya te dio un nuevo corazón. Eso es lo que importa.

Con frecuencia encuentro personas como Julián, atormentadas por el pasado. En otros tiempos acampaban en el territorio enemigo y portaban la bandera de la destrucción. Nada pueden hacer hoy para borrar los recuerdos de aquella época triste. Son parte de su historia. Vivir el presente es aprender a convivir con el pasado. La conversión no provoca amnesia. Las remembranzas son las raíces de cada ser humano.

Aquel día percibí que Julián todavía no conocía a Jesús. Había conocido la iglesia y la doctrina, pero el Salvador no era el centro de su experiencia.

—No mires hacia atrás —le dije—. No te atormentes por lo que sucedió cuando no conocías a Jesús. Lo que realmente vale es tu presente y el maravilloso futuro que Dios tiene para ti. Haz nacido de nuevo. Tienes nuevos valores, principios y una nueva filosofía de vida. Perteneces a Dios. Entonces, búscalo todos los días, haz de él tu gran Amigo y Salvador.

Lo mismo te digo a ti, apreciado lector. Cada día es un amanecer de nuevas oportunidades. Los errores de ayer ya pasaron. Si has aceptado a tu Salvador y si le confesaste tus yerros, entonces ya has sido perdonado. Ahora, ¡vive por Jesús! Hay mucha gente que murió por Cristo. Son los mártires de la historia cristiana. Hoy, él no espera que seas despedazado por los leones en defensa de tu fe. No te pide que te quemem vivo por tus principios. Lo único que anhela es que vivas y revivas cada día con tu Señor y Redentor.

UN PUEBLO CANSADO

La liturgia y el ritual de la iglesia son parte de la adoración del cristiano. No hay nada de malo en ellos, pero cuando estos detalles exteriores empiezan a volverse el centro de la experiencia espiritual, se cae en un abismo espinoso cuyo fin es el fanatismo. El formalismo exterior puede agradar a los ojos, el formalista se siente satisfecho de cumplir una serie de requisitos que considera importantes, pero en el fondo no es feliz.

Jesús no está preocupado solo por las cosas que se ven. Él anhela ver un pueblo feliz y obediente. Esta es la razón por la que sufrió mientras

desarrollaba su ministerio en la tierra. Veía gente demasiado preocupada por cumplir las exterioridades pero que se olvidaba de la vida interior. Tal actitud lo incomodaba al punto de decirles un día: «sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, sin embargo por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mat. 23: 27).

Estas palabras pueden parecer exageradas. Al leerlas la mente puede dirigirse inmediatamente a los fariseos, pero recuerda que ellos diezmaban hasta la menta y el comino, observaban el sábado al extremo, tenían innumerables reglas y normas de procedimiento, así como muchos cristianos hoy que diezman, ofrendan y observan el sábado, cosas buenas y que Dios pide, pero se olvidan de que lo que realmente importa es la relación con Dios que da como resultado la generosidad y la observancia del sábado. Yo diría que los fariseos eran personas sinceras. Solo que «sinceridad» no es sinónimo de estar en lo correcto. A pesar de toda la preocupación sincera por la exterioridad de la vida religiosa, su corazón estaba lejos del Creador. El Hijo encarnado habitaba entre ellos y no eran capaces de verlo.

Jesús les predicó durante tres años. Les repitió de muchas maneras la invitación de que fueran a él. A veces dulcemente, con amor y tierna compasión; otras, de manera firme y enérgica, pero ellos no entendieron. O no quisieron entender. Entonces, una tarde, desde las alturas de la ciudad, se lamentó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! Vuestra casa os es dejada desierta» (Luc.13: 34-35).

¡Cuántas veces! No fueron una ni dos. Incontables veces. Jesús sabe que sin él, toda la teoría del evangelio que dices conocer carece de sentido. Por eso te llama, no se cansa de llamarte. El pueblo de Israel, la iglesia de Dios de aquellos días, no aceptó la invitación. A los suyos vino y los suyos no le recibieron. ¿Qué harás tú? Él está a la puerta de tu corazón, esperando que le abras. ¿Lo harás o lo dejarás partir?

2

«Trabajados
y cargados»





Yo estableceré mi
residencia en medio
de ustedes [...]. Andaré
entre ustedes, y yo seré
su Dios, y ustedes
serán mi pueblo
(Levítico 26: 11-12, RVC).



MARINA ES LA TÍPICA MUJER que no logra controlar su carácter. Acaba de llegar al fin de su tercer matrimonio y tiene dos hijos de padres diferentes. Es una señora bonita, pero difícil. Explota con facilidad y en el calor del momento dice cosas de las cuales luego se arrepiente. Las personas que la conocen dicen que tiene todas las cualidades para ser feliz, pero ella se considera la más desdichada de todas las mujeres.

Mario es un ingeniero mecánico que acaba de perder el segundo empleo en el último año. Es un hombre inteligente, capaz y eficiente, pero pierde la paciencia con facilidad. Es honesto y se enardece con la injusticia. Las cosas andan bien con él, mientras las personas se conduzcan como él cree que deben conducirse; sin embargo, cuando alguien actúa de forma diferente a lo que él concibe que es lo correcto y no encaja en su manera de observar la vida, grita, desafía la autoridad, vocifera y ofende. Después, cuando se calma, reflexiona y llega a la conclusión de que existe un personaje extraño y desconocido en su interior que se manifiesta en esos

momentos de ira. Mario ha visitado terapeutas y consejeros, pero nadie ha podido prestarle la ayuda apropiada.

El mundo está lleno de gente afligida y agobiada. Marina y Mario son apenas dos ejemplos que conozco. Su cansancio y aflicción no es resultado del trabajo físico. Tampoco es resultado de la falta de dinero. Tal vez ellos no logren identificar la raíz de su problema, pero Jesús sí lo hizo, hace dos mil años, al decir: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mat. 11: 28). La invitación del Maestro es para aquellos que se sienten «trabajados y cargados», pero hemos de comprender que estas dos palabras no se limitan al agotamiento físico ni a la angustia por los problemas y dificultades. La razón subyacente para la fatiga y el quebranto humano es mucho más profunda.

A fin de entender el tipo de cansancio del que habla Jesús es necesario analizar a fondo la invitación del Maestro. Él dijo: «Venid a mí [...] y yo os haré descansar». ¿Cómo lo hará? La respuesta es: «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas». Los que acepten el llamado de ir a Cristo, tomen su yugo y aprendan a ser mansos y humildes como él, son los que hallarán el descanso anhelado.

MANSEDUMBRE Y HUMILDAD

La mansedumbre y la humildad son aspectos del carácter. Si las personas cansadas y cargadas a quienes el Maestro invita necesitan aprender a ser mansas y humildes es porque no lo son. En consecuencia, podemos suponer que son bravas, explosivas, furibundas, orgullosas, soberbias y prepotentes. Esa es la causa de su cansancio y aflicción.

Lo que Jesús dijo siglos atrás es lo mismo que hoy en día nos confirma la ciencia que estudia el comportamiento humano, que afirma que la mayoría de los problemas que aquejan a las personas hoy en día están relacionados con su carácter. Durante muchos años, las empresas, antes de contratar un nuevo empleado, le daban mucha importancia a su capacidad intelectual. Hoy se toma mucho más en cuenta la «inteligencia emocional», que no es más que la forma de ser, el carácter, del aspirante al empleo.

Lo que **Jesús dijo** siglos atrás es lo mismo que hoy en día nos confirma la ciencia que estudia el comportamiento humano, que afirma que la mayoría de los problemas que aquejan a las personas hoy en día están relacionados con su carácter.

LA RAÍZ DE MUCHOS PROBLEMAS

Muchos de nosotros no aceptamos que el origen de nuestros problemas sea nuestro carácter. El otro día una señora afirmaba que la raíz de sus dificultades era la falta de dinero y no su manera de ser. Ella tenía tres tarjetas de crédito canceladas por falta de pago. Para intentar saldar una de las tarjetas había tomado dinero prestado de tres miembros de la iglesia, a los que tampoco podía pagar. Casi nunca era fiel a Dios devolviéndole lo que le pertenece y creía que el Señor sabría «entender» su problema, porque al final de cuentas no tenía las condiciones adecuadas para serle fiel en la devolución de los diezmos y en la generosidad en las ofrendas.

—Soy una buena persona —afirmaba para sus adentros— mi carácter es tan dulce que la gente me presta dinero. Si yo fuera una persona horrible nadie simpatizaría conmigo ni me prestara.

Esa noble señora es la típica dama que no percibe la verdadera raíz de sus problemas. Posee muchos pares de zapatos, algunos sin usar. El ropero está abarrotado de vestidos, muchos de los cuales usó solo una vez. Tiene vergüenza de repetir varias veces la misma ropa y le dice a sus amigas en tono de broma: «Soy pobre, pero tengo mi orgullo». Y a la vez afirma con toda convicción que su problema no tiene nada que ver con su carácter.

HOGARES DESTRUIDOS

Si pudiéramos realizar una encuesta en la iglesia, nos sorprenderíamos con la cantidad de hogares infelices por causa del carácter de uno, o de ambos cónyuges. Conocí a una señora cuyo esposo decía ser cristiano, sin embargo, ella no sabe qué hacer ante las constantes agresiones físicas que le propina su cónyuge. Con las marcas de una vida dolorosa reflejándose en su rostro ella balbucea:

—Mi esposo es un hombre de Dios, solo que pierde la paciencia con facilidad.

Es inadmisibile que un hombre agreda a su esposa, pero es inimaginable que un agresor pueda llamarse «cristiano» y mucho peor que un individuo violento sea considerado un «hombre de Dios» solo porque conoce la doctrina y da la impresión de ser un líder estricto y eficiente en la iglesia.

El caballero de la historia se parece a Santiago y Juan, dos apóstoles a los que Jesús apodó «hijos del trueno», es un hombre sincero pero dominado por un carácter que arruinaba sus mejores intenciones. Al verse confrontado por su realidad, se limitó a bajar la cabeza y llorar en reconocimiento de su triste condición. Su temperamento era horrible. Había tenido un padre que también agredía a su esposa e hijos. Al principio, aquella actitud le parecía normal, pues vivía en un país y una cultura donde el hombre se considera dueño y señor absoluto de la esposa. Pero un día conoció la Palabra de Dios. Estudió la Biblia con un vecino y descubrió las verdades espirituales que iluminaron su vida y le trajeron una nueva perspectiva. Poco después se bautizó y se convirtió en un extremista en asuntos religiosos, estricto cumplidor de las reglas. Compró varios libros cristianos y se vanagloriaba de vivir y enseñar de acuerdo «a la ley y al testimonio». Solo que había un problema: Jamás pudo vencer el carácter horrible que lo dominaba. Parecía en ocasiones un toro bravo. En las juntas se levantaba, fruncía el ceño y vociferaba. Todos le temían y seguían sus recomendaciones y ¡ay del pastor que no se sometiera a su voluntad!

¿Por qué este buen hermano no lograba dominar su violenta manera de ser? Al salir de las manos del Creador, el carácter de Adán y Eva era perfecto. Habían sido creados a la imagen y semejanza de su Hace-

dor (Gén. 1: 27). Formaban una pareja feliz. Entre ellos no existían discusiones ni agresiones. No existía el egoísmo ni el deseo de supremacía. Ambos eran mansos y humildes de corazón, así como Jesús. Ese era el ideal divino para el ser humano y para las familias y lo sigue siendo hoy.

Elena G. de White, refiriéndose a la primera pareja, afirma que «tenía el enorme privilegio de relacionarse íntimamente, cara a cara, con su Creador. Si hubiera permanecido leal a Dios, todo esto le hubiera pertenecido para siempre. A través de los siglos eternos, hubiera seguido adquiriendo nuevos tesoros de conocimiento, descubriendo nuevos manantiales de gozo y obteniendo conceptos cada vez más claros de la sabiduría, el poder y el amor de Dios. Habría cumplido cada vez con mayor eficacia el propósito de su creación; habría reflejado cada vez más la gloria del Creador» (*La Educación*, p. 15).

El secreto para conservar ese carácter manso y humilde era la comunión con el Creador. El carácter de la primera pareja sería siempre semejante al de su Hacedor mientras mantuvieran una vida de compañerismo constante con él. Era una perfección dependiente. Dios los había creado con el propósito de que vivieran una experiencia de relación diaria con él. El Señor deseaba «estar» con sus hijos y «andar» con ellos. Esta idea es clara en el Antiguo Testamento: «Yo estableceré mi residencia en medio de ustedes [...]. Andaré entre ustedes, y yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo» (Lev. 26: 11-12, RVC).

¿No es este un mensaje maravilloso? ¿Qué pasó, entonces, que el ser humano no pudo conservar ese carácter manso con que Dios lo creó? «En su estado de inocencia, la mujer y el hombre gozaban de completa comunión con Aquel “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. Pero después de su caída no pudieron encontrar gozo en la santidad e intentaron ocultarse de la presencia de Dios. Esa es todavía la condición del corazón que no ha sido regenerado. No está en armonía con Dios ni encuentra gozo en la comunión con él» (*El camino a Cristo*, p. 26).

Según esta cita inspirada, la tragedia comenzó cuando nuestros primeros padres se apartaron del Creador y dejaron de ser mansos y humildes. Se volvieron egoístas. Hoy somos una caricatura del carácter

divino, un remedo grotesco del Dios de amor que nos creó y por más que nos esforcemos por ser altruistas, abnegados y desinteresados, no lo conseguimos. «El carácter humano, deformado por el pecado, es depravado y terriblemente diferente del que tuvo el primer hombre cuando salió de las manos del Creador» (*Recibiréis poder*, p. 50).

¿De qué otra forma podrías entender que después del tsunami que azotó Indonesia en 2004 hubo gente insensible que recogía niños abandonados para vender sus órganos? ¿Cómo entender que una pareja mate a una joven embarazada para quedarse con el niño que iba a dar a luz? El ser humano, alejado de Dios, es capaz de cometer las peores atrocidades. Porque su carácter, «deformado por el pecado, es depravado y terriblemente diferente del que tuvo el primer hombre cuando salió de las manos del Creador».

MISIÓN IMPOSIBLE

Lo peor de todo es que el ser humano no tiene la más mínima oportunidad de cambiar esta situación. «Es imposible que escapemos por nosotros mismos del abismo de pecado en el que estamos hundidos. Nuestro corazón es perverso, y nosotros no lo podemos cambiar [...]. La educación, la cultura, la fuerza de voluntad, el esfuerzo humano, tienen su lugar; pero carecen de poder para salvarnos. Pueden producir un cambio externo de la conducta, pero no pueden transformar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida. Es necesario que haya un poder que obre desde el interior una vida nueva de lo alto» (*El camino a Cristo*, p. 27).

¡Nadie puede cambiar su propio corazón! Es una tarea imposible. Tal vez por eso los abuelos decían: «Genio y figura, hasta la sepultura». La historia está alfombrada de hombres y mujeres que intentaron revertir el cuadro dramático del ser humano y fracasaron. Una de esas historias es la de Raúl. Con apenas veinte años, este joven había llegado a la conclusión de que su vida era un fracaso.

—¿Para qué continuar viviendo? —Se preguntaba al recordar su pasado de derrotas y promesas no cumplidas.

Desde los dieciséis años había usado drogas. Al principio, solo para «probar», o tal vez para no sentirse aislado del grupo. ¡Cosa de muchachos!

—Puedo dejar esto cuando quiera —decía a los que le aconsejaban apartarse de ese camino.

El día llegó. Quiso parar. Casi perdió la vida en un accidente automovilístico. Entonces intentó abandonar las drogas, pero descubrió que ya no podía. Era un pobre esclavo del vicio. A partir de allí su trayectoria consistió en un fracaso tras otro. Abandonó los estudios, dejó la casa paterna, empezó a cometer pequeños robos y acabó pasando un tiempo en la prisión. Allí le quitó la vida a otro delincuente. Entonces recordó que la violencia con que intentaba resolver sus discusiones no era solo consecuencia del uso de narcóticos. Él siempre había sido así. Haber nacido en el hogar de padres cristianos no le había servido de mucho. Asistir a los cultos cuando era niño, tampoco. Al llegar a la adolescencia percibió que era egoísta y cruel. Comandaba un grupo de adolescentes que buscaba ratas y las apedreaban hasta matarlas. En cierta ocasión, después del accidente provocado por las drogas, intentó cambiar, sin éxito, y se entregó definitivamente a una vida de perdición y vicios.

Fue así como una noche, medio drogado, prendió la televisión del cuartucho que compartía con otros drogadictos y me vio hablando del amor de Dios y de las incontables oportunidades que el Señor da a los seres humanos. Oyó también acerca del poder transformador de Jesucristo y el mensaje tocó su corazón y empezó de nuevo a buscar, no solo la iglesia sino a Dios. Cayó de rodillas y le dijo al Señor:

—Yo no puedo. Si dependiera de mí estoy acabado. No hay fuerzas en mí. Soy malo, no puedo. Pero tú, Señor, eres mi Dios, tú si puedes; entonces, por favor, opera un milagro en mí.

¡Y el milagro sucedió! La oración no había terminado de salir de su boca y la respuesta divina había llegado. El Espíritu de Dios lo tocó y se sintió como aquellos huesos secos que cobraron vida en la visión de Ezequiel 36. Pero la historia de Raúl no termina allí. Ninguna historia termina solo en el momento de la conversión. Existe

N

adie puede cambiar su propio corazón! Es una tarea imposible. Tal vez por eso los abuelos decían: «Genio y figura, hasta la sepultura». La historia está alfombrada de hombres y mujeres que intentaron revertir el cuadro dramático del ser humano y fracasaron.

un largo recorrido con Cristo que todos los cristianos necesitamos transitar hasta el día de la victoria final.

En su oración, Raúl declaró la más pura realidad del ser humano: «Yo no puedo, pero tú sí». Elena G. de White señala al respecto que «pueden existir defectos perceptibles en el carácter de una persona, pero cuando llega a ser un verdadero discípulo de Cristo, el poder de la gracia divina lo transforma y santifica» (*Los hechos de los apóstoles*, p. 416).

Quiero invitarte a leer la cita anterior de nuevo. Trata de percibir la esencia de esta declaración inspirada. Puede haber «defectos perceptibles en el carácter de una persona». No importa cuáles. Egoísmo, orgullo, soberbia, violencia, envidia, codicia... Pero, cuando el cristiano «llega a ser un verdadero discípulo de Cristo, el poder de la gracia divina lo transforma y santifica». ¿Qué es el «poder de la gracia divina»? ¿Cómo alguien llega a ser «un verdadero discípulo de Cristo»? Si logramos dar respuesta a estas dos preguntas habremos encontrado el secreto para la transformación del carácter a pesar de cuán deformado pueda estar.

Los primeros discípulos de Cristo eran seres humanos semejantes a nosotros. Cargaban con los mismos defectos que tú y yo, pero observa lo que sucedió con ellos. «Así fue como los primeros discípulos llegaron a asemejarse a su amado Salvador [...]. Estaban con

él en la casa, en la mesa, en los lugares solitarios o en la campiña. Lo acompañaban según la costumbre de que los discípulos siguieran a su maestro, y diariamente recibían de sus labios lecciones de santa verdad. Lo miraban como los siervos a su señor, para aprender cuáles eran sus deberes» (*El camino a Cristo*, p. 108).

En esta cita que acabas de leer se encuentra la razón por la que Jesús invita a las personas: «Venid a mí», porque solo él es capaz de transformar nuestra desesperante realidad en el cristalino sueño que esperamos. Nadie necesita vivir cansado y cargado, agobiado o afligido, intentando cambiar por sus propias fuerzas los defectos de su carácter. «Dios da a los hombres la oportunidad de unirse con Cristo. Los que caminan en el temor de Jehová y meditan acerca de su carácter, cada día llegarán a ser más semejante a Jesús» (*Cada día con Dios*, p. 38).

EL CARÁCTER DE LOS REDIMIDOS

En el capítulo catorce del libro de Apocalipsis, Juan ve a los redimidos bajo la figura de los ciento cuarenta y cuatro mil: «Después miré, y vi que el Cordero estaba de pie sobre el monte de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente» (Apoc. 14: 1). El nombre de una persona, en la Biblia, describe el carácter de la misma. Quiere decir que los redimidos estarán un día en el cielo porque habrán llegado al punto de reflejar, de nuevo, el carácter de Jesús. ¿Y cómo lograron esa maravilla? El versículo cuatro del capítulo catorce responde que «son los que siguen al Cordero por dondequiera que va». Solo que para seguirlo en los cielos, es necesario aprender primero a seguirlo aquí en la tierra. Por eso el Maestro nos invita a ir a él, pues en palabras de Elena G. de White: «Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos» (*Palabras de vida del gran Maestro* p. 48).

Jesús te ama y no quiere que te pierdas. Espera pacientemente que le des la oportunidad de actuar en tu vida y transformar tu carácter. Los discípulos se volvieron semejantes a Jesús en su carácter

porque anduvieron con él en constante compañerismo. Lo mismo puede ocurrir contigo si decides ir al Señor y no separarte del amado Maestro de Galilea.

LUCHAS Y CONFLICTOS

El paradero del ómnibus estaba colmado de personas aquella mañana fría de invierno en las calles del barrio Chacarita, en la ciudad de Buenos Aires, pero Max no veía a la gente. Su cuerpo estaba allí pero su mente vagaba sin rumbo por los agrestes campos minados de los conflictos familiares. Creía que no aguantaría más. Pensó que tal vez la separación era la única salida. Lo que lo incomodaba y lo confundía era el hecho de que amaba a su esposa y no entendía por qué dos seres que se amaban no podían vivir en armonía. El conflicto de aquella mañana había comenzado porque no había leche para el desayuno.

—¡Te dije que la compraras anoche! —gritó ella encolerizada.

—¿Y por qué en lugar de pedírmelo no la compraste tú? —respondió él en el mismo tono.

A partir de allí se dijeron cosas terribles, se sacaron en cara errores pasados y finalmente él salió de casa golpeando la puerta.

Muchos siglos atrás el apóstol Pedro escribió lo siguiente; «Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables. (1 Ped. 3: 8). Pedro dice que los cónyuges deben tener «un mismo sentir», ser «compasivos y misericordiosos» el uno con el otro. Parece una meta distante, imposible de alcanzar. Por lo menos para Max y su joven esposa.

Lo que ellos ignoran es que el matrimonio es la única escuela donde uno se matricula y nunca se gradúa. La vida en pareja es de constante aprendizaje y se puede volver muy complicada si tenemos un carácter deformado por el pecado. Mucha gente se desespera porque no sabe distinguir los problemas de los conflictos. Nuestra vida cotidiana consiste en la constante solución de problemas. Desde que te levantas hasta que te acuestas en la noche estás solucionando problemas. No existe vida sin dificultades. Pero las contrariedades no son cataclismos destructores sino simples desafíos que pueden ayudar-

nos a crecer. Ahora bien, un contratiempo mal resuelto se puede transformar en un conflicto y llegar a ser fatal.

¿Y tú? ¿Te sientes cansado y agobiado por las dificultades y los conflictos así como Max y su esposa? Solo Jesús puede transformar tu carácter. Únicamente en él encontrarás la solución para las angustias de tu alma. A lo largo de la historia, Dios ha invitado constante y frecuentemente al ser humano: «Ven a mí». Sin embargo, nuestra respuesta parece ser siempre la misma: «Sí Señor, iré, pero espera un poco, primero tengo que deshacerme de lo malo que hay en mi vida. Necesito colocar todo en orden, debo abandonar todo lo que me amarra a la vida de pecado antes de ir a ti».

Pero Jesús continúa llamando: «Hijo, ven a mí tal y como estás, semidesnudo como la mujer adúltera, vistiendo hojas de higuera como Adán y Eva, con olor a cerdo como el hijo pródigo, con tu cuerpo destruido como el leproso o arrastrándote como el paralítico. Ven a mí con tu carácter deformado por el pecado, con tus pensamientos o sentimientos inmundos; pero por favor, ven a mí».

Ir a Jesús es decir: «Señor, no comprendo, pero voy. No siento nada, pero voy. Para ser honesto, Señor, me gusta la vida errada, pero igual voy a ti. No estoy arrepentido, y a pesar de eso, voy». Cuando vas al Maestro tal y como estás descubres algo maravilloso: Él te dará el arrepentimiento que no sentías. En su presencia sentirás dolor por todas las faltas que has cometido y que hieren su corazón. En la pureza del Salvador te sentirás indigno y caerás de rodillas a sus pies diciendo: «Señor, ten misericordia de mí». Entonces, Jesús te levantará en sus brazos, llamará a los ángeles y les dirá: «Este es mi hijo que estaba lejos. Ha regresado. Ahora vístanlo para la fiesta de celebración».

Este es el milagro de la transformación. Jesús coloca en ti una nueva naturaleza, nuevas motivaciones, un nuevo rumbo para tu vida. ¡Nuevos horizontes! ¡Horizontes sin fin!

3

«Yo los haré
descansar»





He peleado la buena
batalla, he acabado la
carrera, he guardado la fe
(2 Timoteo 4: 7).



LAS MANECILLAS DEL RELOJ indicaban las cinco de la mañana. Rosario abrió la ventana y respiró hondo. La rutina de su vida iba a comenzar. Hacía mucho tiempo que había perdido la alegría de vivir y su existencia se había vuelto monótona, triste y sin sentido.

—Estoy cansada de vivir —se lamentó—. ¿Hasta cuándo tendré que seguir en la misma rutina?

Todos en algún momento nos hemos sentido así. Las cosas parecen estar cabeza abajo. Intentas, luchas, te arriesgas, pero parece que estás nadando contra la corriente. Miras al cielo, ves un avión surcando los aires y piensas que las personas que viajan dentro de esa aeronave sí deben ser felices. Al fin de cuentas están allí, viajando, paseando y disfrutando de grandes emociones. Entonces, ¿cuál es el problema contigo? ¿Por qué todo te sale mal? ¿Por qué parece que Dios da mucho a unos y nada a otros?

El ser humano es un ser cansado, es por eso que la invitación de Jesús es: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mat. 11: 28). ¡Y de verdad necesitamos descanso en

medio del ajetreo diario! La enfermedad del siglo XXI es el estrés. Y si no se lo controla debidamente puede llevar a la depresión. No hay tiempo para nada, corremos de un lado al otro desde que amanece hasta que anochece. El mundo en el que vivimos es competitivo y si te duermes, corres el riesgo de quedar atrás en cualquier ámbito de la vida.

En medio de toda la agitación que caracteriza nuestro mundo aparece Jesús ofreciéndote descanso. Y no es apenas reposo físico lo que Jesús ofrece, sino sosiego para el ser humano entero: su cuerpo, su mente y su corazón. No existe quietud mientras nos mantengamos separados de Dios. Él es la fuente de la paz, estando en él encuentras tranquilidad, tus agitaciones terminan, tu estrés llega a su fin, tu carrera loca acaba y empiezas a encontrarle sentido a lo que haces.

¿DESCANSO DE QUÉ?

Una lectura rápida de la invitación de Jesús podría llevarnos a una conclusión equivocada de la naturaleza del cansancio que menciona el Maestro. Para entender el tipo de desasosiego al que se refiere el convite divino necesitamos realizar una revisión correcta del texto y entenderlo dentro del contexto.

En el capítulo anterior vimos que la mayoría de los problemas del ser humano tienen su origen en nuestro carácter. En el momento en el que el pecado entró al mundo, la semejanza de Adán y Eva con Dios se deformó. Como resultado, nuestros primeros padres se escondieron del Creador. El miedo se apoderó de su corazón y cuando el Señor los confrontó con su realidad, se acusaron entre sí y el amor que los había unido hasta entonces se esfumó.

A partir de aquel instante desapareció el ser manso y humilde, semejante al Creador, y surgió una especie de toro bravo en el corazón. Hoy, todos los seres humanos tenemos en nuestro interior ese animal indómito. Mientras las cosas salen como deseamos, la bestia duerme tranquila; pero cuando las circunstancias nos son desfavorables o los otros no hacen lo que queremos, la fiera empieza a despertar y es capaz de originar las peores atrocidades. Esa es la razón por la que dos personas que se aman son a la vez capaces de agredirse como si fueran enemigas acérrimas. Es por eso que en un momento de desequilibrio

La invitación de Jesús
es que vayamos a él para
que sea él quien nos cambie.

emocional podemos proferir palabras de las que luego nos arrepentimos amargamente, pero demasiado tarde. Este mundo está plagado de gente herida por palabras y actitudes de un prójimo que les profesa amor.

¿QUÉ HAGO CON MI CARÁCTER?

No hay una sola persona en este mundo que no sea víctima del descontrol. Todos tenemos algo que lamentar. Recuerda que «el carácter humano, deformado por el pecado, es depravado y terriblemente diferente del que tuvo el primer hombre cuando salió de las manos del Creador» (*Recibiréis poder* p. 50). La palabra «depravado» puede parecer muy dura. Significa «corrupto», que a su vez equivale a «dañado», «perverso» y «torcido». En otras palabras, los seres humanos, al separarnos del Creador, nos fuimos deteriorando lentamente y acabamos siendo corruptos y depravados.

Todos somos conscientes de esa triste situación. A veces lo negamos, pero en el silencio de la noche tenemos que aceptar que aunque el disfraz que llevamos puede servir para mostrar una buena imagen externa, nuestra realidad interna es mucho más grotesca de lo que imaginamos. Pero un día entramos en contacto con el evangelio y las doctrinas bíblicas, al estudiar la Palabra llegamos a entender que el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. No obstante, por mucho que intentamos alcanzar ese ideal de vida descubrimos que nuestra bestia interna con-

tinúa viva y nos hace cometer acciones que nos avergüenzan. Por ejemplo, ¿has visto a dos «hombres de Dios» en una junta de iglesia discutiendo tan acaloradamente que llegan incluso al punto de agredirse? ¿No predicán sermones maravillosos cuando están en el púlpito? ¿No se supone que ellos irán al cielo con Cristo en ocasión de su Segunda Venida? ¡Claro que sí! Pero, ¿con ese carácter? Esta incoherencia es apenas una pequeña demostración de que el esfuerzo que podamos realizar, el conocimiento teórico que podamos adquirir y las buenas intenciones que podamos tener no bastan para cambiar el carácter y hacernos semejantes a Jesús.

CANSADOS DE QUERER CAMBIAR

La invitación de Jesús es que vayamos a él para que sea él quien nos cambie. Intentar producir dicho cambio por cuenta propia puede conducirnos al cinismo espiritual: fingir que somos maravillosos hijos de Dios cuando en realidad estamos llevando una vida doble, la que vivimos a solas y la que mostramos a la sociedad y a la iglesia. Esa misma fue la tragedia de este caballero: lo había planeado todo. En su mente ya tenía claros hasta los más mínimos detalles. Quería estar solo. Por eso le pidió a su esposa que fuera a visitar a sus padres. Él había tomado una decisión radical y estaba determinado a llevarla a cabo. En la penumbra de sus pensamientos, la muerte era la única solución para el drama que vivía y no deseaba que nada, ni nadie, le impidiesen alcanzar el objetivo trágico que se había propuesto.

Cinco días después de que su esposa salió de viaje, los vecinos llamaron a las autoridades. Un olor fétido emanaba de aquella casa solitaria de ventanas marrones, de la que nadie entraba ni salía hacía ya varios días. La policía derribó la puerta y al ingresar hallaron aquel grotesco escenario: un cadáver ya en estado de descomposición, colgado de la viga.

¿Qué llevó a aquel caballero a tomar semejante decisión? ¿Cuáles habrán sido sus motivos? Me enteré de la noticia cuando estaba por abordar el avión y quedé aturdido. Temblé de pies a cabeza. Yo sabía las posibles razones. Había conversado con él una semana antes

de su trágica muerte. Sus últimas palabras habían sido el clamor de un corazón herido suplicando auxilio y por más que traté de ayudarlo, no logré nada. En el avión, mientras viajaba, no pude evitar que los recuerdos me perturbasen. Mi vista se perdía en el azul infinito del cielo. Trataba de mirar el paisaje desde la ventana, pero solo veía el rostro angustiado de aquel caballero, llorando en su desesperación.

—Pastor —me había dicho el día que conversamos—, desde que conocí a Jesús he tratado de serle fiel. Me he esforzado y he luchado. Usted no se imagina los esfuerzos que hago por vivir a la altura de los principios que predico; pero cuanto más lucho, más tentado me siento. Mi corazón y mi cabeza son un nido de impurezas. Hay tanta basura en mi vida que no sé cómo librarme de ella. No conozco el sabor de la victoria. Soy un fracasado. Creo que la única solución para mí es la muerte.

Aquel día traté de animarlo, le expliqué que mientras viviese en este mundo la naturaleza pecaminosa estaría siempre presente, incomodándolo, y que la bestia interna que él sentía que lo dominaba estaba presente en mí también, en todos, y seguiría presente hasta la venida del Señor, pero parece que no logré que me entendiese porque, poco tiempo después, se suicidó. Cuando hablé conmigo, yo tenía delante de mí a un ser agonizante extendiéndome la mano en busca de auxilio y no supe explicarle la razón de las aparentes incoherencias de la vida cristiana.

Estuve angustiado durante varios días por el peso de la culpa. Me preguntaba constantemente: «¿Qué hago para que la vida cristiana no se vuelva un fardo de obligaciones que asfixia?». Recordé mis años de juventud. A pesar de estar en la iglesia no conocía a Jesús de manera personal. Reviví mis sufrimientos y luchas, las noches de tormento que había vivido al sentirme perdido, esforzándome por ser fiel.

VIDA ABUNDANTE

Lo que vas a leer a continuación es lo que la Biblia enseña con relación a la vida abundante. Es mi respuesta a la pregunta que aquel hombre me hizo y que en aquella ocasión no supe responder

de modo que proporcionase una solución viable para su drama. Quizás leyendo y permitiendo que el Espíritu Santo te hable a solas, tus conflictos interiores desaparezcan y descubras que ser cristiano es la experiencia más extraordinaria que el ser humano puede vivir.

Aquel caballero me dijo: «Creo que la única solución para mí es la muerte», y se quitó la vida. ¿Es la muerte la solución al problema de los constantes fracasos espirituales? El apóstol Pablo también, en algún momento de su experiencia, pensó en dejar de existir como una posible solución al problema del pecado. Quería ser bueno, pero no podía. Deseaba andar en los caminos de Dios y cumplir su voluntad, y sin embargo, descubría que dentro de él habitaba un monstruo que lo arrastraba hacia el mal. «Lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago [...]. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que está en mí» (Rom. 7: 15, 17).

La lucha que el apóstol enfrentaba era tan grande que terminó con un grito de angustia: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?» (Rom. 7: 24). En otra ocasión, escribiendo a los corintios acerca de sus inclinaciones, luchas y dificultades, dijo: «Pues fuimos abrumados en gran manera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida» (2 Cor. 1: 8). En este último pasaje Pablo no se refería a presiones externas o peligros de fuera, sino a una lucha interna que lo llevaba muchas veces a pensar que la única salida podía ser la muerte: «Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte» (2 Cor. 1: 9). El apóstol cargaba un aguijón en su carne (2 Cor. 12: 7-9) y es muy posible que en vez de un problema físico que lo atormentaba, como creen muchos estudiosos, dicho «aguijón en la carne», sea una alusión a la naturaleza pecaminosa que intentaba constantemente llevarlo a dónde él no quería.

Por lo tanto, el caballero que habló conmigo no ha sido el único que en algún momento pensó en la muerte como la única salida para sus derrotas espirituales. Pero Pablo descubrió el secreto de la victoria y puede enseñarnos a vencer la lucha que enfrentamos cada día con el enemigo. A fin de cuentas, él dice que Jesús «amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla [...] a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese man-

cha, ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efe. 5: 25-27). Una iglesia gloriosa es aquella que refleja el carácter de Jesús.

LA ÚNICA SALIDA ES LA MUERTE

Analicemos la experiencia de Pablo. Él describe su terrible lucha contra el toro salvaje, la bestia que lleva en su interior. Los teólogos le llaman la naturaleza pecaminosa. El apóstol es claro al decir: «Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo sino el pecado que mora en mí» (Rom. 7: 20). ¿Quién es ese «pecado que mora en mí»? ¿De quién habla el apóstol? ¿Acaso él ya no estaba convertido? ¡Claro que sí! Su conversión había ocurrido en el desierto, camino a Damasco. ¿Cómo entonces Pablo dice «el pecado que mora en mí»? ¿A qué se refiere? Dejemos que él mismo lo explique: «Pues según el hombre interior, me deleito en la Ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rom. 7: 22, 23).

Pablo aquí habla de dos naturalezas que luchan dentro del cristiano. A una le llama «el hombre interior» y a la otra «la ley de mis miembros». Cada una quiere tomar el control de la vida. La aflicción espiritual que siente es resultado de esa lucha. Hay, en tu interior, una nueva naturaleza que nació en el momento de tu conversión. Ella desea servir a Dios, llora cuando fracasas, se arrepiente, sufre, promete que nunca más va a caer. Pero al mismo tiempo existe en ti un toro bravo que explosiona constantemente, se deleita en practicar el pecado, es hipócrita, mentiroso, le gusta aparentar y le encanta mostrar su lado «santo» delante de las personas.

Tu corazón es la arena donde se lleva a cabo el conflicto. Allí estás tú sin saber a dónde ir. Quieres servir a Dios y al mismo tiempo deseas agradar los deseos de la carne. ¿Qué harás? ¿Hay esperanza? ¿Podrás ser salvo viviendo así? Pablo, al final de sus días, dijo: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe» (2 Tim. 4: 7).

Lo que el apóstol quiere decir es que, a pesar de lo ardua que fue la lucha, él pudo alcanzar la victoria. Si Pablo la alcanzó, aunque en

E

s cierto, la única salida para el problema del creyente es la muerte, pero no la tuya, sino la de Jesús, que hace dos milenios pendió de la cruz para salvarte.

un momento de la vida pensó que la muerte podría ser la única salida, tú también la puedes alcanzar, si descubres el secreto del apóstol. ¿Y cuál fue su clave? Él la comparte: «Despojaos del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (Efe. 4: 22-24).

¿Te das cuenta cómo, en la mente de Pablo, está clara la existencia de dos personas dentro del cristiano? Él habla del «viejo hombre» y de la «nueva criatura». Es cierto, la única salida para el problema del creyente es la muerte, pero no la tuya, sino la de Jesús, que hace dos milenios pendió de la cruz para salvarte. Quien necesita morir hoy es la naturaleza pecaminosa, «el viejo hombre», el «toro bravo».

¿POR QUÉ DEBE MORIR EL «TORO BRAVO»?

La naturaleza pecaminosa tiene que morir porque es la raíz de los pensamientos, sentimientos y actos pecaminosos. Si no existiera la fuente contaminada, tampoco habría agua inmunda. Si no hubiera un naranjo en el huerto, no brotarían las naranjas.

Lo peor que puede ocurrírsele al cristiano es intentar vivir una vida correcta manteniendo viva dentro de sí la naturaleza pecaminosa. Por más que quiera ser bueno, no podrá. Puedes esforzarte, luchar y prometer, levantarte a las cinco de la mañana y castigar tu cuerpo, dejar de comer e incluso lacerar tus espaldas hasta sangrar. Todo será inútil por-

que el árbol malo sigue en ti y continuará produciendo sus frutos; el toro bravo está vivo, y al menor descuido te llevará a cometer los peores actos. ¿Pero acaso no te habías convertido? Claro que sí, tal y como lo estaba Pablo.

¡Ah! ¡Cuán maravilloso sería que en la hora de la conversión el Señor arrancase la naturaleza pecaminosa de ti y la extirpase para siempre! Si fuese así, a partir de tu entrega a Jesús no sentirías más ganas de pecar, porque la fuente de los deseos pecaminosos habría desaparecido. Pero la realidad es diferente. En la hora de tu conversión la naturaleza pecaminosa muere, y no obstante, continúa en ti. Te acompañará hasta el día en que Jesús vuelva. Entonces, sí: «en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta [...] seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible, se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Cor. 15: 52-53). Pero hasta que no llegue ese día, la miserable naturaleza pecaminosa estará allí, perturbándote, trayendo conflicto a tu vida y generando los deseos de la carne. Solo Jesús puede derrotarla. Por eso, necesitas ir a él, permanecer en él y caminar con tu amado Salvador todos los días.

La promesa de Jesús se extiende a todos los que están cansados de luchar para vencer las tendencias de su carácter deformado por el pecado. El Salvador promete descanso espiritual. ¿Quiere decir que yo voy al Maestro, permanezco con él y se acaban mis problemas? ¿Y los frutos? ¿Y el dominio del temperamento? ¿Y el abandono de la manera antigua de vivir? ¿Dónde queda todo eso? ¿La vida cristiana es simplemente ir al Señor y no preocuparse con la conducta? Espera un poco. No te apresures. No saques conclusiones prematuras. Pablo presenta una verdad cristalina y contundente al preguntar: «¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia y qué comunión la luz con las tinieblas?» (2 Cor. 6: 14).

¿Entiendes la pregunta de Pablo? Él habla de una imposibilidad. La luz y las tinieblas jamás pueden caminar juntas. Un cuarto puede estar dominado por la más densa oscuridad pero, si hacer brillar la luz, las tinieblas desaparecen. Si, por el contrario, deseas las sombras, tienes que apagar la luz. La claridad y las tinieblas no andan juntas. Al lado de la justicia no hay lugar para el pecado.

Es imposible andar con Jesús y continuar pecando porque él es la justicia. Si entendiésemos esto, todos los esfuerzos para vencer el pecado se concentrarían en ir al Salvador y caminar con él en una experiencia constante de compañerismo y comunión, y al hacerlo, descubriríamos que el poder del mal se debilita y desaparece. Al lado de la luz no habitan las tinieblas.

El drama de la vida es que un día alguien estudió la Biblia contigo, te enseñó lo que un buen cristiano necesita cumplir y lo que debe evitar, y desde aquel instante tu experiencia ha sido una lucha terrible para hacer las cosas correctas y abandonar lo que consideras pecado. Es posible que al comienzo de tu experiencia hayas ido a Jesús y permanecido con él por algunos meses, pero después, la obligación de vivir una vida correcta te llevó a concentrar tanta atención y fuerza a fin de vencer al «toro bravo» que no te quedaron ni tiempo, ni fuerzas para permanecer al lado del único que puede hacerte justo. Observa lo que afirma Elena G. de White: «Muchos creen que deben hacer por sí mismos alguna parte de la obra. Confiaron en Cristo para obtener el perdón de sus pecados, pero ahora procuran vivir rectamente por sus propios esfuerzos. Pero todo esfuerzo de ese tipo fracasará. El Señor Jesús dice: “Porque separados de mí no pueden ustedes hacer nada”. Nuestro crecimiento en la gracia, nuestra dicha, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo (*El camino a Cristo*, p. 102).

Presta atención a la frase: «Todo depende de nuestra unión con Cristo». Dios quiere que vivas una vida de obediencia. Él desea reproducir su carácter en ti pero espera hacerlo a su manera y no a la tuya. El Señor quiere verte alcanzar la victoria sobre el pecado porque el mal te destruye y te hace infeliz, pero lo hará usando sus métodos y no los tuyos. El Señor te ama y anhela que seas justo en él, en vez de intentando vivir una vida correcta, solo, con tus propias fuerzas.

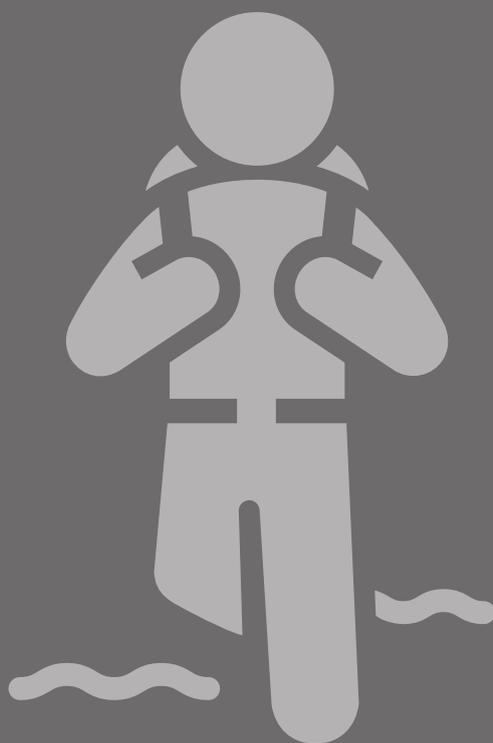
Si piensas que ir a Jesús y permanecer en él es un evangelio barato, quizás se deba a que no has probado nunca lo que significa vivir una vida de comunión permanente con él. De otra manera sabrías que ir al Maestro y permanecer a su lado no es tarea fácil; pero al hacerlo, desaparecerán de tu vida aquellos hábitos y conductas que tanto tratabas de abandonar y no podías, pues al lado de la justicia no hay lugar para la injusticia.



«Sépanlo o no, todos están cansados y cargados. Todos están agobiados con cargas que únicamente Cristo puede suprimir». — *El Deseado de todas las gentes*, p. 300.



4 «Lleven mi yugo»





Venid a mí todos
los que estáis trabajados
y cargados, y yo os haré
descansar. Tomad mi yugo
sobre vosotros
(Mateo 11: 28-29).



AQUELLA SEÑORITA debía tener unos veinte años. Demasiado joven para haber perdido el gusto por la vida y destruirse como lo estaba haciendo. En pocos meses había descendido a las profundidades más oscuras del vicio y la degeneración y ya no era ni la sombra de la niña alegre y entusiasta que había conocido mientras servía como director de jóvenes en mi país. Le pregunté por qué se perjudicaba consumiendo drogas, que cuál era la razón por la que se hería despiadadamente.

—Es la única manera que tengo de olvidar lo que soy —balbuceó—, soy un montón de basura.

Verdad y mentira. Era cierto que su madre biológica la había abandonado en la calle, recién nacida, envuelta en papel de periódico y en un bote de basura. Pero era falso que, por la despiadada actitud de su progenitora, ella no valiese nada, al punto de escoger aquella triste vida.

—No tuve otra opción —prosiguió mordiendo sus labios casi hasta hacerse-los sangrar.

Dos lágrimas rebeldes rodaban por su rostro sufrido. Tuve ganas de abrazarla y decirle:

—Hija, no sufras más, estoy aquí, llegué para salvarte.

Pero percibí que soy apenas un ser humano, incapaz de calmar los dolores del mundo. Entonces lloré. Ella ni lo percibió. Mis lágrimas rodaron dentro de mí, quemaron mis entrañas y me provocaron el terrible dolor de la impotencia humana.

DIOS TIENE UN PLAN PARA TI

A veces, golpeado por la vida, llegas a la conclusión de que eres fruto del azar y que tu existencia es una casualidad, un simple accidente biológico. Pero Dios dice que antes de que nacieras, cuando todavía estabas en el vientre de tu madre, él ya tenía un plan para ti (ver Jer. 1: 5). Nada ocurre en este mundo sin el consentimiento divino. Tú eres un resultado del amor maravilloso de tu Padre celestial. A pesar de las circunstancias adversas que te rodeen, no importa las heridas que las personas te hayan abierto, el propósito del Padre para ti se mantiene firme. Lo único que necesitas es descubrirlo y abrazarlo.

Nadie es capaz de entender lo que sientes. Tus dolores son tuyos, tus noches interminables también. Temes que llegue el día. Prefieres vivir en las sombras, escondiendo tu realidad. Pero tengo también la seguridad de que hay un Dios Todopoderoso esperando que le digas: «Señor, estoy cansada de sufrir, por eso te entrego mi vida, ¿eres capaz de hacer por mí lo que yo no puedo?».

La historia de la joven que te conté tuvo un final feliz. El Espíritu Santo tocó su corazón y ella fue a Jesús, arrepentida, y reconoció que carecía de fuerzas para salir del pozo en el que había caído y que solo el Señor podía sacarla de allí. Clamó pidiendo la ayuda divina y Dios hizo el milagro. Se bautizó en un congreso de jóvenes y aquellos que la habían conocido de niña, lloraron embargados por la emoción.

Después de su bautismo, la joven de nuestra historia descubrió que tenía un largo camino por recorrer. La vida cristiana recién empezaba. Sus pecados habían sido perdonados; su pasado, borrado, pero la naturaleza pecaminosa continuaba dentro de ella y en más de una

J

Jesús conoce la batalla interior de cada hijo suyo, por eso el llamado que te extiende no es solo que vayas a él, sino que tomes su yugo

oportunidad se preguntó cómo podría mantenerse victoriosa frente a los ataques del enemigo.

Jesús conoce la batalla interior de cada hijo suyo, por eso el llamado que te extiende no es solo que vayas a él, sino que tomes su yugo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros» (Mat. 11: 28-29). Esta invitación era fácil de entender por los discípulos. En aquellos días, caminando entre campos sembrados de trigo y hortalizas, era común observar a las yuntas de bueyes arando el campo.

Los agricultores generalmente armaban la yunta con dos bueyes. Uno, joven e inexperto, amarrado a otro buey maduro y con mucha experiencia. Al comienzo de la jornada, el buey aprendiz no aceptaba el yugo y hacía todo lo posible para desvencijar el pesado madero. No estaba acostumbrado a arar. Había vivido suelto en el campo, por eso le resultaba difícil adaptarse a la nueva vida. En estas circunstancias, el yugo era un instrumento de aprendizaje para el toro. Mientras estuviese amarrado al buey adulto, no se apartaría, y finalmente aprendería a trabajar.

Jesús, que es el Maestro por excelencia, tomó esa figura de la agricultura como ilustración de lo que desea hacer en sus hijos. Somos toros bravos e indómitos por naturaleza. Estamos acostumbrados a correr por los campos abiertos de la vida destruyéndonos a nosotros mismos y a los que nos rodean. Ese tipo de comportamiento, que al principio parece fascinante, con el tiempo se torna cansón y perjudicial. Un día, después de tantos fracasos y frustraciones, llegamos a la conclusión de

E

l humilde de corazón,
que diariamente ha sentido
la importancia de unir su alma
con la Roca eterna, permanecerá
incólume en medio de
las tempestades de la prueba,
porque no confió en sí mismo

que nos encontramos cansados, cargados, afligidos, agobiados y estresados. Entonces aparece el Maestro, nos promete descanso para el alma y nos invita a ir a él, pero su invitación implica «tomar su yugo».

Los pasos de la invitación de Jesús son los siguientes: primero, aceptas la invitación y la promesa: «Vengan a mí y yo los haré descansar». El convite se dirige a los «trabajados y cargados». La promesa es el descanso. En seguida se presenta el proceso para hallar el reposo ofrecido: «Lleven mi yugo sobre ustedes [...] y hallarán descanso para el alma».

¿EN QUÉ CONSISTE EL YUGO?

No hay reposo sin yugo. ¿Por qué? El proceso que el Maestro presenta para hallar el reposo es incomprensible porque se supone que el «cansado y trabajado» ya no puede ni siquiera andar, pero al llegar a Jesús recibe un pesado yugo. ¿Qué tipo de descanso es ese? El yugo que Cristo ofrece a los que acuden a él en realidad es el instrumento que nos une al Maestro. En la Biblia encontramos la invitación a llevar el yugo de Cristo bajo diferentes figuras. El propio Señor Jesús dijo en una oportunidad: «Permaneced en mí y yo en vosotros» (Juan 15: 4). ¿Cómo alguien podría permanecer en Cristo si no llevara su yugo? El yugo es el madero que ata al Maestro y al aprendiz.

El yugo de Cristo aparece en la Biblia de muchas maneras. En la parábola de los dos cimientos, Jesús habla del hombre prudente que edifica su casa en la roca (Mat. 6: 24-27). Edificar en la roca es llevar el yugo de Jesús. El Espíritu de Profecía dice: «El humilde de corazón, que diariamente ha sentido la importancia de unir su alma con la Roca eter-

na, permanecerá incólume en medio de las tempestades de la prueba, porque no confió en sí mismo» (*Reflejemos a Jesús*, p. 75, la cursiva es nuestra) y «*Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y la culpa de su humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado*». (*El conflicto de los siglos*, p. 464, la cursiva es nuestra). Nota que *edificar sobre la Roca* es sinónimo de *vivir cerca del Maestro*, y nadie puede permanecer a su lado si no está unido por el yugo.

CONTEMPLAR A JESÚS

Otra figura del yugo es «contemplar» a Jesús. Pablo escribió: «Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor» (2 Corintios 3: 18). Contemplar a Jesús, o «mirarlo con el rostro descubierto» significa también permanecer unidos al Señor. El resultado es la transformación. «El Espíritu Santo jamás deja sin asistencia al que contempla a Jesús [...]. *Si sus ojos permanecen fijos en Jesús*, la obra del Espíritu Santo no cesa hasta que el creyente es conformado a la imagen del Maestro. En virtud de la bendita influencia del Consolador, los propósitos y el espíritu del pecador cambian hasta llegar a ser uno con Dios. Sus afectos por él aumentan, tiene hambre y sed de su justicia, y, al contemplar a Cristo, es transformado de gloria en gloria y de un carácter a otro mejor, hasta ser más y más semejante al Maestro (*Recibiréis poder*, p. 61, la cursiva es nuestra).

ANDAR CON DIOS

En el Antiguo Testamento encontramos otra expresión que sirve de sinónimo a llevar el yugo de Cristo: «Andar con Dios». Enoc caminó con el Señor y desapareció, porque Dios se lo llevó (Gén. 5: 24), Noé fue considerado justo entre sus contemporáneos porque anduvo con Dios. (Gén. 6: 9). Cuando Abraham tenía noventa y nueve años, se le presentó el Creador y le dijo que si andaba en su presencia sería perfecto (Gén. 17: 1). David fue considerado «un hombre conforme al corazón de Dios» porque, después de su terrible caída, pidió perdón y rogó que Dios no lo apartara de su lado (Sal. 51: 11).

Aunque los escritores bíblicos usaron muchas figuras para referirse a la experiencia de vivir en compañerismo y comunión con Dios, lo cierto es que el propósito de ese «caminar con Dios» o «llevar el yugo de Cristo» es tomar el carácter humano deformado por el pecado y modelarlo a semejanza del carácter de Jesús. «Sin emplear la coacción, sin usar métodos de violencia, él [Cristo] funde la voluntad del ser humano con la de Dios. Esta es la ciencia de todas las ciencias verdaderas; porque efectúa un cambio extraordinario en la mente y el carácter» (*Mente, carácter y personalidad*, t. 2, p. 381). El Maestro llama, no fuerza la voluntad de nadie. Los que acepten la invitación lo harán solo por amor. Si alguien decide tomar el yugo de Cristo será motivado únicamente por el anhelo de ser semejante a su Maestro. Esta es «la ciencia de todas las ciencias verdaderas». Ese es el secreto de la victoria cristiana.

VESTIRSE DE CRISTO

Otra figura que Pablo utiliza para explicar lo que significa «llevar el yugo de Cristo» es «vestirse de Cristo»: «La noche ha avanzado, y se acerca el día. Por tanto, desechemos las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Vivamos con honestidad, como a la luz del día, y no andemos en glotonerías ni en borracheras, ni en lujurias y lascivias, ni en contiendas y envidias. Más bien, revistámonos del Señor Jesucristo, y no busquemos satisfacer los deseos de la carne» (Rom. 13: 12-14, RVC).

El verbo «vestirse», en griego *ependiomai*, expresa la identificación plena del creyente con su Señor. Para nuestra cultura puede no significar mucho, pero en algunos pueblos el vestido designa el grupo al que se pertenece. Lo mismo sucede con un equipo de fútbol, básquet, o cualquier otro deporte. Cuando se viste la camiseta con los colores del equipo significa que se pertenece a ese equipo. «Vestirse de Cristo» significa pertenecer a Cristo y llevar su yugo.

EL FRAGANTE AROMA DE CRISTO

Pablo es el escritor bíblico que más figuras usa para expresar la idea de llevar el yugo de Jesús. Escribiendo a los Corintios utilizó otra figura: «Pero gracias a Dios, que en Cristo Jesús siempre nos hace salir triunfantes, y que por medio de nosotros manifiesta en todas partes el aroma de su conoci-

miento. Ciertamente, para Dios somos el fragante aroma de Cristo, tanto en los que se salvan como en los que se pierden» (2 Cor. 2: 14-15).

¿Alguna vez abrazaste a una persona que usa perfume y sentiste que su fragancia se adhirió a tus ropas? Eso sucede con los que llevan el yugo divino. Su proximidad con el Maestro hace que por donde quiera que vayan las personas sepan que ese cristiano convive con Jesús y huele a su Maestro. Ese es el resultado de andar cada día con él. La persona huele a Cristo porque está unida a él por el yugo.

Medita en estas palabras: *«Cuando estamos unidos con Cristo, tenemos la mente de Cristo. La pureza y el amor brillan en el carácter, la humildad y la verdad rigen la vida. La misma expresión del rostro es cambiada. Cristo, que habita en el alma, ejerce un poder transformador, y el aspecto externo da testimonio de la paz y del gozo que reinan en lo interior. Bebemos del amor de Cristo así como la rama obtiene su alimento de la vid. Si estamos injertados en Cristo, si fibra tras fibra hemos sido unidos con la Vid viviente, daremos evidencias de ese hecho dando ricos racimos de fruto viviente. Si estamos conectados con la Luz, seremos conductos de luz y reflejaremos la luz al mundo en nuestras palabras y obras. Los que son verdaderamente cristianos están unidos con la cadena de amor que une a la tierra con el cielo, que une al hombre finito con el Dios infinito. La luz que brilla en el rostro de Jesús brilla en el corazón de sus seguidores para la gloria de Dios. (Reflejemos a Jesús, p. 96, la cursiva es nuestra)*

ESCONDERSE EN CRISTO

Hablando de aquellos que aceptaron la invitación de Cristo y aceptaron también el desafío de llevar su yugo, Pablo declara: «Siendo, pues, que ustedes han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Ocupen la mente en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios. Y cuando se manifieste Cristo, la vida de ustedes, entonces también ustedes serán manifestados con él en gloria» (Col. 3: 1-4, RVC).

Necesitamos una vida escondida en Jesús para enfrentar los peligros que nos rodean con fe, confianza y seguridad. Escondernos en él y llevar su yugo es anhelar la semejanza del Maestro, darle el

primer lugar, es atreverse a vivir en contradicción con las cosas de este mundo por amor de su nombre. Es decir como Pablo: «Y a decir verdad, incluso estimo todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por su amor lo he perdido todo, y lo veo como basura, para ganar a Cristo» (Fil. 3: 8).

ENCONTRAR EL CAMINO

El ser humano que acepta la invitación de llevar el yugo de Cristo encuentra el sendero correcto. (Juan 14: 6). No hay confusión en su vida, ni penumbra, ni dudas. Jesús es el Camino y al mismo tiempo, la luz de los hombres. En la vida del que está atado a Jesús por el yugo, todo tiene sentido. Hasta las cosas humanamente incomprensibles, porque los caminos de Dios no son como nuestros caminos.

Llevar su yugo es descubrir a Jesús como el Camino. Entender que «todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino» (Isa. 53: 6). Comprender que los caminos humanos conducen a la muerte (Prov. 14: 12), arrepentirse y seguir a Jesús. Pero para que esta experiencia sea real hay que estar dispuesto a compartir la vida, el destino y el sufrimiento del Maestro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Luc. 9: 23).

Una persona que lleva el yugo de Cristo o toma su cruz es aquella que renuncia a todo para seguir a su Maestro. Aceptar el yugo implica un abandono de la situación previa. Jesús llamó a sus discípulos y ellos dejaron todo: redes, barcas, padres. Cosas por las que se mide el éxito de la vida en esta tierra. Sin embargo, los discípulos abandonaron todo eso para llevar el yugo de Cristo y seguirlo hasta el fin.

Todo aquel que sigue a Cristo, atado a su yugo, llega finalmente a donde él también se dirige: el trono. Jesús dijo: «Nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14: 6). Los seguidores de Jesús llegarán finalmente al Padre y vivirán con él. Esta es la razón por la cual Juan ve a los redimidos en el cielo siguiendo al Cordero por donde quiera que va.

¿EN QUÉ CONSISTE LLEVAR EL YUGO DE CRISTO?

Lo peor que nos podría suceder es romantizar la experiencia cristiana, o limitarla a una teoría bonita o a un cántico maravilloso. La vida

cristiana se basa en la teoría, pero se vive en la experiencia. Lo mismo sucede con el hecho de «llevar el yugo de Cristo».

El apóstol Pablo tal vez sea el que mejor describe el yugo. Él menciona los instrumentos de la comunión con Cristo de la siguiente forma: «Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con *la verdad*, vestidos con la coraza de *justicia* y calzados los pies con *el celo por anunciar el evangelio de la paz*. Sobre todo, tomad el escudo de la *fe*, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Tomad el yelmo de *la salvación*, y la espada del Espíritu, que es *la palabra de Dios*. *Orad* en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velad en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (Efe. 6: 14-18, la cursiva es nuestra).

Los instrumentos aquí descritos son: la verdad, la justicia, la fe, la proclamación del evangelio, la salvación, el estudio diario de la Biblia y la oración constante. Sin embargo, en este libro voy a enfatizar solo tres de ellos porque son herramientas en las cuales se demanda la participación activa del cristiano: El estudio diario de la Biblia, la oración constante y la proclamación del evangelio. Sin la implementación de esas tres disciplinas, la experiencia de llevar el yugo de Cristo no pasará de una expresión romántica. Recuerda que el yugo es el madero que une al Maestro con el aprendiz. El yugo en la vida del creyente está formado por las tres disciplinas mencionadas.

El estudio diario de la Biblia. Si una persona no puede vivir físicamente sin comer, ¿cómo podría sobrevivir en la vida espiritual sin alimentarse diariamente de la Palabra de Dios? La Sierva de Dios dice al respecto: «La verdad es delicada, refinada, elevada. Cuando moldea el carácter, el alma crece bajo su influencia divina. *Cada día la verdad ha de ser recibida en el corazón. Así comemos las palabras de Cristo*, que según él declara, son espíritu y son vida. La aceptación de la verdad hará de cada receptor un hijo de Dios, un heredero del cielo. La verdad que es apreciada de corazón no es letra fría y muerta sino un poder viviente» (*Reflejemos a Jesús*, p. 103).

El estudio diario de las Escrituras es un hábito que hemos de poner en práctica incluso cuando no tengamos deseos de hacerlo. Mientras cargues todavía la naturaleza pecaminosa, estudiar la Biblia diariamente

E

El estudio diario de las Escrituras es un hábito que hemos de poner en práctica incluso cuando no tengamos deseos de hacerlo.

demandará esfuerzo. Pero aquí entra el papel de la voluntad humana. Por eso, Pablo escribió que si queremos recibir una corona incorruptible necesitamos poner nuestro cuerpo bajo servidumbre (ver 1 Cor. 9: 27).

Jamás podremos reflejar el carácter de Jesús si no aprendemos a alimentarnos de la Palabra de Dios todos los días, por eso Elena G. de White escribió: «En el temor de Dios les digo que la verdadera exposición de las Escrituras es necesaria para el correcto desarrollo de nuestros caracteres» (*Reflejemos a Jesús*, p. 104) y «la verdad recibida en el corazón será el medio de purificar el alma, de transformar el carácter, y de hacer que su receptor sea de una mente semejante a la de Dios» (*Reflejemos a Jesús*, p. 51).

La oración constante. La segunda disciplina de comunión diaria con Jesús es la oración en todo tiempo. Pablo dice: «Orad sin cesar» (1 Tes. 5: 17). Esto significa tener un espíritu de oración las 24 horas del día. ¿Cómo es posible esto? ¿Y a qué hora comemos, dormimos o trabajamos? Medita en la respuesta de la Sierva de Dios: «Ora en un lugar secreto; y mientras atiendes tu trabajo cotidiano levanta a menudo tu corazón hacia Dios. Así fue como Enoc anduvo con Dios. Esas oraciones silenciosas ascienden como aromático incienso ante el trono de la gracia. Satanás no puede vencer a aquel cuyo corazón está apoyado en Dios. No hay tiempo o lugar en que sea impropio ora a Dios. No hay nada que pueda impedirnos elevar nuestro corazón en ferviente oración» (*El camino a Cristo*, p. 146).

Existen dos tipos de oración: la oración formal o establecida para la cual apartas un momento definido para estar a solas con Dios; puede ser en un lugar de tu casa. Allí te arrodillas y conversas con tu Padre. Pero el otro tipo de oración, y tal vez el más difícil de practicar, es la oración informal. «En medio de las multitudes de las calles o en medio de una reunión de negocios podemos elevar a Dios una oración e implorar la dirección divina, como lo hizo Nehemías cuando presentó una petición al rey Artajerjes. Dondequiera que estemos podemos entrar en comunión con Dios. Hemos de tener abierta de continuo la puerta del corazón e invitar siempre al Señor Jesús a venir y morar en nuestra alma como huésped celestial» (*El camino a Cristo*, pp. 146-147).

Necesitamos aprender a vivir en actitud de oración. No es necesario arrodillarse, basta con relacionar todo lo que haces con Dios. Tú sigue viviendo, pero no vivas solo, relaciona todos tus pensamientos con Dios. La señora White declaró que «podemos tener lo que tuvo Enoc. Podemos tener a Cristo como nuestro constante compañero. Enoc caminaba con Dios, y cuando era asaltado por el tentador, podía conversar con Dios acerca de eso. No tenía un “escrito está” como lo tenemos nosotros, pero tenía un conocimiento de su Compañero celestial. Hacía de Dios su Consejero y estaba íntimamente vinculado con Jesús. Y Enoc fue honrado debido a ese proceder. Fue trasladado al cielo sin ver la muerte. Y los que sean trasladados al fin del tiempo, serán los que tengan comunión con Dios en la tierra» (Manuscrito 38, 1897).

Si hay algo que perturba incesantemente al cristiano son sus derrotas ante de la tentación. «No logro resistir», «soy demasiado carnal», «¿Qué hago con mi vida? Soy demasiado débil». Estas y otras afirmaciones son expresiones de frustración que salen de la boca de cristianos sinceros. Creo que nadie, por voluntad propia quisiera ser un fracasado. Todos se esfuerzan, luchan, tratan de controlar sus tendencias, pero parece que nada da resultado. ¿Cuál es el problema? ¿Existe solución?

El problema es que, al llegar la tentación, concentras todos tus esfuerzos en no caer, en lugar de concentrarlos en no separarte de Jesús. Al hacer esto caes. No porque la tentación fue demasiado fuerte, sino porque te separaste del Maestro. No podemos olvidar sus palabras:

«Sin mí, nada podéis hacer». Nada. ¿Entiendes? Mucho menos resistir la tentación.

Entonces, ¿cómo se enfrenta la tentación? Si tu vida es una experiencia de comunión ininterrumpida con Jesús, todo lo que necesitas hacer al llegar la tentación es decirle a Jesús lo que estás sintiendo o pensando. Te puede parecer extraño al comienzo. Hay cosas que no tendrías el valor de contarle a Jesús. ¿Cómo decirle, por ejemplo, que estás planeando hacer algo moralmente horrible, o que estás pensando ir a un lugar que no es compatible con la vida cristiana? «No, no, eso no funciona», podrás pensar, pero ahí está la clave del problema.

Ya que no tienes el valor de contarle a Jesús lo que estás sintiendo y ya que, al mismo tiempo, lo que estás sintiendo te parece muy agradable, cometes el error de interrumpir la relación con Jesús. Te vas solo. Te escondes. Te disfrazas. Haces lo que sea, pero a escondidas. Pero la verdad es que ya estás perdido, porque te separaste de Jesús. Ya eres pecador. Hagas o no haga lo que estás planeando, ya eres pecador porque te separaste de Jesús. Cometer actos pecaminosos será solo el resultado.

La próxima vez que la tentación aparezca cuéntale a Jesús lo que estás sintiendo, aunque te parezca irreverente y atrevido. Cuéntale los pasos que estás dando. Dile que en el fondo quieres hacer lo que estás deseando, pero no cortes la comunión con él. No te separes de Jesús. Si llevas este consejo a la práctica notarás que mientras dialogas con Jesús, el deseo pecaminoso empieza a desaparecer de manera natural. Venciste. No porque te esforzaste para no caer sino porque luchaste para no separarte de Jesús. Continúas siendo justo, no porque evitaste cometer un acto pecaminoso, sino porque no te separaste de la fuente de la justicia que es Jesús. Cristo venció en ti. Por ti. Y para ti.

Por esta razón Elena G. de White escribió que «si queremos desarrollar un carácter que Dios pueda aceptar, debemos formar hábitos correctos con respecto a nuestra vida religiosa. La oración diaria es tan esencial para el crecimiento en la gracia, e incluso para la vida espiritual misma, como el alimento temporal lo es para el bienestar físico. Debemos acostumbrarnos a elevar a menudo nuestros pensamientos a Dios en oración. Si la mente divaga, debemos traerla de vuelta a su lugar; mediante un esfuerzo perseverante, el hábito finalmente lo hará todo

fácil. No nos podemos separar ni un instante de Cristo y estar seguros. Necesitamos que su presencia nos ayude a cada paso, pero solo si cumplimos las condiciones que él mismo ha impuesto» (*Mente, carácter y personalidad*, t. 2, p. 188).

La testificación. La tercera disciplina que forma parte del yugo de Cristo es la proclamación del evangelio, el trabajo misionero, o como quieras llamar al hecho de salir, buscar a una persona que no conoce el evangelio y conducirla a Jesús. Dios no te confió la misión de predicar el evangelio porque él no pueda hacerlo. «Dios podría haber alcanzado su objeto de salvar a los pecadores, sin nuestra ayuda; pero a fin de que podamos desarrollar un carácter como el de Cristo, debemos participar en su obra» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 120).

Un cristiano que pasa años en la iglesia y no tiene consciencia de la importancia de salir y evangelizar a los que todavía mueren en un mundo sin Cristo, no ha entendido que nadie lleva el yugo de Cristo si no asume su responsabilidad misionera. «Al procurar ganar a otros para Cristo, llevando la preocupación por las almas en nuestras oraciones, nuestros propios corazones palpitarán bajo la vivificante influencia de la gracia de Dios; nuestros propios afectos resplandecerán con más divino fervor; nuestra vida cristiana será más real, sincera y llena de oración» (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 291).

El estudio diario de la Biblia, la oración en todo tiempo y la testificación son disciplinas espirituales que necesitan formar parte de la experiencia del cristiano. Sin la implementación de estas tres disciplinas, nadie toma el yugo de Cristo, ni edifica sobre la Roca, ni contempla a Jesús, ni camina con Dios, ni permanece en Cristo. Todas estas expresiones usadas con frecuencia en nuestros himnos y poesías, no pasan de letra muerta si no se salen de la teoría y se integran en la realidad de la vida práctica. En el siguiente capítulo veremos cuál es la razón para llevar el yugo de Cristo, y qué tiene que ver eso con la vida victoriosa que los cristianos anhelan.

5

«Aprendan
de mí»





Así dijo Jehová:
"Paraos en los caminos,
mirad y preguntad
por las sendas antiguas,
cuál sea el buen camino.
Andad por él y hallaréis
descanso para vuestra
alma". Mas dijeron:
"¡No andaremos!"
(Jeremías 6: 16).



ERAN LAS SEIS de la mañana. Los débiles rayos del sol se filtraban por los cristales rotos del restaurante. Su dramático encuentro con Jesús la noche anterior lo había cambiado. Lo había convertido en un nuevo hombre, viejo tal vez, pero libre de los tormentos de su terrible pasado. Se veía feliz, con los ojos radiantes.

Sabía lo que debía hacer. Pagó el chocolate con tostadas que había consumido y se dirigió a la terminal de tren. Tomó un billete al centro de la ciudad y anduvo por sus congestionadas calles. Pasado el mediodía llegó a su destino. Subió lentamente las escalinatas de las oficinas de policía y confesó su crimen. No salió más de allí. Permanecería en la prisión por ocho largos años. Pero su espíritu estaba libre. Había encontrado la salvación en Cristo.

Lo conocí en Pensilvania, una noche de lluvia, mientras dirigía una campaña de evangelización. Allí me contó su historia. Me habló de sus noches de culpa, de sus días de remordimiento, de sus tardes y mañanas de angustia.

—Lo que tocó mi corazón —me dijo sonriendo—, fue saber que mis culpas ya

habían sido pagadas en la cruz del Calvario. Cuando entendí lo que Jesús hizo por mí, tuve ganas de salir y gritar a todo el mundo que yo había sido perdonado.

Después me contó las luchas que había enfrentado para vivir su nueva experiencia. Se encontraba en la prisión y no podría mostrarse débil. Necesitaba sobrevivir en medio de gente violenta. ¿Cómo hacerlo sin mostrarse violento? Su vida se tornó una batalla diaria contra las tendencias de su propio ser. Pero un día de visita, un buen hermano le regaló el libro *El camino a Cristo* y su lectura le abrió los ojos para descubrir el secreto de la victoria en Cristo.

APRENDER DE CRISTO

Lo primero que los cristianos necesitamos entender es que nos acercamos a Jesús para aprender de él. No se trata de un simple aprendizaje teórico, sino de algo práctico como ser manso y humilde de corazón. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», dice la invitación. Si el nuevo cristiano convive con Jesús, las personas que están a su lado notarán que hay algo diferente en él. «Si Cristo está en el corazón, aparecerá en el hogar, en el taller, en el mercado, en la iglesia. El poder de la verdad será percibido porque elevará y ennoblecerá la mente y suavizará y subyugará el corazón, llevando a todo el ser humano a la armonía con Dios. El que es transformado por la verdad derramará una luz sobre el mundo» (*Reflejemos a Jesús*, p, 51).

Solo existe una manera de aprender del Maestro: pasando tiempo cada día con él a través de la oración, del estudio de su Palabra y contando a otros lo que Jesús ha hecho en nuestra vida. Tú hablas con Dios mediante la oración, Dios habla contigo mediante la Biblia y tú y Dios, juntos, cuentan a otros acerca de la maravillosa experiencia de amor y comunión que ambos viven.

Jesús fue bien claro al decir que si no permanecemos en él estamos condenados al fracaso. «Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar frutos por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 4-5).

LOS BUENOS FRUTOS

Hay dos ideas claras en el texto que acabas de leer. La primera tiene que ver con los frutos. Los Frutos del Espíritu, que son todas esas virtudes maravillosas que te gustaría tener en tu nueva vida. ¿Por qué no aparecen en ti por más que te esfuerzas? La respuesta de Jesús es: «El pámpano no puede llevar frutos por sí mismo». Tú y yo somos pámpanos. Podemos intentar, querer desesperadamente, esforzarnos; pero no lo lograremos nunca porque el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo. «Sin mí nada podéis hacer», afirma el Maestro. Tu única salida es «permanecer» en Jesús, buscarlo todos los días, orar, estudiar la Biblia y contar a otros lo que él ha hecho por ti.

Aquí está la clave de la vida cristiana victoriosa y aquí también está la razón de por qué muchos fracasan. Si limitas tu relación con Dios a los cultos de la iglesia, o, en el mejor de los casos, al culto devocional de la mañana y de la noche, no conseguirás la victoria. ¿De qué vale una hora de meditación diaria si a lo largo del día vives solo, pierdes tu comunión con Dios y te separas de él? No abandonaste la iglesia, es cierto. Tal vez ni siquiera hiciste algo moralmente malo. Pero te olvidaste de Jesús.

Más tarde, cuando aparece la tentación, tratas de resistir. Usas todos los métodos humanos de autodisciplina y dominio propio y con un poco de fuerza de voluntad puedes, incluso, vencer aparentemente, por fuera. Puedes no entrar al motel con una mujer extraña, pero ¿de qué te sirve eso si trajiste el motel y la mujer a tu cabeza? ¡Ah, claro! La iglesia no te va a disciplinar, la familia no te va a abandonar, los amigos te seguirán admirando. Ese tipo de obediencia exterior tiene valor social y moral, pero no espiritual. Estás perdido, dentro de la iglesia, cumpliendo aparentemente todo, pero perdido. Eso es lo que Jesús afirma al decir: «Sin mí nada podéis hacer».

Puedes aparentar, fingir, simular, pero eso no es vida cristiana. «Yo soy la vid —dice Jesús—, vosotros los pámpanos». Necesitas estar unido a él por el yugo. El pámpano no puede llevar frutos por sí mismo.

Si Jesús es la justicia y ser justo significa permanecer en él, entonces la única manera de continuar siendo justos es viviendo las veinticuatro horas del día con Jesús. ¿Y cómo puede ser eso posible? ¿Y a qué hora vas a trabajar o estudiar si tienes que pensar en Jesús las

veinticuatro horas? Necesitas aprender a vivir con Jesús. Permitir que él participe de tus actividades diarias, de tus sueños y pensamientos íntimos. En esa convivencia vas aprendiendo a ser manso y humilde de corazón.

Te voy a ilustrar este asunto de la siguiente manera. Te levantas temprano y tienes tus minutos devocionales con Jesús. Oras y estudias la Biblia. Muy bien. Empezaste el día de la manera correcta. ¿Y después? ¿Por qué no conversas mentalmente con él en el desayuno? Puedes continuar pensando, como siempre, en tu agenda diaria, o en los varios compromisos que tienes, pero hazlo conversando con Jesús. No perderás nada, pero sentirás que no estás solo al enfrentar las dificultades que la vida te presenta. Terminado el desayuno te diriges a tomar el transporte. Vamos a decir que el ómnibus se está demorando. ¿Qué piensas mientras esperas? «Qué problema, voy a llegar tarde al trabajo» o tal vez: «¿Cuándo tendré dinero para comprar aunque sea un carro viejo?». En ese momento aparece el ómnibus. Alguien trata de entrar primero que tú y solo alcanzas a pensar en silencio: «Este vivo, ¿cree que me va a ganar? No sabe con quién se metió». Y entonces corres y lo empujas y entras primero. Así van sucediendo las cosas a lo largo del día. No matas ni robas, pero vives una experiencia de fracaso constante.

Pero ahora volvamos a la estación del ómnibus. ¿Cómo habría sido si hubieras pensado todo lo que pensaste, pero conversando mentalmente con Jesús? Cuando el ómnibus se estuviese demorando y tú estuvieras casi perdiendo la paciencia, dirías: «Señor, qué problema que no tengo un carro propio». Pero en ese instante hubiera sucedido algo extraño. En el momento en que estuvieras por proferir cualquier expresión desagradable, si le hubieras contado a Jesús, aquella expresión hubiera desaparecido de manera natural. El ómnibus hubiese llegado, correrías y notarías que alguien está queriendo entrar primero que tú. «Este vivo no me va a ganar», pensarías, pero al haberlo dicho a Jesús hubieras perdido, de manera natural, las ganas de empujar a los demás, como en otras ocasiones. ¿Entiendes? Nada es diferente en tu vida normal. O tal vez todo sea diferente. Jesús es la diferencia. Tú continuas viviendo, trabajando, comprando y vendiendo, pero no realizas las cosas solo. Jesús te acompaña en todo, hablas con él, lo consultas, como si estuviese a tu lado aunque no lo puedas ver.

Si pones esto en práctica verás que las cosas que antes intentabas hacer con mucho esfuerzo y no podías, empezarán a aparecer en tu vida de modo natural. Solo que las victorias que alcances, no serán el resultado de tu esfuerzo, sino de tu comunión ininterrumpida con Jesús. Vas aprendiendo de Jesús y con él. Día tras día, paso a paso, pero las personas que te conocen empezarán a notar que algo novedoso e interesante está ocurriendo contigo.

FRUTOS AUTÉNTICOS

El fruto del Espíritu no es artificial, fabricado con plástico o cera. Es un fruto auténtico proveniente de una relación viva con Jesús. Ahora eres justo, no porque dejaste de hacer cosas malas. Al contrario, no haces cosas malas porque eres justo y eres justo porque estás unido a Jesús mediante su yugo. Elena G. de White lo expresó de la siguiente manera: «Cuando meditemos en la perfección del Modelo divino, desearemos llegar a ser plenamente transformados y renovados a la imagen de su pureza. Por fe en el Hijo de Dios se lleva a cabo la transformación en el carácter, y el hijo de la ira llega a ser el hijo de Dios. Pasa de muerte a vida; llega a ser espiritual y discierne las cosas espirituales. La sabiduría de Dios le ilumina la mente, y contempla cosas maravillosas que provienen de la ley divina [...]. Al convertirse en un hombre que obedece a Dios, tiene la mente de Cristo y la voluntad de Dios se convierte en su voluntad» (*Reflejemos a Jesús*, p. 96).

Jesús es la fuente de nuestra enseñanza. Aprendemos cada día de él. Por eso la señora White también escribió: «Cristo nunca debiera estar alejado de nuestra mente [...]. ¡Qué precioso Salvador es Jesús! Seguridad, auxilio, confianza y paz hay en él. Es el disipador de todas nuestras dudas, la prenda de todas nuestras esperanzas. Cuán precioso es el pensamiento de que realmente podemos llegar a ser participantes de la naturaleza divina, con la que podemos vencer así como Jesús venció. Jesús es la plenitud de nuestras expectativas. Es la melodía de nuestros himnos, la sombra de una gran roca en el desierto. Es el agua viva para el alma sedienta. Es nuestro refugio en la tempestad. Es nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención. Cuando Cristo es nuestro Salvador personal, anunciaremos las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable» (*Reflejemos a Jesús*, p. 13).

¿POR QUÉ SOY MALO?

Mucha gente se pregunta: «¿Por qué soy malo? ¿Por qué quiero servir a Dios y descubro dentro de mí otra persona que se rebela contra la voluntad de Dios?». El hombre cuya experiencia te narré al inicio de este capítulo había vencido muchas batallas, pero se consideraba todavía el peor de los pecadores. Generalmente los seres humanos pensamos que un pecador es alguien que mata, roba, miente y comete adulterio; mientras que «justo» es aquel que logra vivir sin practicar ningún acto pecaminoso. Esa es una visión muy superficial de la vida espiritual. La verdad es que el ser humano no es pecador porque mata, roba o miente. Hacemos todo esto *porque* somos pecadores.

Te voy a presentar otra ilustración. Vamos a imaginar que tienes un huerto y no deseas que produzca naranjas. Sin embargo, en medio de tu huerto existe un naranjo. ¿Qué harías? ¿Te pondrías a vigilar día y noche para cortar cada naranja que apareciese o cortarías el naranjo de raíz? ¿Qué sería lo más inteligente?

Ahora apliquemos esta ilustración a la vida espiritual. ¿Sabes por qué practicamos actos pecaminosos? Porque en nuestra vida hay un árbol que produce esos actos. Los actos pecaminosos son frutos. Por lo menos eso es lo que afirma el apóstol Pablo: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas» (Gál. 5: 19-21). Las «obras» de la carne. ¿Te das cuenta? Todos los seres humanos somos pecadores. No necesitamos hacer nada malo para ser pecadores. Basta nacer. «¿Y qué culpa tengo yo de haber nacido?», podrías preguntarte. La respuesta es: «ninguna». No te vas a perder por haber nacido pecador. Dios ya proveyó el remedio para ese problema y si te pierdes, será solo por no haber sacado provecho del remedio. Cuando no se había descubierto la estreptomycin, las personas morían víctimas de tuberculosis porque no había remedio. Pero hoy, con raras excepciones, solo mueren por causa de esa enfermedad los que se niegan a usar el remedio. Jesús es el remedio contra el pecado. Esta no es

solamente una afirmación teórica, es la realidad más práctica que existe, permíteme explicarte.

Jesús es la justicia y a su lado no hay lugar para la injusticia (2 Cor. 6: 14). Por lo tanto, si quieres ser justo, todo lo que necesitas hacer es buscar a Jesús, la justicia hecha persona, ir a él, permanecer unido a su yugo, aprendiendo de él en todo momento. El ser humano es justo solo cuando está unido a Jesús. Si esto es verdad, ¿quién es, entonces, el injusto o pecador? La lógica nos dice que es aquella que se encuentra separada de Jesús. Permíteme contarte la historia de Juan.

JUAN APRENDIÓ A TRAVÉS DEL AMOR

Un día Jesús llegó a la vida de un hombre con una personalidad deformada. Su carácter explosivo y su temperamento iracundo le habían ganado el apodo de «el hijo del trueno», su nombre era Juan. Estaba cansado de luchar con las tendencias de su corazón natural. Prometía mejorar, decidía cambiar, luchaba para no ser como era, pero sus esfuerzos eran inútiles. La fiera pecaminosa estaba agazapada dentro de él y al menor descuido se abalanzaba sobre él y lo dominaba.

Estoy seguro de que hubo momentos en los que Juan pensó que nunca llegaría al ideal que Dios tiene para sus hijos. Sin embargo, un día conoció a Jesús, fue a él y permaneció a su lado. ¿El resultado? Mira lo que dice Elena G. de White: «Juan [...] no poseía por naturaleza esa belleza de carácter. No solo hacía valer sus derechos y ambicionaba honores, sino que era impetuoso y se resentía cuando había sido injuriado. Sin embargo, cuando le fue revelado el carácter divino de Cristo, vio su propia deficiencia y este conocimiento le hizo ser más humilde. La fortaleza y la paciencia, el poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre que vio en la vida diaria del Hijo de Dios, lo llenaban de admiración y amor. Cada vez más su corazón fue sintiéndose atraído hacia Jesús, hasta que en su amor por su Maestro perdió de vista su propio yo. Su rencor y su ambición fueron cediendo al poder transformador de Cristo. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. El poder del amor de Cristo transformó su carácter. *Este es el seguro resultado de la comunión con Cristo.* Cuando él mora en el corazón, toda nuestra naturaleza se transforma. El Espíritu de Cristo y su

amor conmueven el corazón, subyugan el alma y elevan los pensamientos y anhelos a Dios y al cielo» (*El camino a Cristo*, pp. 108-109, la cursiva es nuestra).

Quiero enfatizar la expresión «este es el resultado de la comunión con Cristo». ¿De qué habla la cita? De la victoria sobre el pecado. La única solución para tus luchas es Jesús. Él es la justicia. Lejos de él no hay forma de ser justo. Separados de Jesús, hasta las cosas buenas que hacemos son pecaminosas. «Es cierto que puede darse una conducta externa correcta sin el poder transformador de Cristo. El deseo de poder influir sobre los demás, así como el afán de notoriedad, pueden motivar a un estilo de vida ordenado. El amor propio puede impulsarnos a evitar las apariencias de mal. Un corazón egoísta puede realizar actos de generosidad» (*El camino a Cristo*, p. 87).

Todas estas son obras del esfuerzo humano. Pueden tener un valor social y moral. Pero no tienen valor espiritual. Pablo confirma este pensamiento al decir: «Todo lo que no proviene de la fe es pecado» (Rom. 14: 23). Nuestra preocupación no debiera ser solamente dejar de hacer lo malo, sino dejar de ser pecadores. Y solo dejamos de ser pecadores cuando vamos a Jesús y no nos separamos de él. Esta es la razón por la que Jesús te llama, te ofrece su yugo y desea enseñarte a vivir la vida auténtica, llena de frutos. Y los frutos del espíritu son: «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gál. 5: 22-23).

EL DOLOR, FUENTE DE ENSEÑANZA

Julia esbozó una linda sonrisa al recibir su regalo. Era el día de su cumpleaños y había soñado con ese regalo por mucho tiempo; hablaba de él de día y de noche; a toda hora, en todo lugar. Su papá se acercó de ella y le dijo:

—Hijita, déjame ensamblarlo, yo puedo ayudarte.

—¡No, papá! Yo puedo sola —respondió la niña, entusiasmada.

Veinte minutos después vino el llanto. El juguete soñado estaba tirado en el suelo, roto más allá de cualquier reparación. Con los ojos llenos de lágrimas, la niña miró a su padre y le dijo:

—Papá, ¿puedes ayudarme? ¿Puedes arreglar mi juguete?

Todos somos como Julia. Vamos por la vida queriendo hacer las cosas solos y nos herimos, sufrimos y lloramos. Así sucede hoy en día, así sucedió en el pasado y así seguirá ocurriendo hasta que Jesús regrese. Esa fue la triste experiencia del pueblo de Israel. Andaba por caminos de muerte a la vez que afirmaba servir a Dios. Fue entonces cuando Jeremías presentó la siguiente amonestación en nombre del Señor: «Así dijo Jehová: “Paraos en los caminos, mirad y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino. Andad por él y hallaréis descanso para vuestra alma”. Mas dijeron: “¡No andaremos!”» (Jer. 6: 16).

El consejo divino no tenía complicaciones: «Deja de andar por tus caminos y regresa a mí. Anda en mis caminos y encontrarás el descanso para tu alma cansada». Simple. Bastaba andar en el sendero divino y la vida sería feliz, sin dolor, ni lágrimas. Pero por más simple que pareciera, Israel insistía en ir por sus propias sendas. Se comprometió con la idolatría de los pueblos que lo rodeaban, dejó de lado a Dios. En muchas ocasiones el Señor lo llamó de vuelta, lo invitó a sus brazos, lo buscó como a una manada perdida, pero el pueblo simplemente dijo: «¡No!».

La consecuencia de su rebeldía era inevitable. El poderoso ejército enemigo vino con toda su fuerza, derrotó a Judá, lo esclavizó y lo humilló. Sobraron dolor, vergüenza, sufrimiento, y entonces el pueblo se acordó de Dios. La buena noticia es que el Señor siempre escucha el clamor de sus hijos, pero preguntémonos, ¿tenía el pueblo que esperar ese momento? Tantas invitaciones, mensajes, llamados y nada, pero cuando el dolor, la tristeza y la vergüenza llegaron, Israel se acordó de Dios.

En la vida existen opciones. Una de ellas es aceptar la invitación divina e ir a Jesús. La otra es buscar a Dios cuando todo se arruina. En ambas Dios te oye, te salva del dolor y te hace por ti lo que tú no puedes hacer por ti mismo pero, ¿en qué situación piensas que es mejor buscarlo?



6

«Yo soy manso
y humilde»





Llevad mi yugo
sobre vosotros y aprended
de mí, que soy manso
y humilde de corazón,
y hallaréis descanso
para vuestras almas
(Mateo 11: 29).



LA LLAMABAN «CANELA» por su color de piel. Cuando sonreía, aparecían sus dientes como manada de ovejas blancas en orden. Era bella, inteligente y perspicaz. Soñaba con ser abogada y no tuvo dificultades para realizar su sueño. En la universidad conoció a un profesor, dueño de un bufete renombrado. Se casó con él después de la graduación y en pocos años se había transformado en una profesional brillante, reconocida y adinerada.

Al mirar el pasado recordaba a sus padres, gente sencilla que la llevaban a la iglesia y le contaban historias bíblicas a la hora de dormir. Ahora todo eso le parecía tan distante e ingenuo. Consideraba que aquellos tiempos eran una fase superada de su vida. Su fe había desaparecido junto con las limitaciones de su infancia. No necesitaba a Dios. Al menos eso creía. Sus progenitores fallecieron tristes por verla apartada de los caminos de Jesús. Ella nunca había querido herirlos, siempre fue una buena hija, solo que no necesitaba a Dios.

Los años transcurrieron y un día la tragedia tocó su vida. Un accidente de tránsito cegó la vida de su esposo y ella quedó

condenada a una cama por el resto de su vida. Puedes imaginar lo que vino después. Casi sin recursos financieros, sin salud, sin amigos, rodeada de gente que solo se había aprovechado de su dinero, se volvió una mujer amargada. Destilaba hiel en cada palabra e iba muriendo poco a poco ahogada en un pozo de resentimiento y odio.

Fue en esas circunstancias que se acordó del Dios de sus padres. Ellos habían sido humildes, mansos y tiernos. Los vecinos del barrio le habían puesto a su padre el apodo de «Transformado». Las historias de la vida pasada de aquel caballero andaban de boca en boca. Antes de conocer a Jesús era la persona más temida en el barrio. Vivía en los bares, peleando con todo el mundo y al llegar a casa golpeaba a su esposa. Canela no se acordaba de nada de eso porque cuando ella nació su padre ya era cristiano, un hombre manso y humilde de corazón que, consumido por el cáncer, falleció sin quejarse de nada y alabando el nombre de Dios.

CRISTIANISMO ES TRANSFORMACIÓN

La historia de Canela nos abre una ventana a la forma de pensar de muchos hoy en día: consideran que Dios es un simple detalle prescindible. El ateísmo niega la existencia de Dios, pero casi pasó de moda. Ser «moderno» hoy en día es creer en Dios e incluso asistir a la iglesia, mientras que al mismo tiempo se cree que Dios no tiene nada que ver con mi vida. Para muchos, ser cristiano es lo mismo que ser fanático de un equipo de fútbol: no afecta en nada mis decisiones.

Pero cuando leemos la Biblia nos damos cuenta de que el verdadero evangelio no solo es perdonador, sino que también es transformador. Nadie se encuentra con Jesús y continúa siendo la misma persona. El orgulloso y soberbio se vuelve manso y humilde de corazón, como su Maestro. Así sucedió con Enoc. «Enoc [...] estuvo siempre bajo la influencia de Jesús. Reflejaba a Cristo en carácter, exhibiendo las mismas cualidades de bondad, misericordia, tierna compasión, simpatía, paciencia, mansedumbre, humildad y amor. Su asociación con Cristo día tras día lo transformó en la imagen de Aquel con quien había estado tan íntimamente en contacto» (*Reflejemos a Jesús*, p. 12).

Un detalle sumamente importante que resulta necesario mencionar en este punto es que la obra de transformación no es tu respon-

sabilidad. No te toca a ti llevarla a cabo. Tu tarea es ir a Jesús, aceptar su invitación, tomar su yugo y no separarte de él. Andar con Jesús es andar con el Padre y también con el Espíritu. Y «es el Espíritu Santo, el Consolador, que Jesús dijo que enviaría al mundo, quien cambia nuestro carácter a la semejanza de Cristo; y cuando esto se ha realizado, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor. Esto es, el carácter de quien mira así a Cristo es tan parecido al de él, que quien lo mira ve el carácter de Cristo como en un espejo. Aunque no lo notemos, cada día nuestros caminos y nuestra voluntad se transforman en los caminos y la voluntad de Cristo, en la hermosura de su carácter. Así crecemos en Cristo, e inconscientemente reflejamos su imagen» (*Reflejemos a Jesús*, p. 12).

EL EJEMPLO DE ZAQUEO

¿Alguna vez te sentiste rechazado, condenado y sin derecho a acercarte a alguien a quien admiras? ¿Alguna vez sentiste que, a pesar de los bienes materiales que has logrado amasar en la vida, en tu corazón crecía ese vacío interior que te incomoda y te impide ser feliz? Si es así, tu vida se parece mucho a la de Zaqueo.

La Biblia nos presenta a Zaqueo como un modelo del ser humano pecador. La historia dice que él era rico. Los ricos por lo general usan ropas finas y caras. No sé si ya lo notaste, pero a veces la Biblia representa al pecador como una persona pobre, mal vestida y casi desnuda; como el hijo pródigo, la mujer adúltera de Juan 8, el leproso o el paralítico. Pero en otras ocasiones el pecador aparece bajo el manto de la riqueza y el buen vestir, como en el caso de Naamán o de Zaqueo.

Lo que Jesús quiere decir con estas diferentes maneras de representar nuestra condición es que no importa cómo la sociedad o la iglesia te vean, Ellos solamente ven lo que está delante de sus ojos, pero el Señor ve el corazón y sabe que «todos pecamos y estamos destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3: 23).

Zaqueo deseaba ver Jesús. Estaba en el camino correcto. Comprendía que cristianismo no es lo mismo que moralismo. Sabía que la primera pregunta nunca debía ser «¿Qué debo hacer?» sino: «¿Quién es Jesús?» y «¿Cómo puedo amarlo y servirlo?». Camino a Damasco, Pablo se encontró con Jesús y su primera pregunta no fue «¿Qué quieres

que haga?», sino: «¿Quién eres, Señor?». La vida cristiana no consiste solo en el cumplimiento de los «qué» de la Biblia, sino en la fidelidad a Aquel que nos amó, nos encontró, nos perdonó y nos transformó. Zaqueo estaba en lo correcto. Buscaba saber *quién* era Jesús; y Jesús lo encontró y lo aceptó tal y como era. «Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba lo vio, y le dijo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que me hospede en tu casa”» (Luc. 19: 5).

Aquel día había muchas personas junto a Jesús, cientos de hombres y mujeres que se empujaban para ver quién podía estar más cerca de él. Cada uno se sentía con más derecho que el otro y de repente, el Maestro mira a alguien que se siente indigno, a alguien insignificante, perdido entre las ramas de un sicómoro, un hombre cuyo dinero e influencia no le servían de nada. Y lo llama por su nombre: «Zaqueo».

Así obra Jesús. Para él no existen multitudes, sino personas. Existes tú. Él no ve números o estadísticas, mira personas, se fija en ti, se preocupa por tus sentimientos, tus sueños, alegrías y tristezas. Lloro con tu dolor y se alegra con tu sonrisa. Tú eres tan importante para él que un día dejó todo en el cielo, y vino a buscarte. Él conoce tu nombre y tu dirección. Conoce tus ansiedades y tus luchas. Te ve esforzarte solo, tratando de ser un buen cristiano, luchando para vencer tus tentaciones, abandonar tus hábitos y cambiar tu carácter, sin lograrlo. ¡Ah! ¡Cómo desea Jesús correr a tu encuentro y decirte: «Hijo, ven a mí, no luches solo. Yo soy la justicia, la salvación y la vida. Ven a mí sin promesas. Solamente ven. En mí descubrirás el secreto de la vida eterna!».

Nunca encontraré en el universo palabras suficientes para agradecer a Jesús, porque un día me encontró, se detuvo en el camino de la vida y me miró. No me halló encima de un árbol, no. Me observó tras un púlpito, con una regla en la mano para «medir» el cristianismo de mi iglesia; sin miedo de llamar «al pecado por su nombre», predicando del amor de Dios sin nunca haberlo conocido; vistiendo la imagen de un joven pastor muy preocupado en descubrir «los pecados ocultos de la iglesia» con el propósito de llevarla a la reforma. Pero el Señor Jesús, con su voz mansa, me dijo: «Hijo, baja de ese árbol de apóstol de la reforma. Quiero quedarme contigo. Deseo que me conozcas de verdad y que comprendas que las cosas no son como imaginas. Anhele que

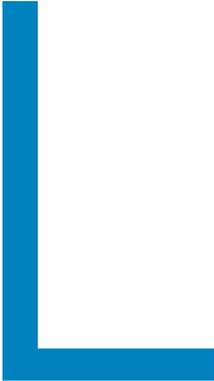
sepas que no es con la regla en una mano y la vara en la otra que se transforman vidas».

Jesús desea llevar hoy a su iglesia al verdadero reavivamiento y la verdadera reforma de la misma manera en que lo hizo en la vida de Zaqueo. ¿Cómo? Meditemos en lo siguiente: Jesús no miró a Zaqueo y le dijo: «Zaqueo, eres un ladrón y lo que haces no le agrada a Dios. Estoy dispuesto a hospedarme en tu casa, pero antes quiero que confieses públicamente que eres un hombre deshonesto y que prometas no seguir robando». Probablemente eso era lo que las multitudes esperaban. Eso es lo que yo hubiese esperado cuando era un ministro joven e inexperto. Pero Jesús no lo hizo. Había algo maravilloso en él. Los pecadores se sentían amados en su presencia. ¿Quiere decir que Jesús apoyaba la vida pecaminosa que los pecadores llevaban? ¡Por supuesto que no! Sin embargo, cuando el Salvador se encontraba con las personas, sucedía algo extraño que hacía que la vida de ellos cambiara completamente. Jesús no los hacía sentir más pecadores de lo que ya eran. No necesitaba agredirlos para inspirarles el deseo de cambiar de vida.

LA RESPUESTA DE ZAQUEO

Veamos ahora la actitud de Zaqueo después de encontrarse con Jesús. ¿Qué hizo? ¿Dejó a Jesús esperando mientras él se iba a limpiar y arreglar la casa? No. ¿Por qué no? Porque si tú pudieras arreglar tu vida solo, ¿para qué necesitarías de Jesús? Aquí encontramos el maravilloso principio de la justificación por la fe; y también de la santificación: *Jesús hace por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos*. Él limpia y arregla la vida, coloca las cosas en orden. Nunca cometes la ingenuidad de agradecer a Dios por el perdón y después tratar de arreglar tu vida por cuenta propia.

¿Qué hizo Zaqueo? Imagino que colocó su frágil mano en el brazo poderoso de Jesús. Era un hombre solitario y rechazado. Necesitaba de alguien que le restaurase el sentido de humanidad. Delante de él había una mano extendida y se asió de ella a pesar de ser un publicano, ladrón y pecador. No hubo una palabra entre Jesús y Zaqueo mientras se dirigían a la casa, al menos ninguna que el relato bíblico mencione. Solo caminaron juntos y el amor de Cristo penetró en cada célula del



La mansedumbre y la humildad de Jesús pueden ser tuyas en la medida en que tomes el yugo de Jesús y aprendas a caminar con él.

publicano. Mientras caminaban juntos, la vida del Maestro, su poder y su victoria fueron transmitidos al pobre pecador, generando en él la voluntad de cambiar de vida.

Después se levantó y dijo: «Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado» (Luc. 19: 8). Este es el resultado inevitable de estar con Jesús y andar con él. Es imposible mantener la comunión con Jesús y convivir con el pecado. Ambas cosas no combinan. Al lado de la justicia no hay lugar para la injusticia. En él somos hechos «justicia de Dios» (2 Cor. 5: 21), en él somos libres, nos volvemos victoriosos, y lo que antes parecía difícil ahora se vuelve natural.

NO TEMAS ANTE EL DESAFÍO DE SER COMO JESÚS

La mansedumbre y la humildad de Jesús pueden ser tuyas en la medida en que tomes el yugo de Jesús y aprendas a caminar con él. Pero recuerda que vimos en un capítulo anterior que «tomar el yugo de Cristo» es una experiencia real que implica la práctica de las tres disciplinas de comunión: El estudio diario de la Biblia, la oración y la testificación personal. Sin estas herramientas no existe la comunión con Cristo y la permanencia en la iglesia es simplemente retórica y sin vida.

Sin embargo, en la medida que aprendas a convivir con el Señor, te sorprenderás de las alturas a las que puedes llegar: «¡Cuán gloriosas son las posibilidades para la raza caída! Por medio de su Hijo,

Dios ha revelado la excelencia que el hombre es capaz de alcanzar. Por medio de los méritos de Cristo, el hombre es elevado de su estado depravado, es purificado y hecho más precioso que el oro de Ofir. Le resulta posible llegar a ser compañero de los ángeles en gloria y reflejar la imagen de Jesucristo, que brillará aun ante el esplendor del trono eterno. Es su privilegio tener la fe que por medio del poder de Cristo lo haga inmortal. Sin embargo, ¡cuán pocas veces se da cuenta de las alturas que podría alcanzar si permitiera que Dios guíe cada uno de sus pasos!» (*Reflejemos a Jesús*, p. 27).

SIGUE A JESÚS, NO A LOS SERES HUMANOS

Vivimos en la época de las celebridades. Así que hoy en día las multitudes corren detrás de sus ídolos en busca de una fotografía, un autógrafo o incluso un simple «like». Esa manera de ver la vida también se puede infiltrar en la iglesia. Es posible encontrar en nuestras congregaciones a personas que asiste a los cultos, no para encontrarse con Dios sino para filmar y buscar a las celebridades. Y lo peor de todo es que a los seres humanos, no importa cuán santos seamos o parezcamos, también nos encanta ser célebres y buscamos los reflectores para brillar por unos instantes.

La historia muestra que a lo largo de los años muchas estrellas han brillado por un poco de tiempo, para luego extinguirse por siempre. Solo Jesús ha brillado a lo largo de la historia de la humanidad con un brillo que nunca se extinguirá. La misión de los predicadores es levantar a Jesús en vez de intentar colocarnos en su lugar. Ningún ser humano puede transformar tu carácter. Solo Jesús puede hacerlo. «Dios permite que cada ser humano ejerza su individualidad. No desea que ninguno sumerja su mente en la de otro mortal como él. Los que desean ser transformados en mente y carácter no han de mirar a los hombres, sino al ejemplo divino [...]. Por medio de la conversión y la transformación los hombres han de recibir la mente de Cristo. Cada uno ha de estar delante de Dios con su fe individual y una experiencia individual, teniendo la certeza de que Cristo, la esperanza de gloria, ha sido formado en su interior. Imitar el ejemplo de cualquier persona, aun el de aquellos que podemos considerar casi perfectos en carácter, sería poner

nuestra confianza en un ser humano defectuoso, incapaz de proveer una jota o un tilde de perfección» (*Reflejemos a Jesús*, p. 27).

Abelardo volvió a contemplar su rostro en el espejo y otra vez tuvo ganas de quebrarlo. Sintió pena y asco al mismo tiempo. Dolor de ver a dónde había llegado. Repugnancia por ser la figura patética que era. ¿A dónde iría? ¿Quién podría ayudarlo? No estaba seguro de querer verse otra vez, al menos no así, en ese estado deplorable. La triste figura que veía en el espejo era el resultado de años de esclavitud. Ahora se consideraba una piltrafa humana, incapaz de resistir, sin fuerzas para quebrar las cadenas que lo sometían a una vida de promiscuidad y fracaso.

Un día, desesperado, se atrevió a abrir la Biblia por primera vez y leyó el capítulo uno de Génesis. La lectura lo hizo pensar. Él había sido creado a imagen y semejanza de Dios. Evidentemente, la figura que veía en el espejo no era ni siquiera una imitación grotesca del ser humano que había salido de las manos de Dios. Algo había sucedido a lo largo del camino, un fenómeno extraño, malo y pernicioso.

Lo peor que el pecado hace en el ser humano es desfigurar la imagen del Creador. Esto no se trata de un asunto físico, pues el ser humano también tenía un carácter semejante al de Dios, centralizado en el amor. Pero el pecado lo tornó egoísta, cínico, cruel y despiadado. De ahí que el propósito del plan de redención es restaurar en el individuo caído la imagen perdida de su Artífice. Esa transformación sucede a través de la convivencia diaria con Jesús. Así sucedió con los discípulos y así sucederá contigo si lo buscas cada día.

Las frecuentes derrotas llevaron Abelardo a buscar al Salvador. En medio de su desesperación cayó un día a los pies de Jesús y le dijo: «Señor, hasta hoy he luchado solo y no he logrado nada. ¿Puedes hacer algo por mí?». La oración no había salido todavía de sus labios, cuando la respuesta de Jesús vino. En la penumbra de su mente entenebrecida por los vicios sintió el toque divino del amor y el deseo de levantarse del polvo.

Conocí a Abelardo poco tiempo después. Sus ojos brillaban de emoción mientras me relataba su historia y me hablaba de su lucha por contemplar todos los días a Jesús. La señora White aconseja: «Conti-

N

o se trata de «aparentar piedad», sino de estudiar la Biblia todos los días, vivir en constante oración y conducir a más personas a Jesús.

nuamente deberíamos mirar a Jesús, el autor y consumidor de la fe; pues contemplándolo seremos transformados a su imagen, nuestro carácter será hecho semejante al de él» (*Reflejemos a Jesús*, p. 12).

Reflexiona una vez más que «mirar al autor y consumidor de la fe y contemplarlo» no significa entrar en una experiencia mística. No se trata de «aparentar piedad», sino de estudiar la Biblia todos los días, vivir en constante oración y conducir a más personas a Jesús. Los que vivan esa realidad práctica del cristianismo entenderán que «ser santificado es participar de la naturaleza divina, captando el espíritu y la mente de Cristo, aprendiendo siempre en la escuela de Cristo» (*Reflejemos a Jesús*, p. 12).

CÓMO APRENDIERON LOS DISCÍPULOS A SER MANSOS Y HUMILDES

Los discípulos convivieron con Jesús durante tres años y medio. Durante todo ese tiempo alcanzaron muchas victorias y aprendieron a ser mansos y humildes como su Maestro. Pero no fue un aprendizaje fácil y finalmente entendieron que la única manera de ser semejantes a Jesús era no separándose de él. Observemos el incidente narrado por Marcos. «Y llegó a Capernaúm; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué discutíais entre vosotros en el camino? Pero ellos callaron, porque por el camino habían discutido entre sí sobre quién había de ser el mayor» (Mar. 9: 33-34).

Jesús y sus discípulos se dirigían a Capernaúm y en el camino ellos se apartaron voluntariamente de él. El Maestro miró hacia atrás y los vio conversando con mucho entusiasmo. Empezó a caminar despacio para ver si lo alcanzaban, pero se dio cuenta que no querían su compañía. Al llegar a la casa Jesús les preguntó qué estaban discutiendo en el camino. Ellos no pudieron responder. Se quedaron en silencio. En el camino habían discutido sobre quién de ellos debería ser el primero. En este incidente hay una poderosa lección. Los discípulos tenían un pecado oculto, una flaqueza espiritual que los perturbaba. No eran felices guardando el egoísmo y el orgullo en su corazón, pero a pesar de eso, lo practicaban a menudo.

Imagino que en muchas ocasiones prometieron abandonarlo. Sabían que ese pecado los destruía y sin embargo lo practicaban a menudo. El pecado es así, toma el control de tu vida y te lleva a hacer lo que no quieres. Después te arrepientes, lloras, pides perdón; pero al menor descuido todo vuelve a ser como antes.

El pecado de los discípulos era la raíz de todos los pecados. Eran orgullosos, soberbios y prepotentes. En los meses de convivencia con Jesús habían descubierto una verdad cristalina: Al lado de Jesús no había lugar para el pecado. La justicia y el pecado no pueden andar juntos. Pero el pecado era atractivo, cautivante y seductor. Producía al principio un placer irresistible; sin embargo, les dejaba el sabor amargo de la derrota y la culpabilidad. El pecado del orgullo era tan atractivo que había momentos en que deseaban practicarlo, solo que para ponerlo en práctica debían primero alejarse de Jesús. Por eso, aquel día, rumbo a Capernaúm, ellos se quedaron atrás, a propósito. Al lado de Jesús sería imposible pecar.

¿Te das cuenta de que el ser humano nunca peca de repente? Primero se separa de Jesús, corta la comunión con él. Ahora, si la paga del pecado es la muerte, cabe preguntarse, ¿los discípulos morirían porque habían discutido quién sería el mejor, o porque se habían separado de la fuente de la vida, que es Jesús?

El problema de la vida cristiana no surge cuando hacemos lo malo, la verdadera tragedia es separarnos de Jesús. Los pecados que cometemos son el resultado de habernos separado de la Justicia. Si

te mantienes en permanente comunión con Cristo, el pecado no prevalecerá en tu vida. ¿Es posible, entonces, mantener comunión permanente con Jesús y a veces caer? No. Definitivamente no. Antes de caer es necesario cortar primero la conexión con Aquel que es capaz de conservarte siempre en pie, quebrar el yugo que te une a él, separarte del Maestro.

Si para algo tienes que luchar, si necesitas esforzarte por algún motivo, es para no interrumpir tu comunión con Jesús. Si te apartas de él, te alejas de la Justicia, y en consecuencia ya eres un pecador más. El resultado de ser pecador es que tarde o temprano practicarás actos pecaminosos. Pero no te perderás por eso. Tú ya estabas perdido en el momento en que distanciaste de Jesús. Cristo es nuestra esperanza, solo en él estarás seguro. Por lo tanto, ve a él, toma su yugo y aprende a ser manso y humilde como él lo fue.

7

«Descanso
para el alma»





Santificad mis sábados
y sean señal entre mí
y mi pueblo
(Ezequiel 20: 20).



GABRIELA SE PREPARÓ aquella tarde para salir del trabajo, pero antes miró dentro de su bolsa el celular que había escondido furtivamente. Observó con cautela a su alrededor y se apresuró a abandonar la oficina por la puerta trasera. La noche calurosa no coincidía con el cielo cubierto de nubes. La joven se veía nerviosa. Durante el día trabajó casi sin pensar, abrumada por los terribles problemas financieros, y al percibir que un cliente había olvidado su teléfono, la primera intención de la secretaria fue devolverlo; no obstante, al darse cuenta de que era un dispositivo costoso, lo colocó en su cartera, a pesar de que la conciencia se lo recriminaba.

Una vez en la calle tomó el primer autobús y partió sin dirección, sumergida en un mar de problemas y dificultades. Más de una hora después, la voz del conductor la trajo de vuelta a la realidad:

—Esta es la última parada.

La joven viuda bajó y caminó para llegar a la estación del tren. Sentía que su mundo se desmoronaba. Hacía tres años que había perdido a su esposo. Algún tiempo después perdió también la casa y ahora,

endeudada, no sabía cómo salir de la incómoda situación. Su hijo de cinco años vivía en otra ciudad, con los abuelos, pues solo así podía ella dedicarse tiempo completo al trabajo. Se sentía sola y sin rumbo en aquella gran ciudad. No tenía sosiego. Angustiada y afligida buscaba un rayo de luz que iluminase su mundo plagado de sombras.

El mar tormentoso de dificultades que Gabriela atravesaba no tenía ninguna relación con la promesa divina que ofrece «descanso para el alma». La joven viuda estaba lejos de tener paz. El conflicto de conciencia que atormentaba su corazón aquella tarde no había comenzado por el teléfono celular. En realidad, la lucha interior comenzó una madrugada en la que rumiaba sus preocupaciones, incapaz de dormir, y prendió la televisión. En la pantalla vio a un hombre hablando de «hacer negocios con Dios». Según el presentador, la solución a los problemas consistía solo en darle dinero a la iglesia y el Señor, por su parte, resolvería las contrariedades. Esta forma de encarar la vida le pareció mercantilista, pero fue el punto que despertó su interés en conocer la voluntad divina.

Aquella noche, después de andar sin rumbo por la ciudad, regresó a casa y llamó a la vecina que siempre la invitaba a la iglesia.

—Hola, Laura, ¿estás despierta?

—Sí, Gaby. ¿Qué te pasa? Tienes una voz rara.

—Deben ser los problemas, mi amiga. Sabes que mi vida está de cabeza.

—Sé que no es fácil para nadie, pero recuerda que siempre oro por ti.

—Gracias, Laura, sin embargo, parece que Dios no te oye porque todo sigue igual conmigo.

—Paciencia, Gaby. Te lo he dicho muchas veces, tenemos que hablar de tu relación con Dios. Te encuentras lejos de él.

—Lo sé, lo sé. Por eso te llamo, me gustaría estudiar la Biblia en serio.

Laura casi se cayó de la sorpresa. Hasta aquel momento, Gabriela nunca había mostrado interés en las cosas de Dios, a pesar de las dificultades que enfrentaba.

—¿Estás bien, Gaby?

—No, no estoy bien, necesito hablar contigo.

EL COMIENZO DE UNA NUEVA EXPERIENCIA

La noche siguiente aquellas dos amigas se encontraron. La expectativa de Gabriela por ver sus problemas resueltos era grande. Quería que Dios interviniera en su vida de una manera prodigiosa, que hiciera un milagro o algo parecido.

—Estoy dispuesta a hacer lo que Dios quiera para que él resuelva mis dificultades. Estoy desesperada —se lamentó.

—¿Pretendes realizar una especie de intercambio de favores con Dios? Preguntó Laura.

—No sé, mi amiga. Estoy en el fondo del pozo. Ayer incluso tomé un teléfono celular que no es mío, para venderlo. ¿Puede Dios hacer algo por mí?

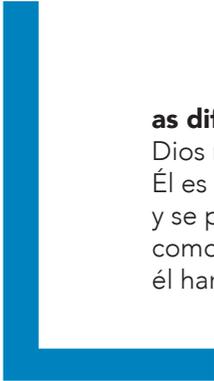
—Claro que puede. Dios es Dios, él te ama mucho y se preocupa por ti. Mira esta promesa: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? [...]. Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?» (Mat. 6: 26, 28-30).

—Ese es mi problema, Laura. Yo no tengo fe. Soy una mujer que en este momento, solo pienso en salir de las deudas.

—Tu problema no es la falta de dinero. Yo sé que tus deudas existen, pero son apenas el resultado de tu verdadero problema, que es la ausencia de Dios en tu vida. Para ti, Dios es solo un detalle irrelevante en lo que concierne a tus decisiones. Te encuentras sola en el mundo.

—Pero es que con tantos problemas no tengo tiempo para nada.

—Las dificultades te asfixian porque Dios no está al control de tu vida. Él es tu Creador, tu Padre del amor y se preocupa por ti. Si lo reconoces como el soberano de tu vida, él haría maravillas por ti. Observa lo que dice David: «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad [...]. ¡Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho! [...]. Los que



Las dificultades te asfixian porque Dios no está al control de tu vida. Él es tu Creador, tu Padre del amor y se preocupa por ti. Si lo reconoces como el soberano de tu vida, él haría maravillas por ti.

teméis a Jehová, ¡confiad en Jehová! Él es vuestra ayuda y vuestro escudo [...]. Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes. Aumentará Jehová bendición sobre vosotros; Sobre vosotros y sobre vuestros hijos. ¡Benditos vosotros de Jehová, que hizo los cielos y la tierra!» (Sal. 115: 1, 3, 11, 13-15).

—¿Qué significa eso?

—La idea principal de este texto es que Dios es soberano, todopoderoso y eterno. «Dios está en el cielo; todo lo que quiso ha hecho». Los seres humanos no pueden hacer de su propia vida el centro de su experiencia, sin ver las dificultades. «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria», dice David.

—¿Y qué hago con mis problemas?

—El versículo que lo responde: «Los que teméis a Jehová, ¡confiad en Jehová! Él es vuestra ayuda y vuestro escudo. Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes». Un escudo es un arma protectora. Si el Señor es tu escudo, ¿quién podrá herirte?

—¿Y esa es una promesa para mí?

—Para ti y para todos los que confían en Dios. Solo que la razón correcta para buscarlo no debe ser la solución a sus problemas, sino reconocerlo como el Dios soberano en tu vida.

—Para ti es muy fácil decir eso. En este momento no estás en mis zapatos —se quejó Gabriela desanimada.

—No, querida, no estoy en tu lugar, pero he aprendido que las bendiciones son un resultado natural de buscar al Señor con todo el corazón. Eso es lo que dice la Biblia: «Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan. Las riquezas y la honra están conmigo; riquezas duraderas, y justicia. Mejor es mi fruto que el oro, y que el oro refinado; y mi rédito mejor que la plata escogida. Por vereda de justicia guiaré, por en medio de sendas de juicio, para hacer que los que me aman tengan su heredad, y que yo llene sus tesoros» (Prov. 8: 17-21).

Gabriela cambió de posición en el sofá y sus ojos mostraron un brillo diferente. Como si un rayo de luz iluminara su mundo oscuro y necesitado. Buscaba solución para sus problemas, pero no buscaba a Dios. Y al percibir su actitud, bajó los ojos, avergonzada y dijo:

—Estoy completamente equivocada, lo sé...

—No, Gabriela, tú, como mucha gente, simplemente no entiendes el orden de las cosas. Dios es el principio de todo. Mira lo que dice Jesús. «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat. 6: 33).

—¿Qué debo hacer entonces?

—¡Vuélvete a Dios! Tú no te perteneces. Reconoce a Dios no solo como tu Creador sino también como el Dueño de todo lo que eres y tienes. Si no lo haces, te estás apoderando de lo que pertenece a Dios. Mira lo que el Señor dijo en la época de Malaquías. «Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Pero vosotros decís: “¿En qué hemos de volvernos?”» (Mal. 3: 7). Lo que más desea Dios es que el hijo reconozca que se ha apartado de él y que se revuelva a los brazos amorosos del Padre.

—¿Por qué dices que me alejé de él?

—Te lo explicaré, pero para eso tenemos que volver al jardín de Edén.

—¿Por qué?

—Presta fue allí donde todo comenzó: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuz-

gadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”. Y dijo Dios: “He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer”» (Gén. 1: 27-29). ¿Te das cuenta de que en el jardín Dios le dio a la humanidad dominio y poder sobre todas las criaturas?

—Si

—Dios también les dio todo el campo para que se alimentaran y vivieran, pero se reservó algo para sí: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: “De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”» (Gén. 2: 15-17).

DIOS, DUEÑO Y SEÑOR DE TODO

Gabriela parecía confundida. Nunca se había puesto a observar la vida desde esa perspectiva. Su mente era un hormiguero de preguntas y no pudo contenerse:

—¿Qué tenía ese árbol?

—Nada. Era simplemente una prueba de lealtad para Adán y Eva. Respetar el árbol del conocimiento del bien y del mal significaba que ellos reconocían la soberanía del Creador. Comer del árbol, por el contrario, significaría apoderarse de las cosas que le pertenecían a Dios, convertirse en los propietarios y alejarse del Creador. La consecuencia de esta rebeldía sería la muerte. El ser humano comenzaría a deteriorarse lentamente.

—Nunca lo había pensado.

—Dios es el dueño de todo, Gaby. Él dice en su Palabra: «Porque mía es toda bestia del bosque, Y los millares de animales en los collados. Conozco a todas las aves de los montes, Y todo lo que se mueve en los campos me pertenece. Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud» (Sal. 50: 10-12).

—El problema es que los seres humanos nos queremos apropiarnos de todo, incluso de lo que le pertenece a Dios, y pensamos que todo

lo que poseemos nos pertenece. Especialmente cuando las circunstancias de la vida nos son favorables.

—Tal vez ese sea mi caso —reflexionó Gabriela.

—En realidad es el caso de todos. Siempre ha sido así.

—¿Por qué dices eso?

—Es que ya en la época del antiguo Israel Dios dijo: «No suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; y digas en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza”» (Deut. 8: 11-14, 17).

—¿Ves cómo los seres humanos siempre hemos tenido la tentación de apoderarnos de lo que le pertenece a Dios? Adán lo hizo, Israel también y hoy nosotros seguimos haciendo lo mismo.

EL DIEZMO Y EL DESCANSO PARA EL ALMA

La noche ha avanzado, pero la conversación de estas amigas parecía no tener fin. Gabriela razona con agudeza y cuestiona:

—Pero hoy no hay un árbol del conocimiento del bien y del mal, así que no estoy tocando nada que Dios se haya reservado para sí.

—Bueno, después de salir del jardín, debido al pecado, Adán y Eva ya no tenían el árbol. Entonces, el diezmo se convirtió en prueba del reconocimiento de la soberanía divina. Moisés lo dejó muy claro: «Y el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová es; es cosa dedicada a Jehová» (Lev. 27: 30).

—No creo que esto sea una prueba de lealtad.

—¿No? Entonces repara en lo que Dios dijo en los tiempos de Malaquías. «¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición

hasta que sobreabunde» (Mal. 3: 8-10). ¿Te das cuenta de que Dios le dijo a Adán «ciertamente morirás» y a nosotros hoy nos dice «malditos sois con maldición»?

—Pero, ¿y no que Dios es amor? ¿Cómo puede matar o maldecir a alguien solo por tocar un árbol o el diezmo?

—No es Dios quien castiga con la muerte, sino que como él es la fuente de la vida, la vida misma, la mayor bendición, cuando el ser humano se apodera de lo que le pertenece a Dios, se aleja de él y así entra voluntariamente en el territorio de la muerte y la maldición.

—No entiendo.

—Es como si Dios dijera: «Hijo, todo es mío, pero te lo presto para que puedas vivir. Sin embargo, como soy Dios y lo sé todo, conozco que a medida que pase el tiempo pensarás que todo te pertenece. Entonces, para que recuerdes que yo soy el dueño y que tú solo eres el administrador, me devolverás el diezmo. Mientras lo hagas, sabré que me reconoces como dueño y soberano, y yo me encargaré de resolver los conflictos que aparezcan en el camino. Si no, sabré que te estás adueñando de lo que te he confiado y te harás responsable delante de los vendavales que soplen tu embarcación».

EMPEZANDO A ENTENDER

Un rayo de luz iluminó el entendimiento de Gabriela. Repentinamente comprendió la razón de su aflicción y falta de paz.

—Entonces, ¿es el ser humano quien determina su realidad? —preguntó ansiosa.

—Exactamente. Lo que Dios más quiere es que el ser humano viva feliz y bendecido, que tenga descanso para el alma. «Diles: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”» (Eze. 33: 11).

—Te seré sincera, Laura, no creo que Dios necesite mi dinero.

—Claro que no. Él mismo dice: «Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 8).

—Entonces, ¿por qué pide el diezmo?

E

n nuestros días,
el diezmo sagrado
se usa para el mantenimiento
de los ministros y para
la predicación del evangelio.

—Ya te dije. El problema no es el diezmo, sino el hecho de reconocerlo o no como soberano en tu vida.

—¿Y qué hace la iglesia con el diezmo? ¿Cómo lo utiliza?

—En tiempos de Moisés, el diezmo se usaba para el mantenimiento de los sacerdotes, que eran de la familia de Aarón, y los levitas. El Señor determinó que debían dedicarse a tiempo completo a la obra del templo, y que debían vivir del diezmo de las otras tribus. «Porque a los levitas he dado por heredad los diezmos de los hijos de Israel, que ofrecerán a Jehová en ofrenda; por lo cual les he dicho: Entre los hijos de Israel no poseerán heredad» (Núm. 18: 24).

—Pero eso fue en la época de Israel. ¿Y ahora?

—En nuestros días, el diezmo sagrado se usa para el mantenimiento de los ministros y para la predicación del evangelio. Pablo dice: «¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio» (1 Cor. 9: 13-14).

Las horas habían pasado sin que ninguna de las dos se diera cuenta. Gabriela nunca había imaginado que la Biblia tuviera respuestas a las preocupaciones del corazón humano. Así que Laura continuó:

—Ah, mi amiga, en la Sagrada Escritura puedes hallar la respuesta a cualquier pregunta. Este libro es la carta de amor que dejó Jesús

para que los seres humanos no nos extraviemos en las complejidades de esta vida, tratando de ser felices a su manera.

—¿Podemos continuar estudiando mañana? —preguntó Gabriela con ansiedad.

—Cuando quieras, siempre estaré lista.

UN NUEVO COMIENZO

Cuando Gaby salió de la casa de su amiga, ya era tarde en la noche. Llegó a su casa, se duchó y se acostó. Su corazón latía aceleradamente. Sentía música en el alma. Los problemas seguían siendo los mismos, pero ella había cambiado. La oración que Laura había hecho antes de despedirse aquella noche había marcado su corazón.

A la mañana siguiente se despertó con el canto de los pajarillos. Recordó lo que Jesús había dicho. Si Dios se preocupa por las aves, ¿por qué no debería preocuparse por ella? Abrió los ojos, se arrodilló y dijo: «Señor, toma el control de mi vida. Soy tu hija, sé que me amas y quiero pedirte perdón porque nunca te reconocí como mi Padre amoroso y mi Dios todopoderoso. Aquí está mi vida La pongo en tus manos. No sé lo que harás por mí, pero una cosa sé, ya no quiero vivir sola».

Luego se marchó. No hacia el trabajo, sino en dirección de una vida victoriosa. Porque nada puede dañar a aquellos que se colocan en las manos de Dios. Lo primero que hizo cuando llegó a la oficina fue llamar al dueño del teléfono celular.

—Encontramos su celular.

—Pero ayer me dijeron que no lo había dejado allí.

—Está aquí, conmigo. ¿Podría venir?

Cuatro horas después apareció el propietario del dispositivo. Era una mujer madura con cabello blanco, elegante, delgada, de apariencia noble. Gabriela la miró a los ojos y le dijo:

—Lo siento mucho. Estoy avergonzada. Yo escondí su celular. Nada justifica lo que hice, solo quiero pedirle perdón.

La dama cambió de color al escuchar la confesión de la secretaria.

—¿Y crees que estas cosas se arreglan así? ¿«Lo siento», y ya? Quiero hablar con su gerente.

Aquella misma mañana despidieron a Gabriela del trabajo. Salió de la oficina triste y avergonzada de su actitud. Sin embargo, al caminar por la calle notó algo extraño. No estaba desesperada. Una paz indescriptible llenaba su corazón. El sol todavía brillaba a lo lejos. Se encontraba desempleada, pero no preocupada. Sabía que estaba en las manos de Dios, y si él se preocupa por las aves, también la cuidaría. En los días siguientes continuó estudiando la Biblia con Laura, y el sábado asistió a la iglesia por primera vez, diezmando el dinero que le habían dado al despedirla del trabajo.

—Sé que necesito este dinero para enfrentar mis deudas, pero también sé que nunca volveré a tocar lo que le pertenece a Dios, —se dijo.

Aquel sábado, durante el almuerzo en la iglesia, se le acercó un hombre bajo, fuerte y de cabello blanco.

—Hola, me dijeron que eres secretaria. ¿Podría hablar contigo mañana?

Hablaron, y el lunes ya estaba empleada nuevamente, ganando casi el doble de lo que recibía en su trabajo anterior. Los años pasaron. Hoy Gabriela está casada. Su hija regresó con ella. Sus padres ya descansan en Cristo y ella vive feliz y convencida de que Dios es soberano y Señor de su vida. Solo Dios es el verdadero descanso para el alma.

EL SÁBADO Y EL DESCANSO PARA EL ALMA

Dios es el Señor del reposo y el reposo es el principio de la productividad. Es interesante que la palabra «sábado» en hebreo sea *shabat*, que significa «descanso». Dios es eso: Un Padre amoroso de paz, tranquilidad, sosiego y reposo. Cuando Dios creó al ser humano no lo hizo para que viviese el ritmo alucinante que hoy vive, sino para que tuviese tiempo a fin de disfrutar las cosas buenas que el Creador le estaba entregando. Por eso, en la misma creación, estableció el principio del reposo.

Hay tres acciones que el Señor realizó el primer sábado, después de la creación. Primero, el Señor descansó, después bendijo y por último, santificó. Analicemos un poco esta triple acción. Si Dios

E

El sábado no es santo porque una iglesia decidió que fuera santo. Solo Dios tiene el poder para crear y determinar lo que es santo. El ser humano tiene la libertad de aceptar o rechazar lo que Dios determina, pero no tiene autoridad para decidir lo que es o no santo.

descansó, con toda seguridad no fue porque estuviese cansado. Dios no se cansa ni se fatiga, afirma la Biblia (ver Isa. 40: 28). Entonces, ¿por qué descansó? Para darnos ejemplo, para hacer del sábado un día diferente de los otros seis, y enseñarnos que detrás de ese día hay una bendición especial.

Pero el texto dice que, además de descansar, Dios bendijo y santificó al sábado. Quiere decir que a partir de aquel momento, el séptimo día pasaría a ser bendito y santo. Consecuentemente, el ser humano debe tener mucho cuidado con respecto a este día especial, respetarlo y tenerlo en alta estima. En cierta ocasión, Moisés, que se encontraba en el desierto, vio una zarza ardiendo, y al acercarse escuchó una voz que le dijo: «No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Éxo. 3: 5).

Determinar que el sábado es un día santo no fue el capricho de un Dios egoísta que necesita que sus hijos dejen de trabajar y se dediquen a adorarlo. Dios no vive de la adoración de sus criaturas. Todo lo que Dios creó, lo hizo en favor del ser humano, incluso el sábado (Mar. 2: 27). Sin embargo, en su infinita sabiduría, Dios sabía que si no existiera el sábado, la criatura se olvidaría del Creador y la existencia humana se transformaría en un caos. El día que Adán y Eva se olvida-

sen de su Hacedor, entrarían en serios problemas y la vida se extinguiría. A fin de que recordasen siempre que venían de Dios y que solo en él se encuentra la vida, les dio el sábado.

Una vez por semana, la criatura detendría todo lo que es de su propio interés y volvería los ojos a su Creador. Haciendo esto, la vida siempre tendría significado, sería una experiencia exuberante, plena, productiva y feliz, porque el sentido de pertenencia de la criatura quedaría satisfecho al saber que existe un Dios, Padre, Protector y Amigo. Por esta razón, Ezequiel afirma: «Santificad mis sábados y sean señal entre mí y mi pueblo» (Eze. 20: 20). Mientras respetemos esa señal, nos sentiremos seguros, en las manos de un Dios Todopoderoso.

El sábado no es santo porque una iglesia decidió que fuera santo. Solo Dios tiene el poder para crear y determinar lo que es santo. El ser humano tiene la libertad de aceptar o rechazar lo que Dios determina, pero no tiene autoridad para decidir lo que es o no santo. Dios no le dio esa prerrogativa al ser humano. El verbo «santificar» en hebreo es *qadash*, que literalmente significa «separado para un propósito sagrado», y el sábado fue separado para ser un día especial de comunión con Dios.

Hace poco alguien me dijo: «Yo no necesito de un día especial para tener comunión con Dios, yo me comunico con él todos los días». Y no lo dudo. El cristiano mantiene comunión diaria con Jesús; pero por otro lado, el individuo necesita vivir y eso significa salir, trabajar, comprar, vender, enamorarse, jugar, pasear... Y para eso Dios nos dio los seis días de la semana. Pero el sábado es un día dedicado exclusivamente a la adoración a Dios y a la comunión con nuestros semejantes. Es como si le dijéramos al Señor: «He trabajado toda la semana, pero en este día me entrego por completo a ti». El resultado de esa actitud es el descanso para el alma.

Voy a darte un ejemplo. Un joven y una chica enamorados se hablan todos los días por teléfono, pero un día a la semana se olvidan de las demás actividades y pasan el día juntos. Eso no significa que se dejen de hablar los otros días; sin embargo, como cada uno tiene sus

responsabilidades diarias, porque la vida no es solo amor, separan ese día especial para dejar todo de lado y dedicarse uno al otro.

Cuando Jesús vino a la tierra encontró que el pueblo judío había tergiversado el espíritu del sábado. Ellos no trabajaban, no cocinaban, no encendían fuego, no caminaban más de mil pasos... en otras palabras, habían inventado una montaña de reglas en torno al sábado, pero se habían olvidado de hacer de este día un tiempo de especial compañerismo y comunión con el Creador. Jesús, entonces, trató de quitar del sábado esa cáscara de fariseísmo y devolverle su verdadero sentido de reposo. Por eso realizó muchos milagros en el séptimo día, para mostrarles que el sábado era un día de salvación y no solo de inactividad.

¿ES EL SÁBADO UN DÍA FELIZ?

La pregunta hoy es: ¿Hasta qué punto es el sábado un día espiritual de deleite y gozo? La historia que te voy a contar tal vez te ayude a entender. Cuando mi hijo mayor tenía unos cuatro años, yo servía como director de jóvenes de una Asociación de iglesias adventistas y nos encontrábamos en la playa, en un campamento. Naturalmente, el sábado teníamos actividades diferentes de las cotidianas. Pero el niño no entendía por qué no podía entrar al agua si el mar estaba calmo y precioso y hacía mucho calor. Mi esposa y yo le habíamos enseñado a nuestro hijito que los días de la semana eran: domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y el día más feliz. Le llamábamos así al séptimo día, queriendo que fuese diferente.

A lo largo de todo el día, nuestro primogénito quería entrar a la playa y yo le decía: «No, hijito, recuerda que hoy es el día más feliz». Una y otra vez repitió la misma pregunta: «Papito, ¿puedo entrar al agua?», y siempre la misma respuesta.

Eran más o menos las cuatro de la tarde, yo estaba dirigiendo una actividad para los jóvenes, cuando el niño me preguntó en voz alta: «Papito, ¿falta mucho para acabar el día más feliz? En ese momento me di cuenta de que yo estaba tratando de enseñar a mi hijo algo que funcionaba en la letra, pero no en la realidad. ¿Por qué, si el sábado era «el día más feliz», él estaba tan ansioso para que aca-

base? ¿Te das cuenta? El sábado hay que crear actividades atractivas, relacionadas con Dios, de modo que ese día sea un verdadero descanso para el alma, en la persona de Jesús.



8

«Mi yugo
es fácil»





Someteos, pues,
a Dios; resistid al diablo,
y huirá de vosotros
(Santiago 4: 7).



FRANCISCO MIRÓ un día a sus padres y les dijo:

—Siempre respeté la fe de ustedes. Ahora, por favor, les pido que ustedes respeten mis convicciones.

A los treinta años de edad, el joven ejecutivo que había nacido en un hogar cristiano consideraba realizada parte de sus sueños. Hablaba cinco idiomas y viajaba por el mundo concretizando grandes negocios para la empresa que representaba. Alto, bonito, atlético, jugaba tenis tres veces por semana. Lleno de dinero y rodeado de bellas mujeres había llegado a la conclusión de que sus padres eran gente demasiado simple y que la fe de ellos los había relegado al ostracismo.

La decadencia espiritual de Francisco comenzó en la adolescencia. Dejó de alimentarse de la Palabra de Dios, abandonó su vida de oración y sentía vergüenza de ser cristiano, así que en el colegio nadie sabía que él frecuentaba la iglesia. Sin los tres instrumentos de comunión con Jesús, su fe fue muriendo lentamente y en poco tiempo solo quedaban leves recuerdos de

cuando, niño aun, se deleitaba en oír las historias de la Biblia que sus padres le contaban.

Una pregunta obvia sería: ¿Francisco abandonó la iglesia porque perdió su comunión con Cristo, o viceversa?

TODO SE VINO ABAJO

¿Alguna vez disfrutaste de un día esplendoroso, de cielo limpio y sol brillante, sin una nube que obstruyera el azul intenso del terciopelo cósmico y repentinamente, en cuestión de segundos, el clima cambió y la tormenta tomó desprevenidos a todos? Eso le sucedió a Francisco. Solo que no había cielo en su vida. Por lo menos, no el que infunde esperanza en las horas cruciales. Perdió todo lo que poseía de la noche a la mañana. El empleo, la salud y la libertad, porque en un esfuerzo para salir de la situación calamitosa en la que se hallaba, se adentró en el terreno de la deshonestidad y fue descubierto. Acabó en la cárcel.

En la hora del dolor, Francisco estaba solo. Los cinco idiomas que hablaba, el dinero, y la brillante carrera profesional no fueron capaces de librarlo de la depresión, y una mañana fría del mes de junio lo encontraron colgado dentro de la celda. Triste final para un hombre que había nacido y crecido en la iglesia pero que nunca llegó a tener una experiencia personal de amor y compañerismo con Cristo

LA INDISPENSABLE COMUNIÓN CON CRISTO

Los discípulos aprendieron a depender del Maestro. Sus derrotas y fracasos los llevaron a entender que sin Cristo no eran nada. Necesitaban de él como los pulmones necesitan del oxígeno. Por eso, el ambiente en aquel instante era tenso. Jesús, con su voz mansa, había dicho cosas que sacudieron a sus oyentes. Él nunca necesitaba levantar el tono de su voz para sacudir los corazones y hacerlos pensar. Su voz era suave y cariñosa, pero tenía la autoridad que provenía de su comunión con el Padre.

Muchos, aquella mañana, lo abandonaron. Así son las cosas con Jesús. Nadie se encuentra con él y permanece igual. O lo aceptas o lo rechazas, o mejoras o empeoras, pero por donde el Maestro pasa, todo cambia. Las personas son transformadas. Las vidas giran ciento ochenta

ta grados. Los seres humanos se colocan a favor o en contra. Lo siguen o lo abandonan. Cristo es el elemento que separa el agua del vinagre, el trigo de la cizaña, y el oro de la escoria.

Juan relata el incidente de la siguiente manera: «Desde entonces, muchos sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: “¿Queréis acaso irnos también vosotros?”. Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”» (Juan 6: 66-68).

La declaración de Pedro es mucho más que una confesión teológica. En ella se encuentra el secreto de una vida abundante y feliz. Fue lo que Francisco no comprendió y lo que tú y yo necesitamos comprender: «Tú tienes palabras de vida eterna». Jesús lo dijo varias veces y de muchas maneras: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14: 16); «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11: 25).

LA VIDA ES CRISTO

La vida no es un lapso, sino una persona: Jesús. En él estamos vivos. Permaneciendo en él florecemos y damos fruto. En el momento en que, por cualquier circunstancia, interrumpimos esa comunión, perdemos la vida. Porque Cristo es la propia vida. Separados de él podemos seguir moviéndonos, trabajando, corriendo, y realizando todas las actividades diarias, pero estamos muertos. Lo que el ser humano llama «vida», separado del Creador, no es otra cosa que el caos y el vacío existencial, la busca incansable de un sentido para las cosas.

Si esto es verdad, para tener una existencia feliz, abundante y llena de significado no necesitas cumplir con un determinado código de conducta. No se requiere que te des cincuenta latigazos ni que realices peregrinaciones. Todo lo que tienes que hacer es buscar a la Persona que es la vida, que es Jesús, y permanecer en él.

Puedes dejar de respirar como resultado de un accidente, o consumido por una enfermedad. Pero si cierras los ojos creyendo en el Salvador, solo dormirás hasta el día de la venida de Cristo, en el cual despertarás para continuar viviendo con Jesús la experiencia maravillosa que empezaste en esta tierra.

La vida eterna no es una conquista del esfuerzo humano. Es un regalo de amor. «El que tiene al Hijo, tiene la vida, el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Juan 5: 12). En Jesús estás vivo. Separado de él te encuentras en el territorio de la muerte. La existencia abundante y plena depende de tu comunión y relación diaria con el Redentor. El buen comportamiento y el cumplimiento de las reglas son un resultado natural en la experiencia de los que viven con Jesús. Sin él, tus esfuerzos serán infructuosos y tu vida cristiana estará marcada por la desesperación que produce el deber no cumplido.

Ahora bien, «vivir en Cristo», «permanecer en Jesús», «andar con Dios» y otras expresiones semejantes no son solo frases bonitas que colocamos en nuestras canciones o sermones, es una realidad que tú y yo podemos vivir. Por eso la invitación del Maestro de ir a él y permanecer a su lado incluye la aclaración: «Mi yugo es fácil y ligera mi carga».

Llevar el yugo de Cristo involucra esfuerzo, pero dicho esfuerzo es nada comparado con la misión imposible de cambiar de carácter por nuestras propias fuerzas. Si alguna vez te has propuesto estudiar la Biblia todos los días, vivir en espíritu de oración y formar un nuevo discípulo, sabrás que no es tarea fácil. A la naturaleza pecaminosa que llevamos dentro no le gusta el compañerismo con Jesús. Incluso cuando esté debilitada por nuestra relación con Cristo, intentará llevarnos a andar por nuestros propios caminos. Es por ello que quiero invitarte a considerar la siguiente declaración inspirada: «Que nadie se imagine que sin fervoroso esfuerzo de su parte podrá obtener la seguridad del amor de Dios. Cuando a la mente se le ha permitido durante mucho tiempo espaciarse solo en las cosas terrenales, es difícil cambiar los hábitos del pensamiento. Lo que el ojo ve y el oído escucha, demasiado a menudo atrae la atención y absorbe el interés. Pero si queremos entrar en la ciudad de Dios, y mirar a Jesús y su gloria, debemos acostumbrarnos a contemplarlo con el ojo de la fe aquí. Las palabras y el carácter de Cristo deben ser a menudo el tema de nuestro pensamiento y de nuestra conversación; y todos los días debería dedicarse un tiempo especialmente consagrado a la meditación acompañada de oración sobre estos temas sagrados» (*Reflejemos a Jesús*, p. 91).

Encontramos en esta cita inspirada un concepto desconcertante: «Que nadie se imagine que sin fervoroso esfuerzo de su parte podrá obtener la seguridad del amor de Dios». ¿Quiere decir que la seguridad del amor de Dios es algo que se gana con «fervoroso esfuerzo»? ¿No es por gracia? Sí, es por gracia y gracia solamente. Pero aquel que vive lejos de Dios jamás sentirá la seguridad de su amor. Para apropiarse de esa seguridad, el cristiano necesita vivir al lado de Jesús, mediante las disciplinas espirituales. Colocarlas en práctica requiere «fervoroso esfuerzo».

LA GUERRA DEL CRISTIANO

Desde que el pecado entró al mundo, la naturaleza pecaminosa perturba la vida del ser humano. Incluso después de la conversión, ella continúa presente en nuestro ser, peleando contra la nueva naturaleza que intenta conducirnos por los caminos de Dios. En este sentido, la vida del cristiano es una constante guerra espiritual. Por esta razón, «la religión debe convertirse en la gran ocupación de la vida. Cualquier otra cosa debe ser considerada como subordinada. Todas nuestras facultades, nuestra alma, cuerpo y espíritu, deben empeñarse en la guerra cristiana. Debemos mirar a Cristo para obtener fortaleza y gracia, y ganaremos la victoria tan seguramente como lo hizo Jesús por nosotros» (*Reflejemos a Jesús*, p. 92).

De acuerdo con esta cita, «debemos mirar a Cristo para obtener fortaleza y gracia» y nadie mira a Cristo sin implementar en su experiencia las tres disciplinas espirituales que ya hemos mencionado en los capítulos anteriores. Si cada cristiano pone en práctica las tres disciplinas espirituales, «ganaremos la victoria tan seguramente como lo hizo Jesús por nosotros». La razón es simple: Jesús es nuestra justicia y si estamos unidos a él, terminaremos siendo justos.

Cuando yo era niño, escuchaba a las personas mayores orar pidiendo justicia: «Cúbreme con tu manto de justicia», decían y yo no entendía cómo sería ese manto. ¿Qué es justicia para ti? ¿Quién es «justo» en tu opinión? Se supone que una persona justa debe ser mansa y humilde de corazón como Jesús. ¿Ya oraste pidiéndole justicia a Dios? ¿Qué es lo que anhelas que Dios te dé?

Cuando piensas en la justicia de Dios, ¿piensas en un atributo divino, en la fuerza que necesitas para obedecer, en el perdón? De acuerdo con Jeremías, la justicia no es ni un atributo, ni una fuerza, tampoco una doctrina y mucho menos un concepto teórico. La justicia es una persona. Es Jesús, justicia nuestra: «En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual lo llamarán: “Jehová, justicia nuestra”» (Jer. 23: 6).

Quiere decir que cuando yo le pido a Dios justicia, él viene a mí e inunda mi vida, porque él es la propia justicia. Nadie puede separar a Dios de su justicia, que es la esencia de su ser. Jesús es la propia justicia. Si este concepto no está claro en tu mente, cada vez que intentes ser justo vas a intentar simplemente portarte bien, esforzarte para mantener una conducta intachable, o cualquier otra cosa parecida. Pero si sabes que Jesús es la justicia y deseas ser una persona justa, todo lo que necesitas hacer es ir a él y permanecer con Cristo y en él, y serás hecho «justicia de Dios». Esto es lo que afirma Pablo: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Cor. 5: 21). ¿Te das cuenta? Pablo va más allá de lo que cualquier ser humano pueda imaginar. Él dice que en Jesús, el ser humano es hecho justicia y no que simplemente «practica» la justicia.

¿QUIÉN ES «JUSTO»?

Con frecuencia pensamos que una persona «justa» es aquella que no miente, no roba, no mata y cumple todo lo que la ley de Dios demanda. Esto es verdad, pero solo cuando es el resultado de estar en Jesús y permanecer en comunión constante con él, porque Cristo es la justicia. Separado de él, el buen comportamiento no pasa de mero moralismo. Y como ya hemos visto anteriormente, «cristianismo no es moralismo, es comunión con Jesús». Cuando la experiencia cristiana es solo una obsesión con «portarse bien», el cristianismo se torna asfixiante. Pero es fascinante cuando se aprende a vivir cada día con Jesús.

En conclusión, para tener vida es necesario ir a él. Si deseamos ser salvos es imprescindible ir al Salvador y si deseamos ser justos necesitamos correr a los brazos de la persona que es la justicia. Cris-

to es la vida, la salvación y la justicia. Y si esos tres conceptos se resumen a una persona, concluimos que el cristianismo no es otra cosa que una relación personal con la persona amada de Jesús.

DOS GUERRAS

Una vez hemos comprendido que la justicia solo se alcanza viviendo en comunión con Cristo, entendemos que en la vida del cristiano hay dos guerras. Para salir victorioso en ellas hay que saber cómo luchar, Pablo dice: «Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1 Cor. 9: 25-27). Pablo experimentó estas dos luchas en algún momento de su experiencia y se vio confundido, pero después entendió el asunto y nos lo transmitió con claridad y sencillez. Él dijo: «De esta manera peleo, no como quien golpea el aire». Si peleas la batalla cristiana como quien golpea al aire, no lograrás acertar al enemigo. Así que analicemos cuáles son esas dos batallas.

La primera batalla es contra el diablo. El enemigo hará todo lo que pueda para alejarnos de Jesús y conducirnos al pecado. Esta es la batalla que luchamos para vencer los pecados acariciados y las deformaciones de carácter. Refiriéndose a esta guerra, Pablo dice: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efe. 6: 12).

Esta no es una lucha contra un enemigo de carne y hueso, sino frente a un rival que, desde la perspectiva humana, resulta imposible de vencer. El enemigo es mucho más poderoso que nosotros. Quizás un relato bíblico puede ilustrar mejor esta lucha y cómo podemos obtener la victoria. En tiempos bíblicos, los ciudadanos de Judá tuvieron que enfrentar a los guerreros moabitas, armados hasta los dientes y que los superaban por mucho. Fue entonces cuando Dios les dio el siguiente mensaje: «No habrá para qué peleéis vosotros en este caso; paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros. Oh Judá y



a «batalla de la fe»
es una lucha a la cual Dios
llama a aquellos que han
sido declarados hijos suyos.

Jerusalén, no temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos, porque Jehová estará con vosotros» (2 Crón. 20: 17).

En el relato que acabo de citar, la guerra la librará Dios, y la victoria sería suya, pero el pueblo de Judá necesitaba hacer algo concreto: «Salid mañana contra ellos, porque Jehová estará con vosotros». ¡Ah! Existe participación humana. En la guerra contra el pecado, Dios hará lo que le corresponde, pero tú y yo también hemos de colaborar con nuestra parte. Santiago esclarece: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Sant. 4: 7). La tarea humana consiste en «someterse a Dios». Si lo hacemos, y nuestra voluntad frágil y humana está unida a su voluntad santa, el enemigo huirá derrotado.

LA BATALLA DE LA FE

La segunda batalla es la de la fe. Es una batalla que dura toda la vida y que tiene que ver con nuestro crecimiento como cristianos una vez que hemos aceptado a Cristo Jesús. Luchar en esta batalla significa no «golpear al aire», es someterse a Dios, implica «trabajar primero» antes de participar de las victorias. Pablo aconseja: «Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado» (1 Tim. 6: 12). La «batalla de la fe» es una lucha a la cual Dios llama a aquellos que han sido declarados hijos suyos. El Señor te llama, pero no te arrastra. Eres tú quien debe aceptar la invitación. Pablo explica esta batalla de la siguiente ma-

nera: «Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe [...], considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado» (Heb. 12: 2, 4).

El apóstol enseña que esta lucha implica poner los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe. Este hecho de poner los ojos en Jesús es simplemente una ilustración para referirse a la lectura de la Biblia, la oración y la testificación. Pablo espera que nuestro «ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado». Esta es la manera correcta de combatir contra el pecado. No es una lucha directa contra el pecado, sino más bien una lucha contra nosotros mismos, a fin de asimilar en nuestra experiencia las tres disciplinas espirituales. Así que, aunque sean muy parecidas, las dos batallas son diferentes. La primera es contra el diablo y las fuerzas del mal, que luchan para alejarnos de Dios mientras que la segunda es una lucha contra nosotros mismos, con el objetivo de permanecer de parte de Dios. En ambos casos, el secreto consiste en mantenernos unidos a Jesús.

SE NECESITA ESFUERZO

Ya hemos mencionado hasta la saciedad las tres disciplinas espirituales clave para el cristiano. Ahora bien, si queremos aplicarlas sin esfuerzo alguno estamos completamente engañados. «Debemos vigilar, trabajar y orar, y no dar nunca ocasión para que el yo obtenga el dominio» (*Alza tus ojos*, p. 22). Nuestro «yo» intentará enfrentar al diablo por sí mismo, pues es orgulloso y se cree autosuficiente. Por supuesto, estará perdido porque la batalla contra el pecado es una guerra espiritual que solo Dios puede vencer. Nuestra parte es ir a Jesús y vigilar, orar y trabajar. Por eso Jesús dijo que para seguirlo hemos de negarnos a nosotros mismos (Mat. 16: 24). Negarse a sí mismo y tomar la cruz de Cristo significa renunciar al yo y aceptar el plan divino que nos llevará a la victoria auténtica. «Palabra fiel es esta: “Si somos muertos con él, también viviremos con él”» (2 Tim. 2: 11).

Si deseamos vivir la vida victoriosa que Cristo vivió, primero necesitamos morir con él, para así resucitar con él. Solo así Cristo vivirá en nosotros para vencer la batalla contra el pecado. Pablo trató de enseñar esto «a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria [...] a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí» (Colosenses 1: 27-29, RV60).

Observa que Pablo desea enseñar un «misterio». Es el secreto de la victoria que muchos se resisten a entender y aceptar. «Cristo en vosotros». Esa es la única manera de «presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre». Elena G. de White realiza el siguiente comentario al respecto: «La obra de su salvación y la mía depende enteramente de nosotros, porque depende de nosotros el que aceptemos la provisión hecha en nuestro favor. Dios hizo por nosotros todo lo que podía hacerse. Cristo lo compró con su propia sangre. Pagó el precio por su rescate a fin de que pudiese estar unido con Dios y separado del pecado y los pecadores. Cuando se entrega el corazón a Jesús, el Espíritu Santo trabaja en él con poder renovado. Pero a fin de que podamos ser colaboradores con Dios, debe haber de nuestra parte una entrega completa a Dios. Debemos consagrarnos a él con todas nuestras fuerzas, poniendo en ejercicio cada fibra espiritual y trabajando para Cristo como fieles soldados» (*Alza tus ojos*, p. 23).

COMO NIÑOS

¿Alguna vez te has preguntado por qué Jesús dijo que, si queremos entrar en el reino de los cielos, hemos de ser como niños (ver Mat. 18: 3)? Bueno, aquí es donde encaja dicha declaración. La característica más visible en un niño es su dependencia. Un niño es incapaz de valerse por sí mismo. Necesita y busca la asistencia de otro. En la vida espiritual, y en la batalla contra el pecado, es imperativo que aceptemos nuestra dependencia de Dios. Sin él nada podemos hacer.

Ser como niños es reconocer que solos no podemos, pero que Jesús sí puede. Buscar el alimento diario del Espíritu. Pedro, teniendo esto en mente, aconseja: «Desead como niños recién nacidos, la

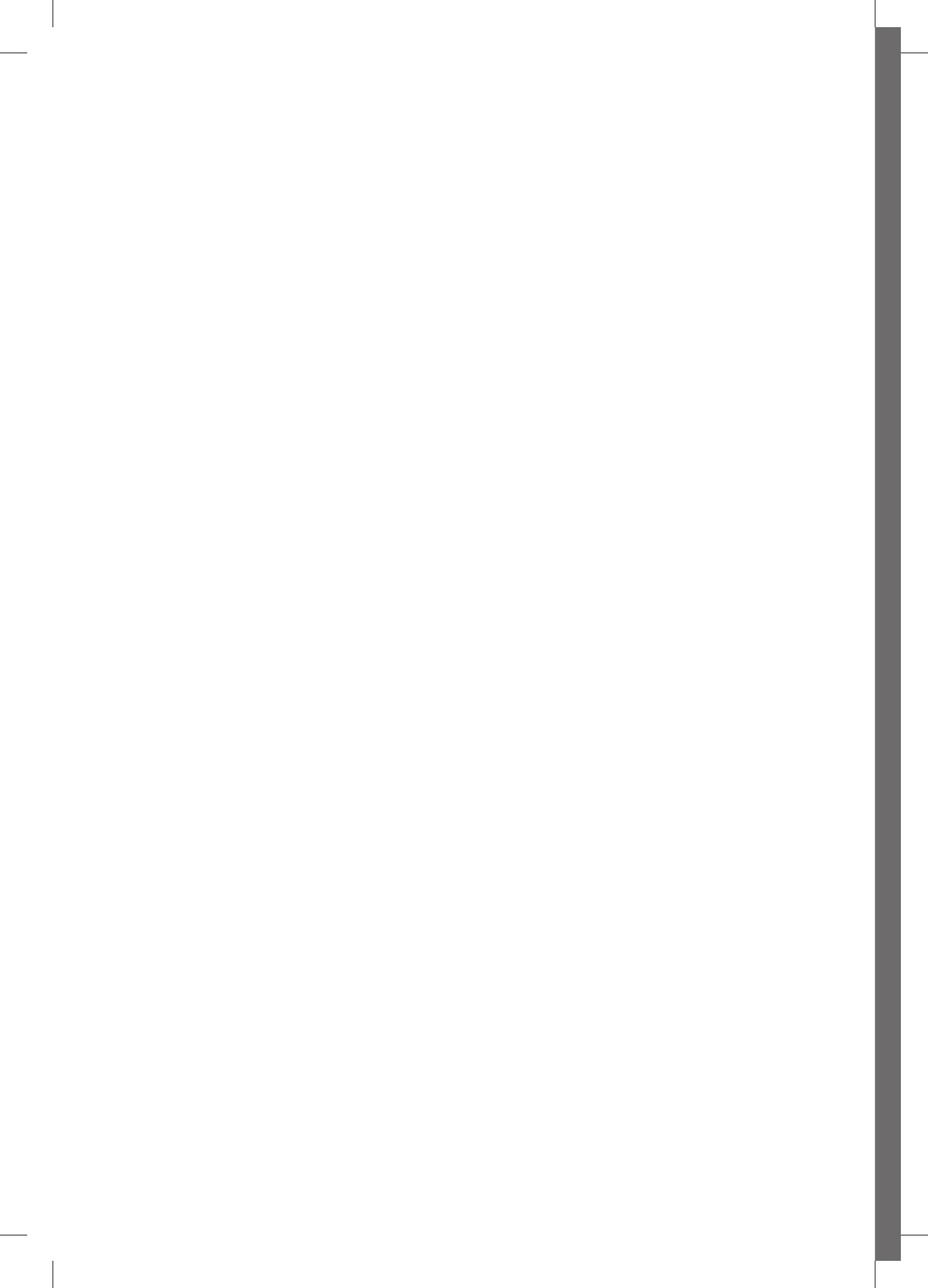
leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación» (1 Ped. 2: 2). Los gálatas, en los tiempos de la iglesia primitiva, aceptaron a Jesús con todo su ser, pero en poco tiempo se dejaron engañar y empezaron a creer que la conducta exterior era más importante que la vida interior y cayeron en la hipocresía de la fachada, entonces el apóstol Pablo los amonestó: «De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído [...]. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor. Vosotros corráis bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?» (Gál. 5: 4, 6-7, RV60).

APRENDIENDO CON LAS DERROTAS

Las victorias deberían enseñarnos, pero desafortunadamente mientras vivamos en este mundo son las derrotas las que más nos enseñan. David fue uno de los personajes bíblicos que experimentó una estrepitosa caída espiritual. Se apartó de Dios, confió en sus fuerzas y besó el polvo del fracaso, sin embargo se levantó y escribió que ya no quería confiar en sí mismo: «Sino que he calmado y acallado mi alma; como niño destetado en el regazo de su madre, como niño destetado reposa en mí, mi alma» (Sal. 131: 2, LBLA). Y Pablo, después de vencer, ya en sus últimos días exclamó: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe» (2 Tim. 4: 7).

Entre luchar solos para ser mejores cristianos, e ir a Jesús y depender de él, la segunda opción es la que proporciona descanso para el alma cansada. Por eso: «La vida que ahora vivimos debemos vivirla por la fe en Jesucristo. Si somos seguidores de Cristo nuestras vidas no consistirán en fragmentarias y superficiales acciones espasmódicas de acuerdo con las circunstancias y el ambiente» (*Alza tus ojos*, p. 34).

Apreciado lector, tú eres lo más precioso que Dios tiene en este mundo. Jesús dejó todo en el cielo y vino a esta tierra para morir por ti. Si alguien desea que seas salvo es el Padre de amor, que desde las alturas te ve más preocupado por agradar a los hombres que a Dios. Este es el momento para empezar una nueva experiencia con Cristo. Abandona el mero formalismo y vive la auténtica experiencia de amor con Jesús. Que su carácter se refleje en tu vida y que pronto veamos todos a nuestro Rey viniendo en gloria.



SEGUNDA PARTE:

IMITANDO AL MODELO



«Yo les he dado el ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo».

— **Juan 13: 15, TLA**

«Por medio de Cristo había sido transmitido cada rayo de luz divina que había llegado a nuestro mundo caído [...]. En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero propósito de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que debemos ser; lo que llegaríamos a ser si lo recibimos y si permitimos que la divinidad habite en nosotros.

Vino a mostrar de qué manera han de ser educados los seres humanos como conviene a hijos de Dios; cómo deben ser puestos en práctica en esta vida los principios del cielo».

— **La educación, pp. 67-68**



9 Jesús: Nuestro modelo de espiritualidad





Dios es Espíritu,
y los que lo adoran,
en espíritu y en verdad
es necesario que lo adoren
(Juan 4: 24).



UNO DE LOS TEMAS más cruciales para todo cristiano es la lucha entre la carne y el espíritu. Analizamos un poco ese tema en el capítulo 3. La «carne» representa la naturaleza pecaminosa que resulta inherente al ser humano mientras que el «espíritu» representa la nueva naturaleza que caracteriza a los que han nacido en Cristo. El problema de nuestra situación es que la Biblia dice que ambas naturalezas se oponen entre sí, haciendo que en ocasiones no hagamos el bien que queremos hacer sino el mal que detestamos, y dicha situación produce la más acuciante frustración espiritual (Rom. 7: 15, 24). Como resultado, los cristianos hemos recibido el llamado de andar en el Espíritu y no satisfacer los deseos de la carne (ver Gál. 5: 16-17). Además, se nos invita a entender que los verdaderos hijos de Dios son aquellos que viven bajo el control del Espíritu Santo (Rom. 8: 14). Esto es lo que comúnmente llamamos «vida espiritual» o simplemente «espiritualidad».

Ahora bien, cuando se trata de aprender a vivir «en el Espíritu», no hay dudas de que el mejor ejemplo o modelo con que

podemos contar es la persona de Jesús. El conjunto de principios y actitudes por los que él rigió su vida mientras estuvo aquí en la tierra lo convierten en nuestro modelo por excelencia. Nadie ha vivido como él, y por eso nadie ha hablado como él ni ha alcanzado su estatura espiritual. De hecho, el apóstol Pablo señala que la meta final de Dios para cada uno de sus hijos es que lleguemos a la estatura de la plenitud de Cristo (Efe. 4: 13).

Así las cosas cabe que nos preguntemos: ¿Por qué alcanzó Cristo semejante nivel espiritual? ¿Qué tipo de visión de este mundo y de la relación con el Padre tuvo el Maestro para que Dios lo exaltara hasta lo sumo y le diera un nombre superior a todo nombre (Fil. 2: 9)? En los próximos párrafos te invito a echar una mirada a la cosmovisión y vida espiritual de Jesús para tratar de entender por qué él es nuestro Modelo. Luego procuraremos aprender de él y mantener nuestra mente conectada con el mundo espiritual, resguardando nuestro caminar de todo aquello que pueda impedir el necesario progreso de la vida cristiana.

Tal vez lo primero en lo que debemos fijarnos si vamos a hablar de la espiritualidad de Jesús es en el concepto que él tenía de Dios el Padre. Además hemos de considerar también la visión que Cristo tenía del mundo y de todo lo que acontece en él, o «cosmovisión». Estos dos puntos son importantes porque la espiritualidad no ocurre en el vacío, como a muchos les gustaría creer, sino que es un resultado, en primer lugar, del concepto que tenemos de Dios y en segundo lugar de cómo vemos la vida, sus propósitos, el éxito, el futuro, las personas y las cosas, entre otros temas.

JESÚS Y DIOS EL PADRE

Jesús habló extensamente acerca de su Padre celestial. Cualquiera persona que lea los Evangelios notará de inmediato que el Padre era uno de sus temas favoritos. El concepto que tenía Cristo acerca del Padre se puede resumir sin ninguna duda en Mateo 5: 48, cuando dijo que el «Padre que está en los cielos es perfecto». Por supuesto, es preciso aclarar que la «perfección» del Padre encuentra su máxima expresión en su misericordia (comparar Mat. 5: 48 con Luc. 6: 36) y en su trato amoroso y bondadoso hacia los justos y los pecadores (Mat. 5: 45). En la misericordia y bondad del Padre Jesús veía la presciencia divina que puede dar

respuesta a las necesidades de sus hijos mucho antes de que ellos quisiera le pidan al Padre que las supla (Mat. 6: 8, 32).

Jesús también mostró admiración al ver el cuidado de Dios al alimentar y cuidar incluso a las aves más sencillas (ver Mat. 6: 26; 10: 29) y creía que para el Padre, nada que esté relacionado con sus hijos resulta insignificante, pues él tiene contado cada uno de nuestros cabellos (Mat. 10: 30). Para Jesús, Dios es misericordioso (Luc. 6: 36), es el Creador de los cielos y la tierra (Mat. 11: 25), y también el gran Proveedor que le había entregado todas las cosas (Mat. 11: 27; Luc. 10: 22; Juan 3: 35). Jesús también manifestó que Dios nos ve a todos como sus hijos, que todo en él es santo, él es Rey (Luc. 11: 2) y quien da su reino a sus hijos fieles (Luc. 12: 32).

Para Jesús, Dios es una realidad espiritual (Juan 4: 24). También creía en la inmanencia divina, que lo mantiene en constante relación con los seres humanos (Juan 5: 17). Creía además tanto en la autosuficiencia de Dios según vemos en Juan 5: 26 como también en la justicia divina (Juan 17: 25). En fin, para Jesús, Dios estaba por encima de todos, pues él es mayor que todos (Juan 10: 29).

JESÚS Y EL MUNDO QUE LO RODEABA

En este aspecto en particular debemos prestar atención al hecho de que al comienzo de su ministerio público, la Biblia informa que Satanás lo llevó a un monte muy alto, allí le mostró todos los reinos del mundo y sus riquezas y luego le dijo: «Todo esto te daré, si te arrodillas delante de mí y me adoras». A lo que Jesús contestó: «Vete, Satanás, porque escrito está: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”» (Mat. 4: 9-10, RVC). Este incidente muestra que desde el principio de su ministerio, Jesús tenía un concepto muy peculiar sobre temas como: el éxito, la obtención de riquezas, la idolatría y el lugar que Dios debía ocupar en su vida (y por ende en la nuestra). Por eso no resulta extraño encontrar ciertas declaraciones hechas por Jesús, como la que encontramos en Mateo 16: 26: «Porque, ¿de que le sirve a uno ganarse todo el mundo, si pierde su alma? ¿O que puede dar uno a cambio de su alma?» (RVC). No hay dudas de que el que pronunció estas palabras es el mismo que rechazó la tentación de Satanás en aquel monte.

Para Jesús, el amor, la misericordia, la justicia y la fidelidad a Dios determinaban todo lo que él hacía, decía o pensaba.

Para Jesús, buscar de corazón a Dios y practicar la justicia que Dios aprueba era una tarea que debía tener prioridad sobre la búsqueda de la satisfacción de nuestras necesidades más básicas (Luc. 12: 29-31). Para el Maestro, obedecer a Dios era más importante incluso que la vida en este mundo, pues esta obediencia tenía como recompensa la vida eterna (Juan 12: 25).

Es interesante notar que, incluso cuando Cristo se consideraba Rey, él aclaró que su reino no era de este mundo y que su principal función mientras se encontrara de paso por este mundo era la de dar testimonio de la verdad y salvar a todos los que estaban perdidos en el error y el pecado (ver Juan 18: 36-37; Luc. 19: 10). Por eso, desde muy joven, su mente mostró claridad de propósito cuando le dijo a su madre: «¿Acaso no sabían que es necesario que me ocupe de los negocios de mi Padre?» (Luc. 2: 49, RVC).

Por lo visto, Jesús veía su vida en este mundo como una asignación, un tiempo de prueba, y por lo tanto era para él algo transitorio y temporal. Y si bien es cierto que él reconoció y enseñó que lo que hacemos en este mundo incide directamente en nuestro destino eterno, fue también muy claro al no permitir que los parámetros e intereses de este mundo determinaran su existencia, sino que vivió el aquí y el ahora aplicando los eternos principios del reino espiritual. Por eso, aunque Jesús reconoció que tenía familia, su concepto de la misma no seguía el

parámetro terrenal (ver Luc. 8: 21), lo mismo puede decirse de su concepto sobre los bienes materiales (Luc. 12: 15), de las personas (Luc. 4: 18-19) y de su misión en la vida (Luc. 19: 10).

Para Jesús, el amor, la misericordia, la justicia y la fidelidad a Dios determinaban todo lo que él hacía, decía o pensaba y por eso fue un hombre profunda y auténticamente espiritual. Lo material era secundario para él y por eso lo que primero resalta en su ejemplo de vida es su espiritualidad.

LA GRAN LECCIÓN

Lo que aprendemos de Jesús, entonces, es que la verdadera espiritualidad no es lo que ocurre cuando logramos seguir una lista de requisitos o asistimos a ciertas actividades religiosas, sino que es un resultado que brota de lo que ocurre en el corazón. La verdadera espiritualidad surge cuando hemos aceptado el hecho de que Dios debe tener el primer lugar en nuestra vida y que, por lo tanto, él es primero en todos los demás aspectos. Cuando una decisión como esta se aloja en nuestra mente, el resultado es que veremos la vida como una serie de acontecimientos que ocurren aquí y ahora pero que tienen consecuencias más allá de nuestra existencia y por lo tanto hay que aprender a vivir con responsabilidad espiritual.

La espiritualidad, entonces, es el resultado de entender, a la luz de nuestra relación con Dios, que lo material es perecedero y por lo tanto temporal e intrascendente; en cambio, las realidades espirituales son imperecederas y por ello son las más importantes y han de ocupar los primeros lugares en nuestra lista de prioridades.

Jesús no era un «religioso profesional», él era un ser humano íntegramente espiritual, porque su relación con Dios no solo era evidente cuando hablaba de las realidades celestiales y de la fe, sino también en su trato con los seres humanos, en el uso de su tiempo, de su cuerpo, en el trato que daba a su familia, en el cumplimiento de todos sus deberes y en la perseverancia y el amor con que llevó a cabo su ministerio redentor hasta la muerte misma. Su espiritualidad se hacía evidente cuando hablaba, pero también cuando asistía a alguna fiesta o celebración, como también cuando interactuaba con los enfermos, los marginados y los

vulnerables. Cuando se relacionaba con extranjeros, con ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y niños. En todos estos ámbitos él mantuvo una estrecha y profunda relación con Dios el Padre y al mismo tiempo mostraba una comprensión espiritual de los acontecimientos, que moldeó su forma de pensar y actuar.

JESÚS, LAS ESCRITURAS Y LA ORACIÓN

Tal vez uno de los aspectos más trascendentales y del que más lecciones podemos extraer de la vida de Cristo y su espiritualidad es su devoción, respeto y obediencia a las Sagradas Escrituras. En ocasión de la primera tentación Jesús contestó citando Deut. 8: 3: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mat. 4: 4). Fue Jesús el que denunció a los que invalidaban la Palabra de Dios al mezclarla con tradiciones humanas (Mar. 7: 13). La predicación de Jesús era atractiva porque él proclamaba la Palabra de Dios (ver Luc. 5: 1). Y no solo en su predicación, sino en sus enseñanzas y conversaciones en general, Jesús declaró que cuando él hablaba, era Dios el que hablaba, porque el Espíritu Santo lo había ungido para hablar la Palabra de Dios (Juan 3: 34; 14: 24).

Jesús tenía un concepto tan elevado acerca de la Palabra de Dios que dijo en una ocasión: «Dichosos lo que escuchan la Palabra de Dios, y la obedecen» (Luc. 11: 28, RVC). De hecho, él se consideraba el cumplimiento del testimonio que dan las Escrituras (Juan 5: 39) y declaró que solo recibirían la vida eterna aquellos que creyeran en la Palabra de Dios que él les presentaba (Juan 5: 24). Para Cristo, recibir o escuchar la Palabra de Dios era una señal de pertenencia a Dios (Juan 8: 47). Él creía firmemente que la Palabra de Dios no podía ser negada o quebrantada (Juan 10: 35). En fin, para Jesús, la Palabra de Dios constituía la verdad absoluta y final (Juan 17: 17).

Con semejante concepto de las Sagradas Escrituras, no es extraño notar que ellas constituían la fuente de sus pensamientos, palabras y acciones. Sus declaraciones más contundentes a menudo iban acompañadas o precedidas de un «escrito está». Jesús fue un hombre profundamente espiritual porque la Palabra de Dios habitaba en él.

¿Y qué decir de su vida de oración? Siendo que la oración es una señal tan importante a la hora de considerar la relación que una persona tiene con Dios, fijémonos por un momento en algunos aspectos de la vida de oración de Jesús.

Nadie que lea los Evangelios podrá negar que Jesús era un hombre de oración. Cristo desarrolló ese hábito y lo practicaba en forma constante tanto entrelazándolo con sus intensas actividades diarias como también en los momentos privados e íntimos, fuesen estos en solitario o con sus discípulos más cercanos, los doce apóstoles. La Biblia informa de muchos momentos en los que Jesús buscaba y apartaba el espacio para la oración personal (Mat. 14: 23; 26: 36; Mar. 1: 35; Luc. 5: 16; 9: 18, 28; 11: 1). Como puede comprobarse en estos textos, Jesús oraba solo, con otras personas, en lugares públicos y en lugares desiertos o al menos apartados. Su necesidad de orar podía llevarlo a orar varias veces por un mismo asunto como vemos en Mateo 26: 41-42, 44 y en ocasiones podía pasar toda la noche orando (Luc. 6: 12).

Jesús no solo practicó la oración sino que también enseñó a sus discípulos a orar (Mat. 6: 9-13) y les recomendó enfáticamente que oraran para que pudieran enfrentar con éxito las tentaciones del enemigo (Mar. 14: 38), les pidió que oraran por el tiempo de su persecución (Mar. 13: 18, 33), por los que los calumniaban (Luc. 6: 28), por los que los ultrajaban y perseguían (Mat. 5: 44) y también les enseñó a orar en forma sencilla, privada y confiando en el amor de Dios (Mat. 6: 5-9). Para Jesús, el Templo era una casa de oración (Mat. 21: 13) y creía que todo lo que sus discípulos pidieran en oración, creyendo, lo recibirían (Mat. 21: 22).

Entonces, ¿de dónde provenía la espiritualidad de Jesús? Pues claramente de un corazón que deseaba estar en comunión constante con Dios. Un corazón que buscaba esa comunión sin importar cuáles fueran las circunstancias. A veces lo hacía muy temprano; en otras ocasiones, al final de una larga jornada de trabajo, despedía a las personas y se iba a orar. Jesús es el modelo espiritual por excelencia porque no le puso hora ni días a la oración. No la convirtió en un programa, sino en un estilo de vida. No era una actividad que él realizaba bajo ciertas circunstancias o cuando estaba en algunos lugares. Para Jesús, cual-

quier día, cualquier momento, cualquier hora era propicia para la oración. Nunca complicó la práctica de la oración sino que la simplificó y demostró que el que quiere orar simplemente lo hace y punto. Definitivamente la vida espiritual de Jesús no era un aspecto más de su vida sino que era su esencia, su forma de ver y vivir, era el resultado de lo que había en su mente y su corazón. Es por eso que Elena G. de White escribió que «Jesús vivió dependiendo de Dios y de su comunión con él [...]. La vida de Jesús era una vida de confianza constante, sostenida por una comunión continua, y su servicio para el cielo y la tierra no tuvo fracaso ni vacilación» (*La educación*, p. 73).

LA FE DE JESÚS

En este punto resulta apropiado señalar que la espiritualidad de Cristo muestra también que él manifestó una profunda fe en su Padre celestial. Cristo es nuestro ejemplo en lo que respecta a vivir por fe. Es posible que al mirar a Cristo pensemos que para él todo resultaba sencillo, que él no tenía la posibilidad de tomar una decisión contraria al plan de Dios. Pero eso no es lo que nos dice la Biblia. Él fue tentado en todo, pero sin pecado (ver Heb. 4: 15), y considerando que las tentaciones son intentos del enemigo de hacernos desviar de la voluntad de Dios, podemos llegar a la conclusión de que Jesús vivió en este mundo con la posibilidad real de no seguir el plan de Dios al pie de la letra. De hecho, para él que era Dios, esta era una tentación mucho más grande que para nosotros. Pero como hombre, él tuvo que aprender la obediencia (Heb. 5: 8) y eso significa que él aprendió a vivir por fe en Dios.

La fe que Cristo manifestó hacia el Padre se hace evidente en las Escrituras. El lector atento de la Palabra de Dios puede comprobar que Jesús fue también nuestro modelo en cuanto a vivir por la fe en Dios. Esto lo podemos constatar cuando consideramos lo que Jesús dijo acerca de la fe (Mat. 9: 29; 17: 20-23), de la importancia que le otorgó a dicha virtud (Mat. 9: 2; 15: 28; Mar. 10: 52; Luc. 17: 6) y de lo mucho que la recomendó a sus discípulos (Mar. 11: 22; Luc. 8: 25; 18: 8; 22: 32; Mat. 21: 21).

De nuevo, Jesús no solo fue un maestro o promotor de la fe, sino que él mismo la puso en práctica. Por eso Hebreos señala que él es el «autor y consumidor de la fe» (Heb. 12: 2). Jesús estaba convencido de que Dios lo amaba (Juan 15: 9; 10: 17), él tenía absoluta fe en que había



La iglesia que tiene la fe

de Jesús no es solo la que cree en él como Señor y Salvador, sino la que también vive de acuerdo con el modelo de fe que Jesús mostró en su experiencia de vida en esta tierra.

sido enviado por el Padre para cumplir con el plan de Salvación (Juan 3: 17; 20: 21; 5: 37; 6: 38; 7: 16), creía que el Padre estaba siempre con él (Juan 5: 19-20; 12: 49; 11: 42; 13: 3; 17: 21), creía que Dios amaba a las personas y procuraba activamente la salvación de todos (Juan 3: 16-17; 5: 17; 16: 27) y también creía en el triunfo final del plan de Dios (Mat. 16: 18, 25: 31; 16: 27; Juan 14: 1-3; Luc. 22: 42).

A la luz de toda esta evidencia bíblica puede decirse que la iglesia que tiene la fe de Jesús no es solo la que cree en él como Señor y Salvador, sino la que también vive de acuerdo con el modelo de fe que Jesús mostró en su experiencia de vida en esta tierra.

UN DIOS SENSIBLE

Otra vertiente de la espiritualidad de Jesús que no podemos soslayar es la sensibilidad espiritual de Jesús. No ha existido en este mundo una persona más sensible que Jesús. Es decir, la delicadeza y ternura de Cristo le daban la incomparable capacidad de reconocer lo hermoso, lo justo, lo bueno y las demostraciones de amor, compasión y misericordia que presenciaba. Pero a la vez, esa misma sensibilidad lo hacía sentirse indignado ante lo vil, lo inmoral, la hipocresía y la maldad. Jesús aplicaba los principios del reino de Dios a las circunstancias diarias. Era una persona que creía en el amor de Dios y llevaba ese amor a todos aquellos que lo necesitaban sin importar si era un niño, un adulto, un hombre, una mujer, un

rico, un pobre, un judío o un extranjero. Él rechazó el mal y el pecado en todas sus formas. No se calló ante la hipocresía, ante la falsedad religiosa, ni ante el afán de lucro y la avaricia. No dejó que nadie lo arrastrara lejos de la voluntad de Dios y nunca rechazó a ningún ser humano, por el contrario, a todos dio esperanza, perdón, oportunidades y sobre todo amor.

Por eso, cuando decimos que Cristo es nuestro modelo de espiritualidad hemos de incluir en esa definición de espiritualidad la sensibilidad de Cristo que lo llevaba a practicar la piedad con todos y a buscar siempre que se cumpliera la voluntad de su Padre en este mundo. Jesús no era una persona sensible en el sentido de que se dejaba dominar por sentimientos sin propósitos. Jesús era sensible al dolor, a la necesidad, al amor, a la fe y eso lo llevaba a poner a Dios en primer lugar y amar al prójimo como a sí mismo.

¿Qué podemos aprender del modelo?

Después de analizar a Jesús como modelo de espiritualidad cabe que nos preguntemos: ¿Qué podemos aprender al contemplar a Cristo como nuestro modelo en la espiritualidad? Tal vez lo primero sea admitir que cuando miramos la espiritualidad tal como se observa en la vida de Cristo, entenderemos mejor su invitación a aprender de él (ver Mat. 11: 29).

En segundo lugar aprendemos que una falsa espiritualidad, fundamentada en formas, ritos, programas, ceremonias o la simple adhesión a una iglesia no nos llevará muy lejos. Muchos, así como la mujer samaritana que se encontró con Jesús en el pozo de Jacob, seguimos creyendo que la espiritualidad queda determinada por asuntos tan arbitrarios como la ropa que vestimos, la música que oímos, la liturgia que rige nuestros servicios o mil cosas más que podemos añadir a la lista. Pero tal vez Jesús nos diría lo mismo que le dijo a ella: «Dios es espíritu, y él quiere y busca ser adorado en espíritu y verdad» (ver Juan 4: 24).

Esto quiere decir que hay una verdadera espiritualidad y una falsa. No se trata de un asunto fortuito. No es posible agradar a Dios de cualquier manera o llegar al cielo tomando cualquier camino. En este caso no todos los caminos conducen a Roma. Necesitamos estar

seguros de que estamos y nos mantenemos en una relación correcta y aceptable con nuestro Dios. Si ese es tu deseo entonces aprende de la espiritualidad de Cristo.

Pregúntate: «¿Qué concepto tengo de Dios? ¿Quién es Dios para mí? ¿Cómo es él, cómo actúa, qué ha hecho él por mí?». Necesitamos llenar estos espacios, y dar respuesta a estas preguntas si queremos alguna vez desarrollar una relación espiritual y no meramente religiosa con Dios. Al aprender del Modelo llegaremos a la conclusión de que nuestra espiritualidad no será más alta que el concepto que tengamos de Dios. Por lo tanto, nuestra espiritualidad comienza por conocer a Dios y a partir de ahí desarrollar una relación de amor con él.

Luego es preciso preguntarnos: «¿Cuál es mi concepto sobre la vida en este mundo? ¿Para qué existo? ¿Cómo debo usar esa existencia?». Sería virtualmente imposible desarrollar una verdadera espiritualidad viviendo en este mundo, a menos que entendamos bien la realidad espiritual que se da dentro de él y cómo encaja la voluntad de Dios en medio de nuestras circunstancias terrenales.

Por no entender bien cómo opera el mundo y el impacto que tienen sus caminos en la experiencia de una persona que quiere agradar a Dios, más de uno dentro de la iglesia ha terminado dividiendo su vida en dos: una secular y otra espiritual. Pensamos que la espiritualidad es lo que hacemos cuando vamos a la iglesia o participamos de sus actividades: la oración, la predicación, la devoción de los diezmos y las ofrendas generosas. El resto de nuestra vida, pensamos, es otra cosa. «Ahí tengo que ver cómo me las arreglo, porque ese es otro mundo, y ahí no aplican los principios espirituales», solemos pensar. Ese tipo de dicotomía nos convierte en cristianos mundanos. Claro está, este concepto es totalmente ficticio, pero más de uno ha intentado vivir la vida bajo esa perspectiva, no sin experimentar las devastadoras consecuencias. Por este motivo Jesús dejó muy en claro que la espiritualidad también implica saber que este mundo es de Dios, que vivimos en medio de una guerra ocasionada por la rebelión de los seres humanos hacia Dios, donde el que quiere ser amigo de Dios no puede también ser amigo del mundo. Por lo tanto, ser espiritual es no solo saber lidiar con la iglesia, sino

también con el mundo, con sus ideas y con sus deseos. Si no tenemos un concepto espiritual de la vida en este mundo, terminaremos teniendo un concepto mundano de nuestra espiritualidad.

Dicho lo dicho, si queremos desarrollar un concepto correcto de Dios y de la vida en este mundo, necesitaremos la Palabra de Dios, que es el alimento espiritual (ver Mat. 4: 4). Debe considerarse absurda la idea de que alguien puede llegar a ser cristiano sin alimentarse diariamente de la Palabra de Dios. Tal vez deberíamos poner algún letrero bien grande en las iglesias que les dijera a todos los que asisten: «AVISO: PARA SER CRISTIANO, HAY QUE ESTUDIAR Y PRACTICAR LAS ENSEÑANZAS DE LA BIBLIA».

Lo mismo podemos decir de la oración. Si queremos ser espirituales necesitamos orar para entrar en comunión con la fuente de la espiritualidad. No habrá forma de mirar a Cristo, de hablar de Cristo o pensar en él, y al mismo tiempo ignorar el hecho de que él oraba sin cesar. Aun siendo un hombre extremadamente ocupado, buscado por multitudes, asechado por enemigos y dedicado a tiempo completo en la preparación de sus discípulos, apartaba tiempo para orar. La verdad es que hablar de imitar a Cristo sin desarrollar el hábito de la oración es solo hablar por hablar.

En resumidas cuentas, aprender de Jesús lo que significa la espiritualidad es entender que ella es un asunto personal, que comienza en el corazón y se desarrolla hasta el punto en que se hace evidente para los que nos rodean (ver Mat. 5: 17). Aprender de Jesús lo que significa la espiritualidad es también aprender a tener una fe como la suya y pedirle que nos ayude a vivir por fe. Sobre todo, aprender de Jesús es pedirle que nos enseñe a vivir en medio de un mundo en el que muchos que dicen amar a Dios al mismo tiempo desprecian e irrespetan a los seres humanos. Que nos enseñe a ser sensibles como Cristo para amar todo lo amable, todo lo puro, todo lo justo, todo lo bueno, todo lo virtuoso, y a rechazar con todas nuestras fuerzas, todo lo malo, lo pecaminoso, lo indecente, lo abusivo, lo opresivo y lo dañino.

En fin, hemos de pedirle a Dios que nos dé una espiritualidad que nos permita iluminar el mundo con su luz y a llevar el amor de Dios a dondequiera que vayamos. Una espiritualidad que no nos deje amar

al mundo y a sus caminos pecaminosos. Una espiritualidad que podamos experimentar los siete días de la semana, dondequiera que vayamos y con todo aquel que nos rodee. De eso se trata la vida cristiana y ese fue el ejemplo que Cristo nos dejó a su paso: Vivir para Dios y ser una bendición para los demás.

Para eso te trajo Dios a su iglesia, para eso te ha dado su Palabra, para eso tu iglesia trata de animarte y ayudarte con el estudio de este material. Porque, o vivimos para la carne y de la carne segaremos corrupción, o vivimos para el Espíritu y del Espíritu cosecharemos vida eterna (ver Gál. 6: 8).

10

Jesús:
Nuestro
modelo de
obediencia





Venid a mí todos
los que estáis trabajados
y cargados, y yo
os haré descansar
(Mateo 11: 28).



MUY A MENUDO, los cristianos corremos el riesgo de, al reflexionar en Jesús y su obra en nuestro favor, concentrarnos solamente en su muerte en la cruz. Esta forma de entender la obra de Cristo puede hacerlo parecer desconectado de nuestro presente; o sea, alguien que hizo algo por nosotros en el pasado y por lo cual debemos estar agradecidos, pero que de aquí en adelante nos toca a nosotros hacer lo mejor que podamos con nuestras vidas. Nada más alejado de la realidad.

El Nuevo Testamento declara rotundamente que Cristo no solo murió, sino que también vivió por nosotros. A Cristo debemos no solo nuestra redención sino que él es también el perfecto ejemplo de cómo hemos de vivir los que deseamos agradar a Dios y cumplir su voluntad. Jesús vivió no solo como Adán debió vivir sino como cada uno de nosotros debe vivir. Él no solo nos redimió de la condenación del pecado (Rom. 8: 1), sino que también nos rescató de nuestra vana manera de vivir (1 Ped. 1: 18). Por lo tanto, a él no solo debemos agradecerle infinitamente su muerte vicaria sino que de él debemos aprender constantemente cómo vivir para Dios.

Cuando Cristo dijo en Mateo 11: 29: «Aprendan de mí», no estaba haciendo una sugerencia, más bien estaba indicando la forma en que debemos verlo y relacionarnos con él. Estaba mostrando qué significa seguirlo como Maestro. Resulta interesante que Mateo 11: 29 no es la única cita en la que Jesús dijo que debíamos aprender de él. En Juan 13: 15 Jesús declaró: «Ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis». ¿Qué es lo que necesitamos aprender de Jesús? ¿En qué hemos de verlo como nuestro ejemplo y modelo a seguir? Es muy evidente cuando leemos el relato bíblico que muchas de las declaraciones y acciones de Cristo se encuentran mucho más allá de nuestra realidad, nuestras posibilidades y nuestras circunstancias humanas. Aun así, hay aspectos de la vida del Maestro que él quiere que aprendamos e imitemos. En este capítulo prestemos atención a uno de esos aspectos en particular: Jesús como modelo de obediencia.

SATANÁS TIENTA A JESÚS

La Biblia relata que el Salvador fue bautizado por Juan en una sencilla pero inolvidable ceremonia en el río Jordán (Mat. 3: 13-17). El bautismo tuvo todos los elementos necesarios para también servir como inauguración del ministerio público de Jesús. Después del bautismo notamos la participación de los otros dos miembros de la Deidad: por un lado el Padre habló desde el cielo para testificar acerca del tipo de relación que tenía con Jesús; también el Espíritu Santo se manifestó, descendiendo en forma de paloma. También el propio Hijo dio testimonio a Juan el Bautista de que había venido a «cumplir toda justicia» (ver Mat. 3: 15). Con todas estas evidencias disponibles, Juan sintió la absoluta confianza y tuvo el inmenso honor de hacer la presentación oficial de Jesús como el Mesías con estas memorables palabras: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1: 29). Pero además del Bautista y la Trinidad, alguien más notó al Mesías; no obstante, se puso en movimiento de inmediato para tratar de impedir que el ministerio de Jesús se llevara a cabo de forma efectiva: Satanás.

La Biblia dice que después de su bautismo, el Espíritu Santo llevó a Jesús al desierto. Evidentemente el plan divino era que el Salvador tuviese tiempo para orar, meditar y ayunar. Al retirarse al desierto Jesús demostró que todo aquel que desee mantenerse en

sintonía con Dios y cumplir su voluntad debe procurar un encuentro personal con Dios. Y en el caso de nuestro Señor Jesús, no sería diferente, porque él se hizo hombre y como tal tenía que llevar a cabo la misión que le fue dada por el Padre. Así que este tiempo en el desierto, sumado a la experiencia del bautismo, lo capacitaría aún más para llevar a cabo las intensas tareas que le aguardaban.

Pero Satanás no respeta ni siquiera el tiempo que un hijo de Dios le dedica a la comunión con el Señor. Él se meterá donde sea e interrumpirá los momentos más solemnes con sus tentaciones, lo hizo con Jesús y así lo hará contigo. Satanás encontró a Jesús en un momento de íntima comunión espiritual con el Padre, así que intentó aprovecharse de esa situación para engañarlo, ¿cómo? Convenciendo a Jesús de que la obediencia no es necesaria para tener una relación con Dios ni para cumplir su voluntad. Si el enemigo lograba asestar ese golpe en el inicio mismo del ministerio terrenal de Cristo, garantizaría la victoria definitiva de las fuerzas del mal.

Mateo es uno de los evangelistas que registra las tentaciones, prestemos atención a su relato de la tentación. El primer ataque de Satanás fue así: «Si de veras eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en panes» (Mat. 4: 3, DHH), pero la respuesta de Jesús no se hizo esperar: «La escritura dice: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que salga de los labios de Dios”» (Mat. 4: 4, DHH). Un segundo ataque del enemigo llevó a Jesús a la santa ciudad de Jerusalén, lo subió a la parte más alta del Templo y le dijo: «Si de veras eres Hijo de Dios, tírate abajo; porque la Escritura dice: “Dios mandará a sus ángeles para que te cuiden. Te levantarán con sus manos, para que no tropieces con piedra alguna”» (Mat. 4: 6, DHH) y de nuevo Jesús responde de inmediato: «También dice la Escritura: “No pongas a prueba al Señor tu Dios”» (Mat. 4: 7, DHH).

Entonces vino el tercer ataque de Satanás: «Finalmente el diablo lo llevó a un cerro muy alto, y mostrándole todos los países del mundo y la grandeza de ellos, le dijo: “Yo te daré todo esto, si te arrodillas y me adoras”», a lo que Jesús contestó: «Vete, Satanás, porque la Escritura dice: “Adora al Señor tu Dios, y sírvele solo a él”» (Mat. 4: 8-10, DHH).

Este relato nos presenta una verdadera batalla espiritual entre dos titanes. Los movimientos son rápidos, los ataques por parte de Satanás vienen en envolturas engañosas, mientras que Jesús se atrincheró en la Palabra de Dios para repeler los ataques y triunfar sobre el diablo. ¡Cada palabra cuenta en esta lucha! Y todo para establecer si los hijos de Dios debemos alinear nuestra vida con la voluntad revelada de Dios o podemos, en oración, ayuno y meditación, escoger nuestras propias ideas o preferencias para cumplir con la voluntad divina.

Los que leemos la Biblia no siempre captamos de inmediato todas las implicaciones de esta batalla entre Jesús y Satanás, pero sin lugar a dudas tenemos aquí el ejemplo más grande e importante que nos dejó Cristo como nuestro modelo para vivir una vida de obediencia a Dios. Ese ejemplo no fue un método para ser líderes, o un plan para organizar la iglesia o alcanzar a las distintas clases sociales, fue un ejemplo para todos los que llevamos el nombre de «cristianos» y esa misma actitud de dependencia absoluta al Padre que manifestó Cristo al inicio de su ministerio terrenal la podemos ver en sus milagros, sus sermones y hasta en su muerte en la cruz. Con esto en mente te invito a analizar de forma más pausada el relato de la tentación, para descubrir en él las enseñanzas del divino Maestro con respecto a la obediencia. Al hacerlo, entenderemos mucho mejor la invitación de Cristo cuando nos dijo: «Aprendan de mí» (ver Mat. 11: 29).

LOS PROTAGONISTAS

Para entender mejor el mensaje del relato de la tentación primero hemos de fijarnos en cada uno de los personajes y tratar de entender qué persiguen y qué hay detrás de sus palabras y acciones. En primer lugar está Satanás. Necesitamos fijarnos en cómo ataca, qué palabras usa y qué significados esconden. Ya sabemos por sus nombres (Satanás y diablo) que es un engañador, acusador mentiroso y enemigo de Dios y de su pueblo. En el relato de la tentación resulta claro que el engaño satánico consistió en querer venderle la idea a nuestro Salvador de que como él había sido enviado a salvar a la humanidad, él tenía entonces que «ingeniárselas» para llevar a cabo el plan de salvación. En otras palabras, el enemigo insinuó que

se puede ser fiel a Dios siguiendo nuestras propias ideas y preferencias, especialmente si hemos estado ayunando y orando.

Si prestamos atención a cada una de las palabras de Satanás en el episodio de la tentación notaremos que él estaba tratando de convencer a Jesús de que no siempre hay que hacer las cosas exactamente como Dios dice, o sea, que hay otras formas de cumplir con Dios y que no es necesariamente desobediencia añadir o cambiar algo del plan que Dios tiene para nosotros. Por supuesto, todas estas ideas se manifestaron de forma más directa en el último ataque, donde señaló que si el Salvador se postraba y lo adoraba podría cumplir la misión que Dios le había dado de forma mucho más fácil y agradable, sin tener que morir en la cruz. En otras palabras, le sugirió que él podía darle lo mismo que su Padre le ofrecía, pero a un menor precio.

Al analizar la situación desde este punto de vista podemos saber lo que piensa Satanás de la obediencia a Dios. Resulta obvio que Satanás piensa que la obediencia depende de las circunstancias, que la obediencia a Dios no anula nuestras propias ideas y opiniones y que debemos colocar en primer lugar nuestra comodidad y seguridad y después, si se puede, hacer lo que Dios pide. Así las cosas, las tentaciones tenían un propósito mucho mayor que simplemente fabricar panes o realizar un salto suicida. La verdadera intención del enemigo era erradicar de la mente de Jesús la idea de que hemos de obedecer a Dios. El enemigo procuró quitar a Dios de su trono universal e instalarse él mismo allí.

El segundo personaje que encontramos en el desierto de la tentación es Jesús, y él también presentó lo que pensaba en cuanto a la obediencia. Analicemos sus palabras y acciones. En primer lugar Jesús acudió a la sabiduría divina revelada en la Palabra de Dios. El Maestro contestó los tres ataques del enemigo con citas textuales del libro de Deuteronomio. Las tres veces que Satanás intentó venderle sus falsas ideas sobre la obediencia a Dios, él las rechazó con palabras que venían del propio Dios, mostrándonos así que «las armas que usamos no son las del mundo, sino que son poder de Dios capaz de destruir fortalezas» (2 Cor. 10: 4, DHH); es decir, son armas espirituales con las que podemos enfrentar y derrotar a «huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efe. 6: 12).

LAS TRES RESPUESTAS DE CRISTO

Jesús contestó la primera tentación con la siguiente declaración: «No solo de pan vivirá el hombre, sino también de toda palabra que salga de los labios de Dios» (Mat. 4: 4, DHH). Mediante esta respuesta Jesús estaba diciendo: «Mi fuente para decidir qué voy a creer o qué voy a hacer no eres tú, Satanás, ni ninguna otra persona fuera de la Santa Palabra de Dios. Ese es mi fundamento y todo lo evaluaré basado en ella, porque ser obediente a Dios no es hacer lo más conveniente, lo más llamativo, lo que esté de moda o lo que otros me digan. Ser obediente es hacer lo que digan las Escrituras». De hecho, las Escrituras señalan claramente que la vida no es solo comida, es decir, no es solo estar bien o quedar bien con los demás. Lo más importante y lo primero es asegurarnos de que lo que hagamos esté alineado con las palabras que salen de la boca de Dios reveladas en la Biblia. De hecho, la *Traducción en Lenguaje Actual* rinde Mateo 4: 4 de la siguiente manera: «No solo de pan vive la gente; también necesita obedecer todo lo que Dios manda».

Como nuestro modelo de obediencia, lo primero que Jesús nos enseña es que obedecer implica conocer la Palabra de Dios y seguirla en todo momento y circunstancia. Obedecer no es hacer lo mejor que se nos ocurra, sino lo que dicen las Escrituras. Esto luce muy sencillo, pero en la práctica más de uno yerra por no conocer las Escrituras. Cuando ignoramos las palabras que salen de la boca de Dios, es fácil creerle cualquier mentira a Satanás.

Otro detalle que no podemos pasar por alto es que en el desierto, Satanás mostró que para él la Palabra de Dios no es lo primero a la hora de decidir; pero para Cristo, la Palabra está en primer lugar. Nota que el Maestro dijo: «No solo de pan...». Esta es una declaración muy rica, pues señala que para Jesús el pan era importante y necesario, pero no lo primero ni lo más importante. Jesús no ignoraba las realidades ni necesidades materiales, pero siempre las colocó en su debido lugar. Primero que lo material está lo espiritual, antes que el pan está la voluntad de Dios.

La segunda respuesta del Señor fue: «También dice la Escritura: “No pongas a prueba al Señor tu Dios”» (Mat. 4: 7, DHH). Es preciso tener en cuenta que, para la segunda tentación, Satanás citó el Salmo 91, qui-

P

ara Jesús el pan era importante y necesario, pero no lo primero ni lo más importante.

zás al darse cuenta de que Jesús citó la Biblia para contestar su primera tentación el enemigo pensó que podría combatir fuego con fuego y le señaló la oración del Salmista que dice: «Dios mandará que sus ángeles te cuiden. Te levantarán con sus manos, para que no tropieces con piedra alguna» (Sal. 91: 11-12, DHH). Pero por segunda vez el Señor acudió a la sabiduría divina y enarboló la Palabra para derrotar la forma maliciosa en que Satanás había citado la Biblia y para enseñarnos que obedecer significa confiar en la Palabra de Dios y no en ponerla a prueba. Jesús señaló con meridiana claridad que para obedecer como Dios pide, la clave no está en esperar a que Dios nos demuestre que lo que él dice es cierto, sino en confiar en que lo que él dice es verdad. Un hijo de Dios no necesita lanzarse desde una torre para comprobar si es cierto que Dios mandará sus ángeles a que lo carguen en brazos y lo salven de la muerte. Esa es una promesa de Dios para los que confían en él y no tienen necesidad de probar a Dios en cuanto a lo que él ha prometido, pues sus promesas son fieles y verdaderas (Apoc. 21: 5; 26: 6). Poner a prueba la Palabra de Dios es como decirle al Señor: «En realidad no confío en lo que dices, no tengo una garantía de que lo que dices ocurrirá o de que cumplirás lo que prometes. Si quieres mi obediencia y mi fe, demuestra que tienes palabra». ¡Pero este tipo de pensamiento constituye una grave ofensa contra Dios, su santidad y su carácter!

Deut. 6: 16 muestra que en la antigüedad Dios había prohibido a su pueblo que manifestaran semejante tipo de actitud hacia él. En Éxodo



er obedientes es hacer un compromiso de exclusividad con Dios y no permitir que nada ni nadie se interponga entre nosotros y nuestro Salvador.

17: 7 se nos cuenta que Moisés le puso por nombre «Meriba» a un lugar donde Israel quiso poner a prueba a Dios diciéndole: «Si es cierto que estás con nosotros, demuéstralo dándonos agua».

De esta segunda experiencia de Cristo frente al tentador se desprende que cuando Jesús nos dice «aprendan de mí», nos está invitando a obedecer sin intentar probar a Dios. Ser cristiano no es venir a la iglesia con la idea de ver si nos va bien, si mejoran las cosas, si se cumplen mis deseos o se llenan mis expectativas para entonces entregarme a Dios y servirle. Los hijos de Dios, como Jesús, reconocen que la Biblia no es un libro para poner a prueba a Dios, sino para probarnos a nosotros en cuanto a nuestra fe y obediencia. Cada palabra de Dios es una prueba para esa fe y obediencia. Tomar esas palabras y pretender forzar a Dios a hacer cosas que queremos o necesitamos es llegar al atrevimiento de querer ponerle una especie de trampa a Dios. Pero Dios no puede ser probado por nada ni por nadie. Él es el Soberano del universo y eso quiere decir que no hay ley que lo someta, ni autoridad a la que tenga que rendir cuentas. La soberanía de Dios convierte su Palabra en ley irrefutable y por lo tanto, la obediencia consiste en confiar en ella por fe.

Así que en las dos primeras respuestas de Cristo aprendemos de nuestro modelo de obediencia que la base para una genuina obediencia a Dios es el conocimiento de su Palabra y la fe en ella. De

esta manera queda listo el escenario para reflexionar en la última respuesta de Cristo: «Vete, Satanás, porque la Escritura dice: “Adora al Señor tu Dios, y sírvele solo a él”» (Mat. 4: 10, DHH).

Esta respuesta de Cristo parece sugerir que en este punto del relato Satanás perdió la compostura y se mostró de forma descarada. Como él sabía que Cristo había venido al mundo para rescatar a la raza humana y que al final Jesús llegaría a ser el Rey de reyes y Señor de señores se quitó la careta, ya no le dio un consejo como cuando le sugirió convertir las piedras en panes, ya no se escondió detrás de un pasaje bíblico como cuando le habló de los ángeles que vendrían a rescatarlo. Ahora se llenó de orgullo y mostró su verdadera intención. Le dijo en pocas palabras: «¿Quieres reinar sobre todos los países de este mundo? ¿Quieres tener seguidores en todos ellos? Debes saber que son míos, yo los controlo. Pero te los daré si me reconoces como tu dios y me das la adoración debida. Son míos y te los daré si me obedeces y sirves a mis propósitos». ¡Cuánta pretensión de este ángel caído ante Dios hecho hombre!

Tal vez por eso, en su última respuesta, Jesús lo llamó por su nombre. Lo desenmascaró como el único ser que ha querido usurpar el lugar y la adoración que solo le corresponden a Dios. Jesús lo llamó por su nombre para que todos los que leemos el relato podamos comprender que dondequiera que veamos algo o a alguien intentando ocupar el lugar de Dios, sin duda ahí está Satanás.

Me llama la atención que al que le dijo: «Adórame, obedéceme, sírve-me», Jesús le ordena: «Vete». En otras palabras, le dijo: «Hablas como si tuvieras autoridad sobre mí, pero yo, en el nombre de Dios y aferrado a su Palabra te derroto y te ordeno que te vayas. Tú no mandas, vete, eres solo un usurpador queriendo hacerme creer que puedes darme lo que solo mi Padre me puede dar». Y entonces por tercera vez citó la Biblia contra el enemigo, y al hacerlo no le permitió argumentar más o rebatir la sabiduría divina: «Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás» (Mat. 4: 10).

Jesús, nuestro ejemplo de obediencia, nos enseñó que en este mundo no hay dos dioses, sino solo un único y verdadero Dios. No hay dos fuentes de autoridad, hay una sola y un engañador que pretende rebatirla. Jesús no nos dejó otra opción cuando dijo: «Yo soy el camino, la

verdad y la vida, nadie viene al Padre sino es por mí» (Juan 14: 6). No hay dos caminos, dos verdades o dos posibilidades para tener acceso a la vida eterna, solo hay una y esa es Jesucristo.

Obedecer, entonces, no significa que la Biblia comparte el pedestal con mis ideas, mi experiencia, mi cultura, mis amigos y mis circunstancias. Obedecer es hacer lo que Dios diga, estar donde él quiere que esté y hacer lo que él mande. Ser obedientes es hacer un compromiso de exclusividad con Dios y no permitir que nada ni nadie se interponga entre nosotros y nuestro Salvador.

Cuando miramos a la obediencia de Cristo en la Biblia, lo que vemos no es un modelo del tipo «esto sí y aquello no». Jesús no discutió sobre el valor nutricional del pan o si la torre era un buen lugar para echarse hacia abajo, o si la lista de países que Satanás le ofreció estaba completa. Para Jesús, la obediencia no comenzaba por un acto, una decisión o una palabra. Para Jesús, la clave de la obediencia siempre era la voluntad revelada de Dios en su Palabra. Y ese Jesús es el mismo que dijo: «Ejemplo os he dado para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13: 15). Ese es el que hoy nos invita a aprender de él.

Como hijos e hijas de Dios, porque hemos de reconocer que en el fondo de cada tentación se esconde la satánica intención de hacernos dudar de nuestra condición de hijos de Dios, tú y yo hemos sido apartados como mayordomos. Administramos la vida que Dios nos ha prestado y el planeta que nos ha sido otorgado como hogar. Dado que esta es nuestra realidad, la obediencia a Dios se encuentra en el centro mismo de nuestra respuesta de amor y fe a ese Dios que es nuestro dueño y nuestro Señor.

Todavía hoy Satanás nos tienta para hacernos creer que, si somos inteligentes, estamos actualizados y contamos con acceso a la información, entonces no necesitamos la Biblia. Podemos usarla, nos susurra en el oído, pero no es necesario que todo se haga solo como Dios dice, también puedo tener «mi propio plan» y si oro y ayuno, Dios va a bendecir lo que hago aunque no esté del todo alineado con su Palabra. ¡Qué gran mentira!

Todavía hoy Satanás se nos acerca para sugerirnos que es legítimo buscar maneras más fáciles o menos costosas para hacer la voluntad

de Dios, aunque tengamos que escoger un camino diferente al que él nos ha indicado. Todavía nos insinúa que, con tal de lograr nuestras metas, se vale cualquier camino, se vale adorar o servirle a cualquiera, aunque no sea Dios.

Apreciado lector, con frecuencia corremos el riesgo de pensar que en el tema de la obediencia lo que está en juego es si vestidos de cierta manera o si no comemos de esto o aquello o devolveremos los diezmos y traeremos ofrendas generosas o si no escucharemos cierto tipo de música. La verdad es que si todo esto fuera el quid del asunto, entonces sería relativamente fácil manifestar una obediencia perfecta a Dios. Pero si nuestro ejemplo de obediencia es Cristo, entonces lo que está en juego aquí es: ¿De qué está llena nuestra mente? ¿De la Palabra de Dios o de nuestras propias ideas o los consejos de otros? Lo que está en juego es si estamos dispuestos a obedecer después de que Dios cumpla o si estamos prestos a obedecer porque Dios siempre cumple. Lo que está en juego es si somos capaces de arrodillarnos ante cualquiera y servirle a cualquiera que prometa cumplir nuestros deseos aunque hacerlo implique negar a Dios. ¡Que Dios nos ayude a vivir una vida fundamentada en su Palabra! Una vida de adoración y obediencia continua siguiendo a nuestro ejemplo: Cristo Jesús.

11

Jesús:
Nuestro
modelo de
generosidad





Porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza ustedes se hicieran ricos (2 Corintios 8: 9, DHH).



UNO DE LOS ASPECTOS más maravillosos de la Biblia es la perspectiva cuádruple que tenemos de la vida de Jesús cuando se la considera a la luz de los Evangelios. Cada uno de los autores presenta una perspectiva distinta y a la vez iluminadora de la vida de Jesucristo. Los estudiosos que han analizado y comparado los Evangelios sugieren que Mateo, por ejemplo, se nota primariamente interesado en demostrar a una audiencia evidentemente judía que Jesús es el Mesías de las profecías y que en él se cumplen las promesas hechas a Abraham y David en el Antiguo Testamento. Marcos, por otro lado, parece mostrarnos a un Jesús de acción y también sufriente. Lucas nos presenta a Jesús como el Salvador de toda la humanidad, además de resaltar su compasión por los enfermos y marginados sociales. Por último, los expertos sugieren que Juan dedica su evangelio a poner de manifiesto la divinidad de Jesús.

Ahora bien, el hecho de que cada Evangelio resalte un aspecto distinto de Cristo no significa que dicho énfasis sea lo único que hallamos al leer determinado Evangelio,

sino que cada evangelista nos muestra la vida del Maestro bajo una luz distinta que nos permite sacarle el máximo provecho al estudio de la obra de Jesús, todo con el objetivo de contestar a la pregunta: ¿Qué es lo que debemos aprender de la vida de Cristo para imitarlo?

Así las cosas, quisiera invitarte a considerar en este capítulo el Evangelio de Lucas, ya que uno de los subtemas que el doctor Lucas presenta en su Evangelio es el de la generosidad de Jesús. En Lucas, Jesús brilla por su amabilidad, bondad y sobre todo su generosidad hacia todos. El propio Jesús hace su entrada magistral como maestro en Lucas 4: 16-21; según el relato de Lucas, Jesús se presentó como el cumplimiento de la profecía de Isaías 61: 1-2: el portador de las buenas noticias para los pobres, de libertad para los encarcelados, el que lleva vista a los que no pueden ver y liberación a los que están en esclavitud.

El hecho de que Lucas era médico quizás lo hacía más sensible al ministerio misericordioso de Jesús. Imagino que Lucas sintió una gran admiración al saber que Jesús tocaba a los leprosos, levantaba a los paralíticos y expulsaba los demonios que atormentaban a las personas. Es por eso que Lucas no puede dejar de mostrar a Jesús curando flujos de sangre, devolviendo la vista a los ciegos, sanando la hidropesía en un hombre y hasta resucitando una niña. Lucas presenta a Jesús como alguien dedicado a dar sin esperar recibir nada a cambio, como alguien que daba más que simplemente cosas materiales, que también ofrecía ayuda espiritual a aquellos que la necesitaban y que terminó dando su propia vida en un gesto infinito de altruismo y solidaridad divinas. Si tenemos que escoger una palabra para describir todo esto, creo que la más apropiada sería: **Generosidad**.

Además de Lucas, Pablo también muestra un interés especial y una gran admiración por la generosidad de Cristo y sus implicaciones para nosotros como sus seguidores. De hecho, Pablo señala en 2 Corintios 8: 9 que Jesús era admirado por todos sus seguidores por su bondad, y que dicha bondad era el mayor incentivo para que ellos también manifestaran esa cualidad en sus vidas: «Porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza ustedes se hicieran ricos» (2 Cor. 8: 9, DHH).

Pablo entendía que toda la vida y obra de Cristo era una gran demostración de generosidad en favor del ser humano y así quería que todos lo entendieran. Él, siendo rico, es decir, siendo el dueño y Señor del universo, aceptó convertirse en uno de nosotros y vivir con todas las precariedades que implica ser un ser humano. El que verdaderamente era rico se hizo pobre, tanto así que Lucas registra las siguientes palabras de Cristo: «Las zorras tienen cuevas y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (Luc. 9: 57-58, DHH). No obstante, el mismo que reconoció que no poseía nada en esta tierra se dedicó a hacer el bien por medio de la predicación, la enseñanza y el ministerio de sanidad hacia los enfermos y vulnerables. ¡Jesús fue sin duda la generosidad convertida en ser humano! Nadie, nunca, ni en tiempos de Cristo ni posteriormente ha superado la generosidad manifestada por el Maestro de Galilea. Jesús demostró solidaridad y bondad a todo tipo de personas sin importar su nacionalidad, sexo, condición social, física, emocional o espiritual.

Ahora bien, una cosa es considerar la generosidad de Cristo y otra muy distinta es entender las implicaciones de dicha generosidad. De nuevo recurriremos a Pablo para comprender las implicaciones teológicas de la generosidad de Cristo: «Que haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios el Padre» (Fil. 2: 5-11 RVC).

No cabe duda de que Filipenses 2: 5-11 es uno de los pasajes más ricos de todo el Nuevo Testamento, un pasaje que despliega ante nosotros las grandes verdades de la divinidad de Cristo, su encarnación y su obra salvífica. Con esto en mente, analicemos y reflexionemos en este pasaje y su significado para tratar de entender qué quiere decirnos la Biblia cuando habla de la gracia o generosidad de Jesús hacia nosotros. Además, notaremos que Pablo realiza una declaración teológica muy



os seres humanos
somos siervos o siervos,
no hay otra posibilidad
para nosotros.
○ le servimos a Dios
o le servimos a Satanás.

profunda pero con propósitos muy prácticos que resultaron relevantes para una iglesia que batallaba con actitudes egoístas y luchas de poder. Esta realidad hace que Filipenses 2: 5-11 cobre mayor importancia para la sociedad del siglo XXI que prefiere el individualismo y el egoísmo en lugar del altruismo o la generosidad.

LA GENEROSIDAD DE LA ENCARNACIÓN

Frente al insondable misterio de la encarnación de Cristo lo único que podemos hacer es rendirnos ante el amor y la majestad de Aquel que estuvo dispuesto a hacer semejante sacrificio por nosotros. De hecho, cuando consideramos la encarnación, notamos que la generosidad de Cristo no se manifestó mediante una transacción financiera sino que alcanzó su máxima expresión en el hecho de que Cristo estuvo dispuesto a olvidarse de sí mismo, a renunciar a sus prerrogativas y «despojarse» de su estatus, no por alguna ganancia personal, sino para beneficiarnos a ti y a mí.

Cristo no fue un buen hombre que se sacrificó para ayudar a otros seres humanos. No fue alguien que tenía mucho y dio algo para que otros tuvieran. Él no fue una persona muy espiritual y religiosa que, con su corazón lleno del amor de Dios, se entregó en cuerpo y alma a una obra de amor. Todo lo anterior resultaría admirable si se dijera de cualquiera de nosotros, pero el caso de Cristo trasciende todo esto. ¡Pero Jesús es

Dios! Él no era alguien que tenía mucho y dio una parte, él es el dueño de todo el universo y se dio a sí mismo por completo para salvarnos, Jesús no *ayudó* al prójimo, él se convirtió en nuestro prójimo y nos salvó.

Para nosotros, mostrar generosidad no es complicado, en primer lugar porque sabemos cómo ayudar a los demás, si queremos. Además, podemos ser generosos con tan solo ayudar un poco. No tenemos que dejar de ser lo que somos ni renunciar a todo lo que tenemos. Con un poquito de fe en Dios y de amor por él podemos hacer mucho bien a otros. Pero el caso de Cristo es muy diferente, pues para poder mostrar generosidad por nosotros primero tuvo que hacerse como nosotros, y para eso tuvo que «despojarse», o más bien «vaciar» de sí mismo. En su caso no era suficiente dar un poco de lo que tenía, él tuvo que darlo todo y lo hizo movido por su propia naturaleza amorosa. Por eso Jesús es nuestro ejemplo de generosidad, porque su amor y bondad lo llevaron a despojarse y darse a sí mismo.

Cuando consideramos a Jesús desde esta perspectiva notamos que su generosidad no solo se manifiesta cuando nos sana de alguna enfermedad o provee alimentos para nuestra mesa o nos ayuda a obtener algo de dinero. Aunque todo esto sin duda forma parte de la provisión generosa de nuestro Salvador, son asuntos en los que también pueden ayudarnos un buen médico o una persona que tenga dinero. Más allá de lo material, y por lo tanto temporal, la Biblia procura hacernos entender que Jesús no solo *muestra* generosidad hacia nosotros, sino que el personifica la generosidad misma, y eso es mucho más grande e importante que conseguir lo que queremos en un momento dado. Esto quiere decir que la esencia de Cristo es ser generoso con sus criaturas. Él es un ser absolutamente libre de egoísmo y orgullo, que son la esencia del pecado.

Por eso Pablo dice que él, «siendo igual a Dios», no se aferró a esa realidad con todos sus derechos. No se aferró a su lugar como parte de la Deidad, sino que estuvo de acuerdo en ocupar un lugar mucho más rebajado que el suyo, aceptó ser tratado como no merecía para que nosotros pudiéramos tener la posibilidad de reconciliarnos con Dios y ocupar de nuevo el lugar que perdimos cuando nos rebelamos contra el Creador.

Cuando hablamos de Cristo y su actitud abnegada no podemos evitar fijarnos también en Lucifer, el ángel de mayor rango en el cielo y que se convirtió en Satanás porque no estuvo dispuesto a reconocer y aceptar el lugar que le correspondía, llevando a cabo un burdo intento de usurpar el lugar del propio Dios. Lo mismo pasó con nuestros primeros padres. Cuando salieron de las manos de Dios eran criaturas perfectas. Pero de esa posición inmejorable, los seres humanos hemos llegado a convertirnos en pecadores, rebeldes contra Dios y cada vez más depravados y malvados. Y todo comenzó cuando Adán y Eva intentaron «ser su propio dios».

Lo que hizo Satanás y luego nuestros primeros padres incitados por él, tiene un solo nombre: **Egoísmo**, es decir, escogimos vivir pensando solo en nosotros y creyendo que todo lo demás, incluyendo a Dios, debe girar en torno a nuestros deseos y preferencias. El egoísmo viene del **orgullo**, que nos lleva a creer que somos lo que no somos y que tenemos un lugar que en realidad no tenemos y unos derechos que no nos han sido dados ni hemos ganado. En otras palabras, el orgullo nos desnaturaliza y nos corrompe.

Pero Jesús, que no necesitaba usurpar el lugar de Dios porque él es Dios, no se rebeló, no se aferró a su posición privilegiada, sino que estuvo dispuesto a aceptar un lugar mucho más bajo del que le correspondía («siendo rico se hizo pobre», dice Pablo) y aceptó someterse en obediencia a la voluntad de Dios hasta el final de su existencia terrenal.

Lo que Jesús hizo es el ejemplo máximo de **generosidad**, pues nos puso a nosotros en primer lugar. Él entregó su riqueza para que nos fuera dada a nosotros y aceptó nuestra pobreza como suya. Él se humilló, se despojó a sí mismo y todo eso lo hizo para hacer posible nuestra redención.

Satanás y los seres humanos con todo nuestro orgullo y egoísmo solo hemos obtenido condenación y muerte. Pero Jesús, mediante la generosidad y humildad, obtuvo un nombre que está por encima de todos los demás nombres. El que no hizo guerra para exigir que lo trataran como a Dios, por su generosidad verá el día en que toda lengua lo alabará y toda rodilla se doblará delante de él. El que nunca intentó sentarse en el trono de Dios, que le pertenece por derecho, verá el día en que todos lo reconocerán como Señor y Dios justo.

LA GENEROSIDAD SE MANIFIESTA MEDIANTE LA OBEDIENCIA

Pablo desarrolla un argumento muy significativo cuando dice que Jesús, siendo igual a Dios, no se aferró a ese estatus sino que «se despojó» a sí mismo; es decir, que él voluntariamente aceptó vivir una experiencia durante la cual no se valdría de sus prerrogativas divinas. Pablo continúa diciendo que Jesús tomó «forma de siervo», haciéndose semejante a los seres humanos. Este comentario de Pablo no solo muestra el gran sacrificio que Cristo hizo por nosotros, sino que también habla de la realidad del ser humano.

Filipenses 2: 5-11 nos dice que los seres humanos, bíblicamente hablando, somos siervos. Otra palabra para describir nuestra realidad es que somos «esclavos». Es algo que muchos, muchísimos, no saben, no entienden bien o simplemente no lo aceptan, pero es nuestra realidad. Los seres humanos somos siervos o siervos, no hay otra posibilidad para nosotros. O le servimos a Dios o le servimos a Satanás. O alineamos nuestra vida con la voluntad de Dios o la alineamos con la voluntad de Satanás. O usamos nuestro cuerpo, tiempo y talentos en formas que glorifiquen a Dios o los hacemos en formas que muestren que servimos a otro poder. O ponemos nuestros recursos en la tesorería de Dios, o van a parar en la tesorería de Satanás. Esos son los dos grandes poderes que se disputan el control de cada ser humano: Dios y Satanás, el bien y el mal. Y todos somos siervos de uno de ellos, incluso si no lo reconocemos o pretendemos vivir de espaldas a dicha realidad.

Así que al decidir a quién serviremos hemos de reconocer que no es posible servir a ambos poderes al mismo tiempo (ver Mat. 6: 24), como tampoco podemos escapar a algún espacio donde vivamos libres de uno de ellos (Mat. 12: 30). Ignorar esta realidad espiritual es vivir una mentira que nos expone a caer bajo el control del poder equivocado.

Esa es la razón por la que Pablo le dice a los creyentes de Filipos, que trataban cada uno de buscar su propio interés, que en lugar de tener esa actitud contenciosa imitaran la actitud de Cristo Jesús, que siendo Dios mostró humildad sometiéndose al Padre.

No siempre que pensamos en Jesús y la salvación que obtuvo para nosotros reflexionamos en la forma en que él logró dicha salvación. Es

por eso que Pablo nos ayuda a entender que Jesús nos salvó no solo muriendo en la cruz y resucitando al tercer día, aunque ese sin duda fue el acto cumbre que selló todo el proceso, sino que nuestra salvación comenzó con la humillación de Cristo. Si Jesús no se humilla y acepta renunciar a sus prerrogativas divinas y convertirse en uno de nosotros, lo que pasó en la cruz nunca hubiese llegado a ocurrir. Si bien es cierto que la cruz es la fotografía más clara que tenemos de la generosidad de Jesús, también es cierto que la cruz es el resultado de una vida de abnegación y humillación. Es por eso que para Pablo la humildad de Cristo es la fuente de su generosidad.

Esto significa que no hay otra forma en la que tú y yo podemos dejar de estar bajo la servidumbre del pecado que no sea convirtiéndonos en siervos de Dios, como lo hizo Jesús. La Biblia dice que, llegado el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gál. 4: 4). Las Escrituras presentan un interesante equilibrio: Jesús «vino» (Mat. 5: 17; 9: 13; 10: 34; Mar. 1: 38; Juan 5: 43; 8: 14; 9: 39), pero Jesús y el resto de los autores declaran que él fue enviado (Juan 4: 34; 5: 30, 36-37). Fue el Padre que entregó a su Hijo a la humanidad (Juan 3: 16). Fue el Padre el que le dijo a su Hijo lo que tenía que decir y enseñar (Juan 8: 28). Fue el Padre quien decidió el momento cuando Jesús tenía que ir a la cruz (Mat. 26: 39, 42). Fue el Padre el que decidió que Jesús tenía que pasar por ese momento solo (Mat. 27: 46; Isa. 63: 2-3). Fue el Padre que lo resucitó (Hech. 2: 32; 5: 30; Rom. 8: 11; Gál. 1: 1). Fue el Padre que aceptó su sacrificio por nosotros y le dio el exaltado nombre que tiene Jesús ahora (Fil. 2: 5-11). En otras palabras, todo lo que Cristo ganó para nosotros, lo ganó humillándose y sometándose a la voluntad de su Padre. Y justamente esa es la única manera en que un ser humano puede agradar a Dios. Hemos de tomar la decisión de rendirnos a su voluntad. Es por esto que Jesús nos dice: «Aprendan de mí».

Pero todavía hay más, porque en el caso de Jesús, él no solo mostró su generosidad al humillarse, sino que estando en la condición de ser humano, que de por sí implicaba humillación para el Dios eterno, se humilló a sí mismo mediante la obediencia y mantuvo esa actitud hasta su propia muerte.



a generosidad de Jesús es ilimitada. Él no fue generoso *una vez* y para siempre, él sigue siendo generoso con nosotros todos los días y a cada momento

Por eso lo que Pablo dice en estos versículos debe considerarse entre las principales declaraciones bíblicas sobre Cristo y su obra en nuestro favor. El mensaje que Pablo intenta transmitir en su Carta a los Filipenses es que la generosidad de Cristo no solo fue un asunto puntual, aunque alcanzó su máxima demostración en la cruz, sino que la actitud de generosidad de Jesús es eterna, no tiene principio ni fin, ya que desde antes de la fundación del mundo él aceptó humillarse por amor a nosotros. Siendo Dios aceptó convertirse en siervo. Y ya rebajado a la condición de siervo, se humilló todavía más, haciéndose obediente a la voluntad de su Padre hasta la muerte. La generosidad de Jesús es ilimitada. Él no fue generoso *una vez* y para siempre, él sigue siendo generoso con nosotros todos los días y a cada momento (Lam. 3: 22-23).

Por eso Pablo fue tan insistente en que comprendiéramos la idea de que la generosidad de Cristo es la base sobre la que descansa todo el plan de salvación. Hemos de entender qué significó la generosidad de Jesús para poder apreciar mejor lo que él hizo y lo que él es para nosotros. Hemos de reflexionar en la generosidad de Cristo y en los resultados de dicha generosidad para aprender a vivir de acuerdo con su ejemplo y de esa manera cumplir con la voluntad revelada de Dios.

Cuando entendamos la generosidad de Cristo nos daremos cuenta de que lo que Dios espera y pide de nosotros no es que muramos crucificados sobre una cruz, porque eso solo tuvo sentido cuando el que

estaba sobre la cruz era Jesús, el Hijo de Dios. Lo que Dios sí nos pide es que crucifiquemos nuestro «yo» junto con Cristo (Gál. 2: 20). Esto significa que, motivados por la misma generosidad que impulsó a Cristo, entendamos que el camino que nos lleva hacia arriba comienza yendo hacia abajo. La Biblia dice que «el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mat. 23: 12). Cuando Dios nos pide que nos humillemos bajo su voluntad lo que nos está diciendo es que el camino más seguro consiste en obedecer su voluntad, en dejar de vivir como si fuéramos dioses y aceptemos el señorío y el gobierno de Dios en todos los aspectos de nuestra vida.

Jesús te dice hoy: «Aprende de mí, que soy generoso. Aprende a ser humilde delante de Dios, no intentes tomar el control, deja que Dios sea quien gobierne tu vida. No intentes trazar el camino, reconoce que él es el camino. No creas que puedes inventar tu propia verdad, admite que Dios es la verdad».

Esa fue la clave del triunfo de Cristo, él se olvidó de sí mismo, de lo que era y le correspondía, se hizo siervo y aprendió por medio de la obediencia (Heb. 5: 8) a vivir como siervo, dejando que el Padre lo dirigiera todo. Hoy, el nombre de Jesús está por encima de todo otro nombre, hoy él es fuente de salvación para todo el que desee ser salvo y hoy el Padre lo ama porque dio su vida por amor a ti y a mí (Juan 10: 17).

La pregunta que ahora surge ante nosotros es: ¿Cómo lo haremos? ¿Cómo manifestaremos la generosidad de Cristo? ¿Cómo puedo yo ser verdaderamente un siervo de Dios, sujeto a su voluntad? Tal vez podemos comenzar contestando la principal de las preguntas: ¿Quién gobierna mi vida? Y si queremos ir más allá entonces hemos de considerar los siguientes interrogantes:

1. ¿Soy humilde delante de Dios en el cuidado de mi cuerpo? ¿Lo glorifico al comer, beber, vestirme, trabajar, descansar o recrearme? ¿Dice la forma en que se ve y trato mi cuerpo que Dios gobierna mi vida?
2. ¿Soy humilde delante de Dios en el manejo de mi tiempo? ¿Son todos los días iguales para mí o realmente puedo decir que el sábado es diferente? ¿Alguien que ve cómo uso mi tiempo diría

que lo aprovecho lo mejor posible y que trato de agradar a Dios en este ámbito de mi vida?

3. ¿Soy humilde delante de Dios en la forma en que obtengo y gasto el dinero? ¿Puedo pedir que la bendición de Dios repose en la forma en que me gana el dinero? ¿Mi uso del dinero dice que Dios es el dueño de ese dinero o dice que soy yo? ¿Devuelvo el diezmo? ¿Soy generoso dando ofrendas para Dios? ¿Diezmo y ofrendo porque soy adventista o porque he tomado la decisión de obedecer a Dios en todo lo que él pida de mí?
4. ¿Soy humilde delante de Dios en la forma como empleo mis talentos y habilidades? ¿Veo mi profesión, mis conocimientos y mis habilidades, como algo que me pertenece o como algo que Dios me otorgó? ¿Estoy tan ocupado sacando provecho a mis habilidades que no tengo tiempo para ponerlas al servicio de Dios y de su iglesia? ¿Soy una bendición para otros o simplemente les presumo de mis bendiciones sin que ellos reciban nada de mí?

Estas preguntas dicen mucho acerca de si hemos aprendido de la generosidad de Jesús. Los asuntos implícitos en estas preguntas son la clase de cosas que dicen de qué lado de la raya estamos, a quién servimos y cuál es la actitud que nos caracteriza. Es por eso que todavía hoy el mensaje de Pablo resuena fuerte y claro en cada iglesia, en cada hogar y en la mente de cada cristiano: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil. 2: 5). Necesitamos escuchar una vez más la invitación de nuestro amado Salvador: «Aprendan de mí» (Mat. 11: 29). Que Dios nos ayude a ser generosos como Jesús.

12

Jesús:
Nuestro
modelo
de servicio





¿Cuál es mayor,
el que se sienta a la mesa
o el que sirve?
¿No es el que se sienta
a la mesa? Pero yo
estoy entre vosotros
como el que sirve
(Lucas 22: 27).



LA HISTORIA de la humanidad cuenta con excelentes ejemplos de servicio desinteresado, quizás creciste escuchando las historias de Diana de Gales y Teresa de Calcuta, por citar solo dos ejemplos famosos del siglo XX; sin embargo, debemos reconocer que nadie en este planeta ha superado la vida de servicio de Jesús, el Hijo de Dios. Es por eso que cualquier lista que elaboremos para descubrir qué hemos de aprender de la vida de Cristo para imitarlo estaría inconclusa sin su ejemplo supremo de servicio. Afortunadamente, en las Sagradas Escrituras tenemos suficiente información acerca de este aspecto de la vida del Mesías, así que podemos tener una idea clara de lo que significa servir a Dios y al prójimo desde la perspectiva del Nazareno.

A manera de continuación de lo que aprendimos en el capítulo anterior, tal vez debamos fijarnos de nuevo en Filipenses 2: 5-7: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la

forma de siervo y se hizo semejante a los hombres». Según este pasaje, para Cristo, servir no era una responsabilidad ni una estrategia para ganar amigos o seguidores. El servicio era una cualidad innata del Maestro, la esencia misma de su humanidad. Por eso siempre estuvo sirviendo, independientemente de la actividad que estuviera realizando en el momento.

NACIDO PARA SERVIR

En los Evangelios hay varias declaraciones del propio Cristo que nos ayudan a entender la mentalidad orientada al servicio que primaba en Jesús. En Marcos 10: 45 él dijo: «Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos». En otra ocasión hizo reflexionar a sus discípulos con estas palabras: «¿Cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Luc. 22: 27).

De estos dos pasajes podemos colegir que para Jesús, su misión consistía en servir y que el servicio implica grandeza. Aunque resulta contraproducente, hemos de admitir que hoy en día el servicio no siempre genera gozo en quienes lo prestan; mientras que otros sirven siempre y cuando el servicio les sirva para un propósito ulterior, explícito o no tan evidente. De hecho, hay quienes sirven porque están obligados y si pudieran esquivar dicha «carga» lo harían sin pensarlo dos veces. Y todo esto pasa porque no es lo mismo servir que ser un siervo de corazón.

Ahora bien, Jesús no solo asumió el título de «siervo», sino que se comportó como tal. En este sentido, la experiencia más aleccionadora para sus discípulos la encontramos en el capítulo 13 del Evangelio de Juan: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasara de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote hijo de Simón que lo entregara, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios y a Dios iba, se levantó de la cena, se quitó su manto y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de

N

o es lo mismo
servir que ser
un siervo de corazón.

los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido. Cuando llegó a Simón Pedro, este le dijo: “Señor, ¿tú me lavarás los pies?”. Respondió Jesús y le dijo: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después”. Pedro le dijo: “No me lavarás los pies jamás”. Jesús le respondió: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Le dijo Simón Pedro: “Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza”. Jesús le dijo: “El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos”. Él sabía quién lo iba a entregar; por eso dijo: “No estáis limpios todos”. Así que, después que les lavó los pies, tomó su manto, volvió a la mesa y les dijo: “¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros, porque ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis”» (Juan 13: 1-15). De este relato se desprenden varias lecciones, una de las más importantes es que donde Jesús está no tienen cabida el orgullo, el afán por el poder o prestigio, ni la competencia por tratar de ser el de mayor rango.

LA GRANDEZA DEL SERVICIO

Uno de los detalles que no podemos pasar por alto es que el relato de Juan pone de manifiesto que ninguno de los discípulos estuvo dispuesto a tomar el lugar de siervo y lavar los pies de los demás. Este detalle resulta relevante cuando tomamos en cuenta que, según

los Evangelios, los discípulos discutían frecuentemente para ver cuál de ellos sería el mayor. Así que resulta lógico suponer que ninguno de ellos quiso que los demás lo identificaran como el «siervo» del grupo, porque en la mentalidad de los discípulos eso implicaba aceptar el lugar más bajo según los parámetros sociales de la época.

Así las cosas, debió ser muy chocante para los discípulos ver a Jesús levantarse, quitarse el manto, ceñirse la toalla y comenzar a lavar y secar los pies de todos ellos. Pero quizás lo más sorprendente es que el Maestro no los recriminó por no haber estado dispuestos a hacer el trabajo reservado para los siervos; sino que, mediante el ejemplo, derribó ante sus ojos el mundo de fantasía basado en el poder y la posición que existía en la mente de los discípulos.

Aquella noche en el aposento alto Jesús enseñó que vivir una relación de amor con él implica aceptar el servicio como un estilo de vida. Demostró con sus acciones que para él, la grandeza era sinónimo del servicio abnegado y alegre en favor de los demás, que la dignidad era inherente a un corazón dispuesto a entregarse en amor y servicio y que la única y la más grande posición que tenía disponible para sus seguidores era la de siervos. Antes de la Última Cena, los discípulos concebían el ministerio como una actividad marcada por el egoísmo y caracterizada por una búsqueda a cualquier precio de la preeminencia. Pero Jesús, en la última noche que compartió con ellos antes de su crucifixión, los desafió con un modelo de ministerio basado en el servicio. Él los visualizó como un grupo de personas con una genuina disposición de hacer todo a su alcance para ayudar a otras personas, sin importar qué tan humilde fuese la tarea requerida para lograrlo.

Cada cristiano debiera meditar en el hecho de que Jesús dedicó su última reunión con los apóstoles a recordarles que él no había venido para ser servido sino para servir, que él no había venido a exigir el lugar más alto, sino a darlo todo para que los demás fuesen elevados hasta Dios y la salvación. Jesús dignificó el servicio y lo elevó a la posición más alta y deseable para los que quieren vivir vidas que marquen la diferencia. Sin lugar a dudas, el recuerdo de aquella noche quedaría impreso para siempre en la mente de los discípulos y sería una motiva-

ción inextinguible para lo que ocurrió con ellos después de la resurrección de Cristo.

LA BASE DEL SERVICIO

Cuando profundizamos en las razones por las que Cristo tomó la decisión de servir a la humanidad notamos que el espíritu de servicio de Cristo tiene como fundamento el amor a Dios y a los seres humanos. Cuando el Maestro servía a las personas las valoraba y reconocía su dignidad. Por eso lavó los pies de sus discípulos, para mostrarles que eran dignos. Por supuesto, reconocer la dignidad de sus discípulos no afectó en nada la posición de Cristo, al finalizar el lavamiento de los pies él siguió siendo el Maestro y Señor de ellos y lo reconoció cuando les dijo: «Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy». Al finalizar el episodio Jesús no solo había afirmado su autoridad como Maestro y Señor sino que se había ganado el respeto y la admiración de los apóstoles, ¡y todo por el servicio!

Al lavar los pies de los discípulos, Jesús hizo añicos la idea de que para ser grande tienes que dejar que otros te sirvan. Por supuesto, Jesús estaba al tanto de que este concepto no solo estaba en la mente de sus discípulos sino que era una idea bien establecida en la sociedad de entonces... y que continúa hoy en día. Es por esa razón que hemos de considerar la siguiente declaración como parte fundamental de lo que ocurrió en el aposento alto: «Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos» (Mar. 10: 42-44).

Jesús mostró con su ejemplo de servicio que cuando uno ama a Dios y a las personas, el resultado natural será el deseo de ayudar y bendecir a otros. Por eso, una posición de autoridad jamás será una excusa válida para dejar de servir ni una justificación para servirnos de ellas. Por el contrario, el amor nos lleva a servir con humildad y alegría desde la posición en que nos encontremos. De ahí que Jesús dijo enfáticamente: «Pero no será así entre vosotros» (Mar. 10: 43). En otras palabras, Cristo prohibió que en su causa se trate de tener el control de los demás o que



a muerte de Cristo fue el mayor servicio prestado alguna vez a la humanidad.

se busquen formas de recibir más reconocimiento que los demás. Estas son actitudes contrarias al ejemplo dado por Cristo y que él pide que sus seguidores descarten.

Así que Jesús tiene, sin lugar a dudas, toda la autoridad moral para decirnos: «Aprendan de mí e imiten mi vida de servicio». Él no solo nos pide que estemos dispuestos para servir en todo lugar y en todo tiempo, sino que también nos enseñó que debemos servir como él lo hizo: con el ejemplo, con humildad, con sencillez y con alegría. Cuando Jesús anduvo en la tierra sirvió al pobre, al rico, al ignorante, a los entendidos, a hombres, mujeres y niños, al pecador, al despreciado y al religioso. Enseñó el evangelio a todos los que quisieron oírlo, alimentó a la gente hambrienta que iba a escucharlo, sanó a los enfermos sin importar su nacionalidad, religión o estatus social. Ayudó siempre y a cualquier hora, porque él hizo del servicio a los demás su ministerio, porque su ministerio era servir, no ser servido.

El libro *El camino a Cristo* describe la vida del Maestro con estas palabras: «La vida terrenal del Salvador no fue una vida de comodidad y dedicación a sí mismo, sino de acción persistente, fervorosa e infatigable en favor de la salvación de la perdida humanidad. Desde el pesebre hasta el Calvario siguió la senda de la abnegación y no buscó librarse de tareas fatigosas ni de las incomodidades de los viajes, ni tampoco de la dureza del trabajo ni de las preocupaciones» (p. 115).

EL SERVICIO EN RETROSPECTIVA

Cuando Jesús, reunido con sus discípulos en el aposento alto, se ciñó la toalla, tomó la palangana y lavó los pies de todos ellos, no solo resolvió el inconveniente causado por la ausencia de un siervo que hiciera ese trabajo, sino que aquella noche él elevó el servicio a una especie de realeza que deben alcanzar todos los que quieran ser parte de su reino. Mientras los discípulos estaban absortos en sus discusiones sobre quién tendría más prestigio, el Maestro los dejó sin palabras diciéndoles: «Aquí las cosas no serán así. Eso pasa fuera de este círculo, pero aquí será diferente. Y como ustedes solo están acostumbrados a pensar como se piensa y actúa allá afuera, les he dado ejemplo, para que como yo he hecho, ustedes también hagan».

¡Qué avergonzados deben haberse sentido al ver a su Maestro haciendo lo que ellos pensaban que era degradante! Con razón Pedro trató de «corregir» esa «vergüenza» al negarse a que Cristo le lavara pies. Así siempre ha sido entre nosotros, no nos gustan los que con sus virtudes muestran nuestros defectos, los que con su humildad muestran nuestro orgullo y arrogancia. Pero Jesús le hizo ver a Pedro que no era necesario ocultar la humildad de Cristo por motivos de «vergüenza». Por eso le dijo «si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo», es decir, «si no te ayudo a entender esta lección, el daño será mayor, vas a inhabilitarte para el reino». Y acto seguido el Maestro agregó: «Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después» (Juan 13: 7).

Jesús sabía que sus discípulos no entendían adecuadamente su obra ni su misión. Tenían la idea de que Jesús era el rey que había venido para restaurar el dominio judío sobre las demás naciones. Es por eso que se preparaban para ocupar el lugar más aventajado en semejante escenario. Por eso era frustrante para Pedro ver al rey que lo haría grande, ceñido con una toalla y lavando los pies de otros. Y esa visión distorsionada de Cristo y su obra fue lo que hizo que se desilusionaran totalmente cuando lo vieron clavado en la cruz. Si verlo lavando pies ya les hacía sospechar que algo andaba mal con sus expectativas, verlo en la cruz los convenció de que todo había sido un «fracaso». Por eso Jesús le dijo: «Lo entenderás después». Ese «después» sería la resurrección cuando ellos, por fin, con el entendimiento abierto por el

Espíritu Santo se dieran cuenta de que la muerte en el Calvario en realidad había sido la victoria sobre el pecado, que la cruz era necesaria dentro del gran plan de salvación de Dios y que fue en aquella cruz que Cristo conquistó un nombre sobre todo nombre y se convirtió en la eterna fuente de salvación para la humanidad (Luc. 24: 46-48).

Fue solo después de la resurrección que los discípulos entendieron que la muerte de Cristo fue el mayor servicio prestado alguna vez a la humanidad. Que él nunca debió morir, porque no tenía nada que pagar. Entonces los discípulos comprendieron que todo se trató de servir a otros, de ayudar a otros, de salvar a otros. Entonces entendieron que la cruz era la salvación y el trono desde el cual Cristo reina sobre las almas de aquellos que conquistó con su amor y redimió con su sangre. Fue entonces cuando entendieron la imagen de Cristo ceñido con una toalla y con una palangana entre manos, lavando los sucios pies de sus discípulos. Solo al contemplar la cruz vacía y al Cristo resucitado entendemos que la obra de Dios es siempre una obra de amor que demanda humildad, sacrificio y entrega.

Cuando los discípulos entendieron que en el reino de Cristo el servicio es la marca de la verdadera grandeza, entonces experimentaron una transformación en sus vidas. El libro de Hechos muestra una iglesia viva, que servía a la comunidad y que no escatimaba esfuerzos en la predicación del evangelio. Es por eso que todavía hoy, más de dos mil años después, los seguidores de Cristo necesitamos escuchar con atención la voz del Maestro diciéndonos: «Aprendan de mí a servir y no a ser servidos».

Todo verdadero discípulo de Cristo es reconocido por los demás como siervo, Pablo incluso lo menciona en 1 Corintios: «Así, pues, tengamos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor. 4: 1). Así que todos los que hemos tomado la decisión de seguir a Cristo hemos de estar dispuestos a servirle independientemente de nuestra posición social o económica. El Señor Jesús nunca hizo esa clase de excepciones o distinciones, al contrario, cuando una señora vino a él solicitando privilegios y honra para sus hijos, Jesús fue muy enfático al responderle lo siguiente: «Entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vues-

tro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro sirvo» (Mat. 20: 26-27). No sé si la señora de Zebedeo aprendió la lección, pero sus dos hijos definitivamente la aprendieron.

UNA IGLESIA DE SIERVOS

Para este punto no deben quedarnos dudas. Nadie, absolutamente nadie debe venir a la iglesia buscando posiciones de autoridad para desde esa posición tratar de tener prestigio y poder sobre otros. Jesús, el dueño y Señor del universo, no vino del cielo a humillarnos, sino que él se humilló para salvarnos. Él no vino a controlarnos e imponer su poder sobre nosotros, sino que vino a rescatarnos y darnos libertad y a ofrecernos el poder de Dios para vencer al maligno y sus tentaciones.

Con esto en mente todo miembro de la iglesia de Cristo debiera formularse y contestar con sinceridad las siguientes dos preguntas:

- ❖ ¿De qué formas estoy sirviendo a Cristo en mi vida?
- ❖ ¿La iglesia es un lugar a donde vengo a buscar para mí, o donde vengo a ofrecer mi servicio para Dios y para mi prójimo?

Hay una gran diferencia entre «envejecer» en el seno de la iglesia y «crecer» en la gracia de Cristo. Elena G. de White escribió que «el único modo de crecer en la gracia consiste en cumplir desinteresadamente con la misión que Cristo encomendó: dedicarnos, en la medida de nuestras posibilidades, a prestar ayuda y apoyo a quienes lo necesiten» (*El camino a Cristo*, pp. 118-119).

Una de las razones por las que Cristo nos pide que seamos siervos es porque de esa manera las bendiciones de Dios se multiplican en favor de los demás. Dios ha diseñado su obra de forma que, aunque él es la cabeza y va al frente, a menudo él utiliza instrumentos como nosotros para llevar a cabo su obra. Así que mientras más personas estén sirviendo desinteresadamente, más canales existirán por medio de los cuales el poder de Dios se derramará en favor de los demás.

Otra de las grandes bendiciones que recibimos al servir es la edificación del carácter. Elena G. de White también escribió que «toda labor altruista en favor de otros da al carácter profundidad, firmeza y una afabilidad como la de Cristo; y trae paz y gozo a su poseedor. Las aspi-

raciones se elevan. No hay lugar para la pereza ni el egoísmo. Los que así ejerciten las virtudes cristianas, crecerán y se fortalecerán para servir mejor a Dios. Tendrán claras percepciones espirituales, una fe firme y creciente y aumentará su poder en la oración» (*El camino a Cristo*, p. 118). De manera que el servicio abnegado no solo constituye un privilegio para cada cristiano, sino que también es una gran bendición.

Es por esa razón que te queremos invitar, apreciado lector, a servir a Dios y a la humanidad siguiendo el ejemplo abnegado de Cristo. Hay muchísimas oportunidades de servicio tanto dentro como fuera de la iglesia. Puedes servir en tu círculo de acción, ayudando a los más cercanos. Puedes servir en tu hogar, en tu escuela, en tu trabajo o en tu vecindario. Hay una gran obra que hacer. Algunos necesitan comida, ropas, un poco de dinero, medicamentos o un lugar donde posar. Otros necesitan apoyo porque están enfermos, amistad, aceptación, consuelo, amor, comprensión y empatía. Hay muchas personas que necesitan que alguien los escuche, que necesitan una oración, una visita, una palabra de ánimo. Otros necesitan de alguien que los defienda de los abusos, la violencia y la intolerancia. ¡Hay tanto por hacer! Jesús tenía razón cuando enseñó que en vez de discutir por los puestos de autoridad debiéramos dedicarnos a brindar ayuda a los necesitados.

Por supuesto, como miembros de la iglesia de Cristo el mayor servicio que podemos prestar al mundo es la predicación del evangelio. De hecho, la iglesia es la agencia que Dios tiene en este mundo para organizar y llevar a cabo un ministerio de restauración en favor de los seres humanos. La misión de servir fue dada por Cristo a la iglesia, no a un grupo o a un tipo de personas dentro de ella: «Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mat. 28: 19-20). Estas palabras de Cristo se aplican a todos nosotros y muestran que el servicio más grande que podemos darle a las personas es ayudarles a conocer a Dios y su maravilloso plan para ellos.

Dado que la predicación del evangelio es el mayor servicio que podemos prestar, ¿no crees que todos deberíamos colaborar para que la

iglesia pueda llevar a cabo la Gran Comisión? Hay muchas formas en las que tú y yo podemos ayudar y seguir así el ejemplo de servicio de Cristo. Quizás la que primero te llega a la mente es la predicación activa del evangelio, la testificación de la que hemos hablado ya en otros capítulos. También puedes usar tus talentos para bendecir la vida de otros. Puedes ayudar a la iglesia a cumplir la misión de llevar el evangelio a todo el mundo por medio de tu fidelidad al devolver los diezmos, que luego son usados para sostener el ministerio pastoral que se dedica a tiempo completo a la predicación del evangelio. También por medio de tus ofrendas generosas ayudas a que el evangelio llegue a nuevos lugares y también colaboras para que miles de congregaciones locales se mantengan abiertas y alcancen personas para Cristo.

También puedes ayudar aceptando responsabilidades de dirección o apoyo en alguno de los ministerios de la iglesia, visitando a otros miembros y amigos de la iglesia para orar con ellos y estudiar la Biblia, o cantando en el coro, sirviendo en la Escuela Sabática, en el departamento de niños, con los jóvenes o en cualquier otro aspecto de la iglesia. Este fue el llamado que Jesús le hizo a Pedro después de su restauración espiritual cuando le dijo tres veces: «Apacienta mis ovejas y mis corderos». Pedro aceptó ese tierno llamado y dedicó el resto de su vida al servicio abnegado.

Cuando se trata de servir, lo más importante es hacer lo que puedas en cada oportunidad que Dios te dé. La forma de hacerlo, a cuántas personas puedes alcanzar o si alguien lo reconocerá, no son los asuntos más importantes. Se trata de entender que somos hijos de Dios y seguidores de Cristo y que nuestra identidad se manifiesta claramente en la forma en que actuamos e imitamos la humildad, la generosidad y el espíritu de servicio de nuestro Maestro.

Al contemplar a Jesús sirviendo a los más necesitados ha de despertarse en nosotros el deseo de imitarlo, de ser como él, de servir como él y de entregarlo todo como él lo hizo. Hoy Jesús te dice: «Aprende de mí a servir a Dios y a los demás». Esa es la razón fundamental por la que formamos parte del pueblo de Dios, para experimentar en nuestras vidas el poder transformador de Jesús que nos llevará del egoísmo posmoderno a la generosidad bíblica. ¿Qué esperas? Hoy puede ser el primer día de tu nueva vida de servicio.

13

Jesús:
Nuestro
modelo
de fidelidad





Él les respondió:
"¿Y por qué me buscaban?
¿Acaso no sabían que
es necesario que
me ocupe de los negocios
de mi Padre?"
(Lucas 2: 49, RVC).



CADA AÑO, María y José, los padres terrenales del Señor Jesús, viajaban a Jerusalén para participar de la Pascua conforme a la costumbre judía. El Evangelio de Lucas relata que, cuando Cristo cumplió doce años, sus padres lo llevaron por vez primera a dicho evento. Cuando la fiesta hubo terminado, un incidente complicó el regreso de la familia a Nazaret. ¡Jesús no se encontraba con sus padres! Y lo peor es que ellos ya habían avanzado todo un día de camino cuando se dieron cuenta de ello. Al principio se mostraron confiados de que el joven Jesús venía entre los viajeros que les eran conocidos o familiares, pero al darse cuenta de que el Hijo de Dios no estaba entre el grupo tuvieron que regresar a la ciudad y no fue sino hasta tres días después que lo encontraron, en el Templo, sentado en medio de los expertos en la ley y las Escrituras judías, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

Al encontrar a Jesús, María lo reprochó por la gran angustia y desesperación que habían experimentado mientras lo buscaban ansiosamente por todas partes y le preguntó por qué les había hecho

algo así. La respuesta de Cristo importa mucho para lo que vamos a tratar en este último capítulo. «Él les respondió: “¿Y por qué me buscaban? ¿Acaso no sabían que es necesario que me ocupe de los negocios de mi Padre?”» (Luc. 2: 49, RVC). Entonces Lucas añade con perspicacia que los padres en realidad no entendieron dicha respuesta, pero Jesús se fue con ellos a Nazaret y vivió sujeto a ellos mientras crecía en sabiduría, estatura y gracia para con Dios y los seres humanos (ver Luc. 2: 50-52).

Antes de considerar esta declaración y sus implicaciones hemos de tener en cuenta que esta fue una respuesta de Jesús a sus padres terrenales, a quienes respetaba y obedecía. Otro elemento que hemos de considerar es la edad de Jesús: apenas doce años. Todavía faltaban unos dieciocho años más para que el Nazareno iniciara su ministerio público (ver Luc. 3: 23).

Dicho lo dicho, este incidente nos presenta a un Jesús seguro de su misión y que tenía claras sus lealtades. De hecho, Jesús no tuvo miramientos en decir a sus padres terrenales, las personas a las que más consideración tenía en este mundo, que su principal compromiso era con «los negocios de su Padre» y que ninguna persona o relación en este mundo ocuparía un lugar más elevado en su vida que su relación con su Padre celestial. En otras palabras, estamos viendo aquí la primera evidencia pública de que Jesús había venido a hacer la voluntad de Dios a este mundo y de que él se mantendría fiel a su misión sin importar la situación.

IMITEMOS LA FIDELIDAD DE CRISTO

Durante los últimos capítulos de este libro hemos analizado las implicaciones prácticas de la invitación de Jesús: «Aprendan de mí». En este capítulo vamos a echar un vistazo al último componente en la lista de cualidades que hemos de imitar de Jesús: su fidelidad. Cristo puede decir con toda propiedad a sus seguidores que aprendan de él a ser fieles a Dios porque él dio ese ejemplo con su vida, él enseñó eso con sus palabras y desafió a sus seguidores a mostrar fidelidad hasta la muerte.

Jesús habló en forma reiterada de la fidelidad, de la importancia que Dios le da y de las implicaciones que tiene para los seres humanos. Fue Jesús quien dijo que aquellos siervos de Dios que fueran hallados fieles y viviendo con prudencia en ocasión de su regreso en gloria recibirían

su aprobación (Mat. 24: 45-47). Él también aseguró que solo aquellos que sirvieran con fidelidad a Dios serían recibidos por él en el reino de los cielos para estar con él por toda la eternidad (Mat. 25: 21, 23). Fue Jesús quien enseñó que el que es fiel en lo poco también en lo mucho sería hallado fiel, y viceversa (Luc. 16: 10). Y él habló también del peligro de ser infiel a Dios en el manejo de los bienes terrenales y de cualquier otro tipo de bendición que le pertenezca a Dios (Luc. 16: 11-12).

Pero, como hemos dicho antes, para Jesús, la fidelidad no era solo una enseñanza que hemos de conocer sino un valor que hemos de vivir. Y es por eso que los escritores del Nuevo Testamento se esmeraron en resaltar la fidelidad de Jesús.

Una de las declaraciones más significativas que encontramos en el Nuevo Testamento en relación con la fidelidad de Jesús es esta: «Por lo tanto, hermanos santos, que tienen parte del llamamiento celestial, consideren a Cristo Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos. Él es fiel al que lo constituyó, como lo fue también Moisés en toda la casa de Dios. Pero a Jesús se le ha concedido más honor que a Moisés, así como al que hace una casa se le rinde más honor que a la casa misma. Porque toda casa es hecha por alguien, pero el que hizo todas las cosas es Dios. Como siervo, Moisés fue fiel en toda la casa de Dios, para dar testimonio de lo que se iba a decir. Cristo, en cambio, como hijo es fiel sobre su casa, que somos nosotros, si mantenemos la confianza firme hasta el fin y nos gloriamos en la esperanza» (Heb. 3: 1-6, RVC).

Al tratar de entender el significado de este pasaje es importante que comprendamos lo que dice, en el contexto de toda la Carta a los Hebreos. En dicha Carta puede verse desde el principio el interés del autor por demostrar su aseveración de que Jesucristo es superior o mejor que todos (los ángeles, Moisés, Josué, Aarón...), especialmente cuando se trata del acceso a Dios y de representarlo ante los seres humanos y reconciliarnos con él.

Ya el autor de Hebreos había presentado, en los capítulos anteriores, que Jesús es superior a los profetas y a los ángeles y ahora dice que es superior a Moisés, considerado en la tradición judía como el hombre que más cerca había estado de Dios, tan cerca que la propia Biblia declara que hablaban cara a cara, como quien habla con su amigo (ver

Núm. 12: 8; (Éxo. 33: 11), además de haber sido el medio que Dios había utilizado para comunicar la ley que formalizaba el pacto entre Dios y su pueblo.

Para entender la superioridad de Jesús, el autor de Hebreos nos pide a todos los que hemos recibido el llamado celestial que «consideremos» a Jesucristo; es decir, que lo contemplemos, lo observemos, lo estudiemos y sobre todo que lo imitemos, porque él es el único que puede llevarnos hasta Dios. Ahora bien, ¿qué es lo que vamos a descubrir y aprender si contemplamos a Cristo con detenimiento? Veremos que Jesús fue fiel a Aquel que lo constituyó; es decir, que fue fiel a su Padre celestial. Hebreos dice que Jesús fue fiel en toda la casa de Dios, como lo fue también Moisés, pero en una dimensión superior a la de este último y por lo tanto recibiendo un mayor honor. Podemos apreciar mejor la fidelidad a la que se refieren estos pasajes mediante dos imágenes cargadas de significado que aparecen en Hebreos 3: 1.

Jesús, el apóstol superior. La palabra «apóstol» es de origen griego (*apostolos*, para ser más exactos) y significa «enviado». Esto quiere decir que Jesús fue el enviado del Padre. Él tenía la exclusividad en cuanto a la representación, el acceso y la ejecución del plan de salvación. Por eso la iglesia entendió desde el principio y proclamó que solo en Jesús, y en nadie más, hay salvación (Hech. 4: 12).

Cristo era el embajador del cielo para la salvación de la humanidad en el sentido más elevado posible: ¡Él es Emanuel, Dios con nosotros! Él era la voz de Dios hablándonos y tenía todo el respaldo del cielo en su misión de salvación. En su misión como apóstol de Dios Jesús se mantuvo fiel al Padre. Él se dedicó exclusivamente a los «negocios de su Padre» (ver Luc. 2: 49; Juan 4: 34), a hacer la voluntad de su Padre (Juan 5: 30; 6: 38), a enseñar y decir lo que el Padre le indicara (Juan 12: 49; 14: 10); en fin, él nunca puso su voluntad primero que la del Padre (Luc. 22: 42). De hecho, cuando el enemigo intentó convencerlo de que tomara las riendas de su vida y dirigiera por sí mismo el plan de salvación, rechazó con firmeza esas tentaciones y proclamó que obedecería la Palabra de Dios y solo se sometería al Padre (ver el capítulo 10).

Cuando Jesús nos dice: «Aprendan de mí a ser fieles», está sin duda invitándonos a considerar la forma en que él llevó a cabo su

parte en el plan de salvación, cómo se relacionó con su Padre y cómo mostró quién estaba a cargo y quién aceptó la posición de siervo para obedecer por amor a nosotros.

Jesús demostró con su ejemplo que ser fiel a Dios no es ir solo donde nos guste, o hacer solo lo que nos convenga. Jesús nos enseñó que ser fiel implica morir al yo y dejar que Dios ocupe el primer lugar. Quizás esa sea la razón por la que la mayoría de las personas que caen presa de la infidelidad al Señor manifiestan la misma actitud. Constantemente he escuchado personas decir: «Yo sé lo que es mejor», «yo puedo manejar los diezmos y las ofrendas de forma más eficiente que el plan de Dios para ellos». Pero de un corazón que haya decidido darle el primer lugar a Dios es de donde brota una fidelidad total. Por eso Jesús pudo cumplir su papel como apóstol o enviado de Dios. Y si Jesús, el Hijo eterno de Dios, el Creador y sustentador del universo le cedió el control al Padre, ¿no crees tú que nosotros, seres humanos imperfectos, que nunca estaremos en el mismo nivel de Cristo, estaremos más seguros si manifestamos una actitud de obediencia y fidelidad a los designios del Padre? Cuando la Carta a los Hebreos identifica a Jesús como el apóstol de Dios, lo está mostrando como alguien que siguió el plan de salvación al pie de la letra, sin desviarse en lo más mínimo de los planes del concilio celestial. Eso es lo que se llama fidelidad, hacer lo que Dios dice que hagamos y como él dice que lo hagamos.

Jesús, el sumo sacerdote supremo. La segunda imagen que la Carta a los Hebreos presenta de la fidelidad de Jesús es su función como sumo sacerdote de la fe que nosotros profesamos (Heb. 3: 1). Esta es una declaración impresionante y llena de significado. El sumo sacerdote en la Biblia no era más que el mediador entre Dios y el ser humano. Cuando la Biblia se refiere a Cristo como nuestro sumo sacerdote alude al hecho de que la obra que el Padre le asignó al Hijo tenía que ver con la creación de una vía de entendimiento entre ambas partes; es decir, Dios y los seres humanos, que nos encontrábamos separados por el pecado. Cristo tenía que revelar al ser humano quién es Dios, de forma que pudiéramos creer y confiar en su amor, su perdón y en que él estaba dispuesto a reconciliarlos con Dios. Dicho de otra manera, Jesús tenía que construir nuestra fe

en Dios y esa fe tenía que ser una especie de puente que, al cruzarlo, nos llevara de vuelta a Dios. Por eso más adelante Hebreos dirá que él es el autor y el consumidor de nuestra fe (Heb. 12: 2).

Pero además de revelarnos quién es Dios y cuánto nos ama, como sacerdote Jesús también tenía que representar a la humanidad delante de la divinidad, mostrar que nuestra deuda había sido pagada en la cruz, que el costo para librarnos de la esclavitud había sido saldado y que la rebelión contra Dios no tendría cabida en los que hemos aceptado su sacrificio en la cruz del Calvario. De manera que por el ministerio de Cristo el camino quedó allanado para el reencuentro entre el ser humano y Dios. Es por eso que Hebreos señala que Cristo ha abierto un camino nuevo y vivo hasta la misma presencia de Dios para que lo transitemos (ver Heb. 10: 20).

Esta era una tarea que no podía llevar a cabo alguien que *solo* fuera Dios, porque no podría relacionarse con el ser humano en un plano de igualdad; pero tampoco la podía cumplir alguien que *solo* fuera humano, porque el ser humano por su propia cuenta nunca podrá tener acceso a la santidad de Dios. La tarea de reconciliar al ser humano con Dios tenía que recaer sobre alguien que fuese Dios y hombre al mismo tiempo. Y eso fue lo que hizo Cristo, porque solo él podía hacerlo (ver Heb. 4: 14-16). Es por eso que en ningún otro hay salvación, es por eso que no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en el que podamos ser salvos fuera del nombre de Cristo Jesús (Hech. 4: 12). Elena G. de White resume bien esta idea con las siguientes palabras: «El que trata de transformar a la humanidad, debe comprender a la humanidad. Solo por la compasión, la fe y el amor pueden ser alcanzados y elevados los seres humanos. En esto Cristo se revela como el Maestro de los maestros: de todos los que alguna vez vivieran en la tierra, solamente él posee una perfecta comprensión del alma humana» (*La educación*, p. 71).

Definitivamente Jesús fue fiel en su tarea como el sumo sacerdote de nuestra fe. Él nos mostró a Dios como nadie más podía hacerlo, la Biblia dice que: «A Dios nadie lo vio jamás; quien lo ha dado a conocer es el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre» (Juan 1: 18, RVC). Gracias a Cristo podemos creer, por él podemos confiar y entregarnos al amor de Dios. El retrato de Dios que Cristo nos regaló en sí mismo

ha abierto un camino de reconciliación, porque ahora sabemos que Dios no está enojado con nosotros sino que nos ama y quiere nuestra salvación (Juan 3: 16). Ahora sabemos que el Padre no ha preparado un infierno para nosotros sino para el diablo y sus ángeles y, por el contrario, para nosotros ha preparado un reino eterno (Mat. 25: 31, 41).

De manera que Jesús no solo es el representante de Dios ante nosotros (apóstol), sino que también es nuestro representante ante Dios (sumo sacerdote). Por eso Jesús, que tenía clara su misión y su identidad única, se autoproclamó como Hijo de Dios e Hijo del hombre a la vez (Mat. 20: 28; 8: 20; Mar. 8: 38; Luc. 18: 8; Juan 1: 51 etc.). Como hombre, vivió en este mundo y fue tentado en todo, pero sin pecar (Heb. 4: 15). La propia Carta a los Hebreos dice que él no se avergüenza de llamarnos hermanos (Heb. 2: 11). Refiriéndose a esto, Elena G. de White escribió: «Cristo ascendió al cielo llevando una humanidad santificada y sagrada. Llevó esa humanidad consigo a las cortes celestiales y a través de los siglos eternos la retendrá» (*La segunda venida y el cielo*, p. 73). Jesús era, es y será Dios por toda la eternidad; pero Jesús es el Dios que se hizo hombre y que conservará esa naturaleza por la eternidad como testimonio de que él salvó a cada ser humano que habite en la tierra nueva. Por eso no hay duda de que él fue fiel como sumo sacerdote.

Así las cosas, Jesús mostró con su ejemplo que ser fiel a Dios significa servirle cumpliendo el ministerio que él nos asigne. El que es responsable, también es fiel en lo que le corresponde hacer y por eso resulta confiable. No hay tal cosa como fidelidad sin responsabilidad de acuerdo a lo que vemos en la vida de Cristo. Si hoy Cristo se levanta frente a nosotros para decirnos «aprendan de mí», es porque él cumplió fielmente con su misión. Por eso la fidelidad nace en el corazón como una decisión voluntaria, y se ve en nuestros actos y palabras cada día. La fidelidad es la obediencia puesta en acción.

FIDELIDAD SUPERIOR

Después de haber visto cómo la fidelidad de Jesús permea su papel tanto de apóstol como de sumo sacerdote, podemos llegar a la conclusión de que Hebreos 3: 1-6 procura presentar a Jesús como modelo superior y supremo de fidelidad. Dado que nadie ha sido ni será tan

fiel como él, nadie más está calificado para ser nuestro ejemplo a seguir, o como lo diría Hebreos, digno de que lo «consideremos».

Para ilustrar mejor la fidelidad de Jesús a su misión, el autor de Hebreos lo compara con Moisés, el principal dirigente del pueblo de Dios, el responsable de sacar a Israel de Egipto, formar la nación de Israel y dirigirla durante cuarenta años en el desierto hasta llegar a las fronteras de Canaán. Al tomar a Moisés como punto de comparación, el autor es consciente de que, en la mentalidad judía, Moisés era el hombre que había tenido la relación más cercana con Dios y el siervo a quien el Señor le había mostrado mayor confianza y respaldo. Moisés es el libertador, legislador y profeta por antonomasia para Israel. Y cada una de estas funciones las llevó a cabo fielmente según las órdenes de Dios.

Así que imagina ahora la sorpresa de los lectores cuando el apóstol señala que Cristo fue superior en la fidelidad mostrada a su Padre, primero porque su condición no era la misma que la de Moisés. Jesús era el Hijo de Dios, mientras Moisés solo era el siervo de Dios. Moisés por tanto servía en la casa, pero Cristo era el Creador de todo incluyendo esa casa de Israel en la que Moisés sirvió. Moisés fue el intermediario para que la ley llegara a los israelitas, pero Cristo es el fin (propósito) de la ley para todos los seres humanos (Rom. 10: 4). Moisés le sirvió a Dios al dirigir la salida de Egipto del pueblo de Israel y posteriormente guiarlo hasta la Canaán terrenal, pero Jesús aceptó convertirse en el siervo de Dios para hacer posible la liberación de *toda* la humanidad y guiar a *todos* los salvados a la Canaán celestial. En fin, podemos decir que Moisés conoció a Dios, habló con Dios cara a cara, vio la gloria de Dios y por lo tanto sabía más que todos en Israel acerca de Dios. Pero de Jesús basta con decir que ¡él es Dios! Por lo tanto, él tiene mayor honor y ha recibido el más alto nombre y posición de parte del Padre, porque solo él es fuente de salvación para toda la raza humana.

Es por todo esto que si alguien desea entender qué significa ser fiel a Dios y cuál es la fidelidad que Dios acepta y aprueba, solo debe mirar a Jesús y aprender de él, de sus enseñanzas y de su ejemplo de vida. De él aprenderemos sin duda que ser fieles a Dios es ir a

donde él quiera que vayamos y hacer lo que él quiera que hagamos y que todo lo demás es un mero subproducto de lo anterior.

Es así como llegamos a Hebreos 3: 6, donde se nos dice que esa fidelidad incomparable de Cristo será efectiva en nosotros y por nosotros, siempre y cuando mantengamos firme la confianza en Cristo hasta el fin. Desafortunadamente, muy a menudo concebimos la fidelidad como si se tratara de una capacidad que desarrollamos y mediante la cual agradamos a Dios con las cosas que hacemos o decimos, pero la gran verdad bíblica es que «sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb. 11: 6). En otras palabras, la fidelidad es en realidad fe expresada en hechos y palabras. De hecho, tanto en hebreo como en griego se usa la misma palabra para «fe» que para «fidelidad», por eso resulta tan importante seguir el consejo de Hebreos y «considerar» a Cristo, mirarlo e imitarlo, para desarrollar nuestra fe en él y que esa fe nos conduzca por el camino de la fidelidad.

- ❖ Ese camino de fidelidad se traduce en que, como Jesús habita en nosotros porque nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, hemos de cuidar nuestro cuerpo con el cuidado que se merece el templo de Dios, cuidándolo esmeradamente.
- ❖ Ese camino de fidelidad implica creer que Dios creó nuestro mundo en seis días y reposó el séptimo día y lo santificó. Aceptar esta verdad nos llevará a honrar a Dios mediante la observancia del sábado, el monumento de la creación.
- ❖ Ese camino de la fidelidad conlleva creer que cada día es un nuevo regalo de la misericordia de Dios y como tal, hemos de administrar el tiempo de forma sabia, sabiendo que es un regalo del que tendremos que dar cuentas a Dios.
- ❖ Ese camino de la fidelidad requiere también el reconocimiento de que Dios es el dueño del oro y la plata, que él es quien nos da la capacidad para generar las riquezas y que todo lo que tenemos y somos se lo debemos a su gracia. Esto producirá en nosotros un gozo sin par cuando participemos de la devolución de la décima parte de nuestros ingresos que le corresponden como reconocimiento de que él es el Dueño de todo. Además, al entregarle nuestras ofrendas voluntarias y generosas le decimos «gracias» y le demostramos nuestro amor y generosidad.

- ❖ Ese camino de la fidelidad también significa que nadie recibe nada si no le es dado de arriba. Por lo tanto, todo don perfecto y toda buena dadiva viene del Padre de las luces, del Dios de amor. Entender esto me llevará a sentir placer cuando coloco mis dones y habilidades al servicio del Señor y de su iglesia.

En fin, como podemos ver, ser fieles a Dios no es hacer lo mejor que se nos ocurra, no es mejorar mi comportamiento hasta que le agrade a Dios. Más que esto, la fidelidad es una obra espiritual que Dios hace en nosotros y que comienza cuando nos enfocamos en Cristo y aprendemos quién es él y qué ha hecho por nosotros. La Carta a los Hebreos luego añadirá que además de la fe que debemos mantener firme hasta el fin, también debemos gloriarnos en la esperanza para mantenernos siendo parte de la casa o familia de Dios.

Gloriarnos en la bendita esperanza que tenemos en Cristo significa darle a Dios el primer lugar en nuestra vida. Significa que toda mi vida gira alrededor de mi fe en Cristo. Significa que mi más grande anhelo es estar con él y por lo tanto mi primera tarea cada día es consagrarme a él, mi mayor expectativa es recibirle cuando regrese en las nubes de los cielos, mi mejor negocio es serle fiel en lo poco aquí, para recibir lo mucho cuando él me reciba en su reino.

Gloriarme en la bendita esperanza es entender que estoy de paso por este mundo y que no tiene sentido sobrecargarme con lo terrenal. Gloriarme en la bendita esperanza es no dejarme dominar por el temor, sino recordar que Dios tiene planes para mí; es vivir confiando en que si Cristo murió por mí en la cruz del Calvario, entonces sin duda también volverá a buscarme para llevarme con él. Es creer que ciertamente hay un lugar para mí en el cielo que nadie me puede arrebatar ni ocupar por mí. Solo una persona que se gloria en la bendita esperanza en Cristo y que hace de ella la más grande gloria de su vida puede tomar la decisión de vivir para Dios, incluso cuando nuestro planeta continúa en constante rebeldía contra Dios.

Así era Jesús, desde niño manifestó una fe y fidelidad inquebrantables al Padre. En Juan 13: 3 se dice que Jesús sabía que «el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios y a Dios iba». En ocasión de la resurrección de Lázaro Jesús elevó la siguiente oración:

«Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes, pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado» (Juan 11: 41-42). La fe y fidelidad de Cristo hacia el Padre que se manifestó a los doce años en Jerusalén lo acompañó durante toda su vida, hasta la cruz del Calvario. ¡Yo quiero una fe así! ¡Yo quiero ser así de fiel! ¿Te gustaría tener una fe así?

Tú y yo, que vivimos en el tiempo del fin necesitamos una fe así. El último libro de la Biblia señala que el pueblo de Dios en el tiempo del fin se caracterizará, entre otras cosas, por tener la fe de Jesús (Apoc. 14: 12). En otras palabras, para atravesar los eventos finales de forma segura, tú y yo necesitaremos manifestar la misma fe que manifestó Jesús, esa misma fe que él nos otorga por su Espíritu.

IMITEMOS A DIOS

Los cristianos hemos recibido el llamado a imitar a Dios (Efe. 5: 1), y como Dios se entregó por completo en la persona de Cristo, ahora nos pide una entrega total. Ese es el sentido detrás del primer mandamiento: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éxo. 20: 3). Dios pide exclusividad porque él ya la dio.

Así las cosas, ser fieles a Dios es darle al Señor la exclusividad de nuestro amor, de nuestra obediencia y de nuestra adoración. Además, implica ser minuciosos en nuestra devoción a Dios, considerando los asuntos pequeños como igualmente importantes a los más grandes. De hecho, Jesús dijo que «el que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Luc. 16: 10) y a renglón seguido añadió: «Si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?» (Luc. 16: 11-12). En otras palabras, Jesús cultivó la fidelidad desde su infancia, como vimos en la introducción de este capítulo. Así que, cuando llegó el momento de realizar el sacrificio supremo, él estaba listo. ¿Se puede decir lo mismo de ti y de mí hoy? Si malgastamos una vida de setenta u ochenta años, ¿estaremos listos para administrar toda una eternidad? Si descuidamos nuestro cuerpo frágil y mortal, ¿estaremos en condiciones de administrar un cuerpo incorruptible? Si somos mezquinos

con los centavos que ganamos aquí en la tierra y nos cuesta devolverle a Dios lo que le pertenece, ¿crees que Dios nos confiará las riquezas eternas? Esta vida es una prueba para saber si somos dignos de heredar las riquezas eternas.

Es por todo lo dicho anteriormente que cuando hablamos de fidelidad en términos eclesiásticos, lo hacemos teniendo en mente implicaciones prácticas en lugar de solo teóricas. Fue Jesús quien dijo que «todo árbol se conoce por su fruto» (Luc. 6: 44), con esto estableció que la forma más confiable de verificar la autenticidad de nuestra experiencia como cristianos es mediante los frutos concretos que produzca nuestra vida. Por eso resulta pertinente, antes de finalizar el tema de Jesús como modelo de fidelidad, que nos hagamos algunas preguntas para reflexionar:

¿Soy una persona confiable para Dios y para los demás? La Biblia muestra que Dios está buscando personas que no solo hagan lo que él dice, sino que hagan las cosas como él dice. Ser fieles no es hacer lo mejor que podamos, es hacer lo que dice Dios en lo grande y en lo pequeño, en lo público y en lo privado, en lo individual y en lo colectivo.

¿Muestran mi vida diaria, mis decisiones y mis preferencias que vivo para glorificar a Dios? ¿Cómo uso mi tiempo? ¿Cuido mi cuerpo? ¿De qué me gusta hablar? ¿En qué me gusta pensar? ¿Cómo uso el dinero y los bienes materiales que Dios me ha otorgado? ¿Qué imagen de Dios perciben mediante mi conducta aquellos que me conocen?

Por asuntos como los anteriores es que el mensaje de la mayordomía cristiana es tan oportuno y útil para nuestro crecimiento espiritual. Cuando la mayordomía nos anima y desafía a ser fieles a Dios, nos está invitando a imitar a Cristo y de eso se trata el cristianismo. Por eso, mayordomía es espiritualidad y es salvación en Cristo.

No pases más tiempo en la iglesia sin decidir que tu meta en la vida será glorificar a Dios con todo lo que hagas. Vive como Jesús, que fue fiel a su Padre hasta la muerte en la cruz. Al igual que Cristo, cumple con lo que Dios te pida fielmente y mantente así hasta el final, como él lo hizo, confiando en Dios y gloriándote en la esperanza de que el que comenzó en ti la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (ver Fil. 1: 6).

